



JOSTEIN GAARDER

**El diagnóstico
y otros relatos**

Siruela Biblioteca Gaarder

EL DIAGNÓSTICO
y otros relatos

JOSTEIN GAARDER

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Biblioteca Gaarder Ediciones Siruela

Índice

Portada
Portadilla

EL DIAGNÓSTICO

El pájaro raro
El escáner del tiempo
La conciencia arbitraria
Pleroma
La muerte de la ciencia
El final de la historia
El espíritu absoluto

Buda
El diagnóstico
Asfalto
Rayos X
Radium
El Reimers
Siddharta
Abril
El mundo
Estrellas
Alcohol
Conocimiento
Risas
Máscaras
Ciempiés

Desprendimiento
Theobald y Theodor

El lado nocturno
Mamá

Un paso hacia atrás
El crítico

Ejercicio
El hombre que no quería morir

El mundo está suelto
Falsa alarma

El reloj digital
Cuando el autor llegó de visita

Segunda mano
Punto de encuentro Castel Sant'Angelo
Primer acto
Segundo acto
Tercer acto

Libertad
Tos peligrosa

Órgano
El catálogo

Nota
Créditos

EL DIAGNÓSTICO

El pájaro raro

Se dice que el mundo es muy antiguo. Pero no suele durar más de cien años. Somos nosotros los que envejecemos.

Mientras nazcan seres humanos en el mundo, éste será tan flamante y tan fresco como en el séptimo día, cuando el Señor descansó.

Es ahora cuando somos testigos de una obra de la creación que se eleva ante nuestros ojos. A plena luz del día. ¡Es inaudito! Un mundo que surge de la nada...

¡Y algunos dicen que se aburren!

La mayor parte del tiempo el mundo está dormido. Lo mismo ocurre en la mayor parte del espacio.

Sólo de tarde en tarde el mundo se frota los ojos para librarse del sueño y despertar consciente de sí mismo.

«¿Quién soy yo?», pregunta el mundo.

«¿De dónde vengo?»

Por unos instantes, el pájaro raro se ha posado sobre nuestros hombros.

El escáner del tiempo

1. La conciencia arbitraria

1.1

Una vez, hace muchos, muchísimos años, la vida se desarrollaba al aire libre. Sólo se entraba en las casas cuando se tenía hambre o frío. Si uno quería encontrarse con alguien, tenía que ser un encuentro físico. Pero de eso hace ya mucho tiempo. ¿Para qué salir si el mundo entero se desarrolla de puertas adentro?

El ser humano no vive más que 80 o 90 años. De algún modo vivimos siempre, claro está. No podemos escondernos de nuestros descendientes. Dentro de mil años habrá alguna persona desconcertada que me vea sentado aquí, delante de la pantalla. Pero no *experimentamos* más que 80 o 90 años. ¿Para qué íbamos a salir? Supongo que todo el mundo quiere aprovechar al máximo. Yo, por mi parte, me he centrado sobre todo en la guerra de Vietnam las últimas semanas. Una historia desagradable. Y unos años después se repitió lo mismo en Afganistán. Pero eso tendrá que esperar hasta el mes que viene.

1.2

Empezó con los *aparatos de radio* en la primera mitad del siglo XX. Resulta conmovedor pensar en el suplicio que supondría a la gente de aquellos tiempos tener que elegir. De repente era posible captar señales de todos los rincones del mundo y hacerlas llegar hasta el mismísimo salón de tu casa. Menos mal que ignoraban lo que estaba a punto de ocurrir. Pero ya entonces el hogar adquirió una nueva dimensión. ¿Qué eran las noticias oídas en el pub o en la taberna local comparadas con las flamantes noticias llegadas de Nueva York o Tokio?

Todo esto es conocido. No obstante, deben tenerse en cuenta los evidentes parecidos del aparato de radio con el escáner de nuestros días. En teoría, se hizo posible localizar miles de emisoras en cientos de países.

Surgieron los *radioaficionados*; es decir, personas que se compraban o se construían su propia pequeña emisora para poder llamar la atención del mundo por su cuenta. Una ampliación de esa actividad la constituyeron las muchas *emisoras locales* que crecieron como hongos a partir de 1980, aproximadamente. Las distancias en el espacio empezaron a perder importancia. Es obvio que la radio estaba bien asistida por los *teléfonos* y *telégrafos*, los cuales registraron una fantástica evolución durante todo el siglo XX.

1.3

Antes de que la radio hiciera su aparición en el mercado, ya se había experimentado con imágenes vivas.

Como todo el mundo sabe, el cine representó una forma extrema de comunicación de dirección única. Pagabas unas cuantas coronas y te sentabas en una *sala de cine*. La única libertad de elección que se dejaba a los espectadores era la de abandonar la sala antes de que la sesión hubiera acabado. (¿Es alguien hoy en día realmente capaz de entender el entusiasmo con el que el mundo acogió el cine?)

Pero entonces llegó la *televisión*, y hacia 1970 estaba ya bastante implantada en muchas partes del planeta. Y los cines empezaron a cerrar. Cómodamente sentadas en sus propios sofás, las familias podían seguir lo que sucedía en el televisor.

A principios de la década de los setenta empezaron a surgir los *aparatos de vídeo*. Del mismo modo que antes se podía grabar música en cintas magnetofónicas, fue entonces posible hacer lo mismo con imágenes vivas.

El vídeo conquistó enseguida el mundo. Las habitaciones de hotel fueron inmediatamente equipadas con la nueva máquina milagro. En los hogares, el televisor adquirió nuevas posibilidades. De repente, la familia podía elegir libremente las películas que quería ver. Las cintas de vídeo se alquilaban por casi nada en la tienda de la esquina. Y aún más: al cabo de unas décadas, la mayor parte de las familias modernas poseía su propia cámara de vídeo.

A partir de entonces, la vida y la historia de los seres humanos fue grabada en cintas magnéticas. Incluso los delitos y los crímenes más execrables podían ser grabados por cámaras de vídeo en las calles, las estaciones de metro, los bancos y cualquier lugar por el que la gente transitara. Con el tiempo, lo más seguro era permanecer en casa, en la que también había más cosas con las que distraerse y entretenerse que antes.

Al compás de la difusión de los aparatos de vídeo, se propagó la *televisión por cable*. Más importante aún fue el cinturón cada vez más denso de *satélites de televisión* alrededor del mundo. Desde mediados de la década de 1990, cualquier propietario de un televisor podía ya recibir varias decenas de cadenas de televisión –algunos incluso podían elegir entre cientos de programas.

En el transcurso de cincuenta años, la televisión había alcanzado la extensión intercontinental de la onda corta.

Al mismo tiempo, la producción de programas de vídeo y televisión había aumentado considerablemente. En cualquier momento se podía ver un gran número de cadenas en el televisor. Y si a pesar de todo no se encontraba nada de interés –digo a pesar de todo–, siempre se disponía de unos cuantos estantes llenos de programas que uno no había tenido tiempo de ver. Las colecciones individuales de esos programas podían llegar a ser extraordinarias.

Al aplicado coleccionista de fragmentos de la realidad se le abrieron enormes posibilidades. Las personas empezaron a retirarse de calles y plazas. Es natural. ¿Qué tentaciones podían ofrecer las calles? Sin moverse de su propio salón, la gente tenía acceso a toda clase de alicientes.

1.4

Las posibilidades del receptor televisivo se vieron reforzadas con la llegada de la *revolución informática*, de la que el mundo fue testigo hacia finales del siglo XX.

Al finalizar el siglo, la gran mayoría de los receptores televisivos eran a la vez terminales informáticos. La ampliación de la red de telecomunicaciones había unido al mundo en una única red de comunicaciones.

Hacia el año 2030, casi todos los pagos por servicios, transferencias y encargos de productos se llevaban a cabo desde el hogar. Uno ya no dependía de aparatos o cintas de vídeo propios. Ya no hacía falta tener libros llenándose de polvo en las casas. Todo lo que se deseaba ver y saber podía extraerse directamente de los bancos de datos a los aparatos en los cuartos de estar o en las cocinas. Si se deseaba una copia en papel de un artículo periodístico, una enciclopedia, un poema o una novela, ésta podía imprimirse en la impresora familiar.

Todo el mundo tenía acceso a emisiones de noticias nuevas o antiguas, películas nuevas y viejas, la historia del arte al completo se encontraba accesible en producciones de vídeo. En resumen: algunas de las prestaciones de nuestra época eran ya habituales en la primera mitad del siglo XXI.

Desde principios del siglo XXI, el viejo teléfono sonoro cedió el lugar al *teléfono de imagen*. Hablar a un auricular no es lo mismo que hablar cara a cara. La mímica constituye una parte importante del lenguaje. Además, resulta muy agradable poder ver a una persona querida. (Aunque también hay a quien le gusta poder tocar o abrazar a otros. Curiosamente, el teléfono de imagen ha contribuido a alejar a las personas entre ellas.)

También conviene señalar que en unos 45.000 puntos estratégicos del planeta se colocaron vídeos que, sin ninguna clase de subtítulos o comentarios, mostraban lo que ocurría en el exterior. Por ejemplo, en cualquier momento se podía saber el tiempo que hacía en el mundo entero llamando a una emisora. Desde el sofá se podían contemplar los cuatro puntos cardinales del globo.

No obstante, y ahí es donde quiero llegar, iban ocurriendo cada vez menos cosas al aire libre. Salir suponía reducir el horizonte drásticamente.

1.5

Se podrían escribir largas tesis doctorales sobre el desarrollo de los medios de comunicación antes del escáner, y se pueden producir muchas *llaves*. (Recomendaría en especial «Del tambor al escáner del tiempo».) Aquí nos contentaremos con ofrecer una vista panorámica. Veamos este breve resumen:

Todas las antiguas formas de comunicación, incluidos el ocio y la difusión de toda clase de conocimientos, se concentraron hacia mediados del siglo XXI en torno al televisor. Todo *contacto* humano –tanto a través de los continentes como a través de las generaciones– se concentraba en la pantalla o el terminal, como solía llamarse.

Todo se concentró en una sola red informática. Los consumidores tenían una o más pantallas en cada habitación. Lo más corriente era una gigante en cada vivienda, con un

número variado de pequeñas pantallas en las demás habitaciones. (En torno al año 2080 no era raro ver una pantalla en una de las paredes de cada habitación. Hoy en día, la mayoría opina que tanta pantalla resta intimidad al hogar. Por otro lado, resulta reconfortante tener algo que mirar cuando uno está cortando pan en la cocina o sentado en el servicio. De otro modo sería una pérdida de tiempo, pues todo está al alcance de la mano. El mundo entero se encuentra sobre la encimera de la cocina. El no aprovecharse de esa posibilidad se consideraría apatía.)

Desde principios del siglo XXI se puede ver una auténtica *comunicación de dos direcciones*. La red no sólo hizo posible disponer de toda clase de información en la pantalla, sino que también brindó la oportunidad de buscar contacto visual con cualquier ser humano. La probabilidad de encontrar a una persona en casa rozaba en el año 2050 el 87 por ciento. (Hoy la cifra es del 97.)

Las personas habían iniciado una auténtica retirada de calles y plazas. El terminal sustituyó a la plaza. Si querías relajarte y dar un paseo por la ciudad para comprar tomates o ver a algún amigo, tenías que ir a casa, como también ocurre hoy.

2. Pleroma

2.1

Lo radicalmente nuevo de la historia de la humanidad empezó alrededor del año 2100, tras una serie de sensacionales descubrimientos en la física cuántica.

Ya en 1900 quedó claro que los átomos no estaban constituidos por esas minúsculas partículas de materia impenetrable que había imaginado Demócrito, sino que podían dividirse en unas *partículas elementales* aún más pequeñas.

Pero también resultó que las partículas elementales no eran esos cuerpos sólidos y tangibles que habían constituido la base de todo el materialismo. Algunas veces se comportan como bolas compactas o partículas, y otras como ondas o radiación. (La razón es, claro está, que la llamada partícula elemental no es elemental, sino que está compuesta por quarks.)

El principio de complementariedad (Bohr) se conocía ya desde principios del siglo XX como una tendencia posmaterialista en la física moderna. De un modo más panegírico se habló durante un período de la «emancipación de la física de la razón humana». (Véase la llave «Física cuántica», ref. Planck, Einstein, Bohr, Schrodinger, Heisenberg, Dirac, Eddington y Pauli.)

Justo cuando se estaba a punto de captar las fracciones más minúsculas de la materia, éstas desaparecieron. Al menos eran más fantasmales de lo que se había imaginado.

«La corriente de conocimientos se mueve hacia una realidad no mecánica», se decía. «El universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina.» (Jeans, «Física cuántica», 4.312.) O como lo expresó Eddington: «La materia del mundo es materia del alma».

¡Si hubieran sabido lo que estaban a punto de descubrir...!

Porque se estaban fraguando más cosas: Blumenberg demostró en 2062 que la realidad tiene cinco dimensiones, de las cuales el universo visible constituye sólo las cuatro primeras. El tiempo y el espacio son atributos de una sola sustancia, lo que hoy llamamos Pleroma. (Véase la llave «Física», ref. Blumenberg, Knox y Tangstad.)

Fue el tunecino Labidi quien finalmente pudo probar que los movimientos de los quarks se sedimentan en Pleroma, donde el tiempo y el espacio confluyen en un continuo.

Y con eso estaban colocadas todas las piezas. Las numerosas leyes de la física se habían reunido en una ley universal de la naturaleza.

2.2

Ya en el siglo XVIII, el matemático francés Laplace imaginó una inteligencia que conocía la posición de todas las partículas de material en un momento determinado. Para esa inteligencia «nada sería inseguro, y el futuro, igual que el pasado, se abriría ante sus ojos».

De modo que esa «inteligencia» imaginada por Laplace existe realmente. Es lo que llamamos Pleroma, aunque no es más «inteligente» que un banco de datos.

Abdulah Rushdie demostró en 2105 que todos los acontecimientos del universo «se almacenan» en Pleroma, de donde también pueden recuperarse.

Sólo quince años más tarde –en enero de 2120– se había construido el primer prototipo de un *escáner del tiempo*.

El mundo estaba paralizado de asombro. Mediante dos buscadores sería ahora posible contestar a todas las preguntas no contestadas de la historia. Todos los sucesos de la historia universal podían recuperarse en la pantalla. No a través de vídeos, libros de historia o informes de investigación, sino directamente desde el escenario de la historia.

Fue entonces cuando todo empezó. Pero a la vez acabó todo lo antiguo.

2.3

El nuevo invento se mantuvo al principio en secreto. ¿Cómo reaccionarían los seres humanos cuando tuvieran al alcance de la mano esa nueva herramienta?

El escáner del tiempo –el prototipo fue desarrollado en el laboratorio del CERN de Ginebra– representó algo completamente nuevo. Pero no debemos olvidar la evolución anterior a él. Ya entonces cualquier persona tenía acceso a cualquier forma de vivencia humana. En el año 2120 no había ningún tipo de dato que no pudiera ser descargado en los miles de hogares mediante un par de pulsaciones. Todas las películas, todas las obras de arte, todo texto escrito y todos los datos existentes sobre las personas eran bienes culturales comunes.

Lo nuevo era todo aquello que *no* había formado parte de las vivencias de la humanidad. Ahora podía verse en la pantalla la historia completa del planeta. Un espectáculo de ese tipo habría durado casi 5.000 millones de años, pero el escáner del

tiempo hizo posible que largos períodos de la historia pasaran velozmente por la pantalla en muy poco tiempo. Si se encontraba algo de interés, lo único que había que hacer era reducir la velocidad o detenerse en una determinada escena.

Ya no se trataba de buscar una película o un artículo enciclopédico sobre la Segunda Guerra Mundial. Ahora, ese triste capítulo de la historia de la humanidad se podía vivir directamente en la pantalla. Un determinado suceso, por ejemplo una ejecución o un encuentro entre Hitler y Goebbels, podía fácilmente acercarse o alejarse de la imagen mediante los dos buscadores —el buscador del tiempo y el buscador del espacio—, con los que hoy en día estamos tan familiarizados.

Decir que los pioneros de Ginebra se lanzaron con entusiasmo sobre el escáner sería poco. Hay que tener en cuenta que tenían en sus manos la historia mundial al completo.

Ahora bien, ¿ese nuevo invento sería un bien para la humanidad? ¿O se encontraban ante un peligroso juguete?

2.4

Como ya sabemos, no pasaron muchas décadas hasta que las pantallas domésticas estuvieron conectadas al escáner del tiempo. A partir de 2150 eran ya muy pocos los que no habían aprovechado la ocasión para adquirir esos modestos accesorios necesarios para sacar partido de la nueva oferta.

La reacción espontánea del público fue de gran entusiasmo. La base existía ya en la antigua tecnología, y para muchos la diferencia no fue muy drástica, sino más bien gradual.

El manejo de los dos buscadores del escáner del tiempo no era más complicado que el de los *joysticks* de los antiguos videojuegos. Cualquiera que supiera manejar un buscador podía manejar el escáner del tiempo. (Esto no quiere decir que todo el mundo sea igualmente capaz de utilizar la cultura. Sobre este tema se hablará más adelante.)

Ya hemos hecho referencia a los antiguos aparatos de radio. Al buscar una emisora determinada en la onda corta había que andarse con cuidado, pues con un giro de un milímetro podía uno pasarse diez emisoras.

Tener maña es un principio importante para manejar el escáner del tiempo, tanto en lo que se refiere al buscador del espacio como al del tiempo. Pondré un ejemplo:

Supongamos que buscamos al filósofo francés Jean-Paul Sartre. Tal vez sepamos que vivió en París. Y tal vez sepamos también que vivió a mediados del siglo XX. Obviamente, no basta con ajustar el escáner del tiempo a París, a mediados del siglo XX. ¡París! Pero ¿en qué parte de París? ¿Y cuándo? Tal vezelijamos para empezar una vista panorámica de París a las 11:30 el 7 de abril de 1952. Aunque sabemos que el hombre se encuentra en la ciudad en ese momento, es como buscar una aguja en un pajar (como reza una antigua metáfora agraria). ¿En qué café estará sentado Monsieur Sartre? Había miles de cafés en París en aquella época. Por supuesto, podemos buscarlo barrio por barrio, pues a menudo hay que buscar a las personas de esa forma. Pero en ese caso es muy fácil descarrilar por el camino. Tal vez desvíe nuestra atención una lucha callejera, un robo, una violación o una cena oficial del Gobierno. Debemos tener

un punto de referencia. Si sabemos, por ejemplo, que Sartre cenó con Simone de Beauvoir en Montparnasse el 11 de noviembre de 1956, el asunto se presenta mucho más simple. En ese caso, sólo necesitamos conocer el aspecto exterior del hombre. Nos «paseamos» por Montparnasse y ¡zas!: ahí está. Lo hemos capturado. A partir de ese momento, jamás se nos escapará. Podemos seguir la vida de Sartre hacia delante y hacia atrás hasta que muera, nazca o deje de interesarnos y lo apartemos de nuestra vista. (Creo que muchos hemos tenido cierta sensación de... indiscreción en esas situaciones. ¿Es del todo correcto hurgar en la vida privada de personas ya muertas? Sé que hay gente que busca con avidez precisamente las escenas más privadas de la vida de una persona. Yo no apruebo esa clase de voyerismo.)

2.5

Como ya se ha dicho, no es difícil manejar un escáner del tiempo. Cualquiera puede fácilmente llegar a saberlo todo, y digo todo, pero ¿por dónde se debe empezar? El verdadero arte de vivir sólo se le exige a aquel que vive sin límites. ¿En qué hay que fijarse cuando uno tiene todo, absolutamente todo, a su alcance? El primer encuentro de la humanidad con el escáner fue sobrecogedor.

Si se colocaba uno de los buscadores en las 14:30 horas del día 25 de mayo del año 963 d. C. (143000.25.05.0963), y el otro en un lugar de Noruega, por ejemplo en la latitud 60, longitud este 10 (600000. E 100000), uno se encontraba de repente en un profundo bosque de coníferas. Si uno se quedaba en ese lugar podía pasarse horas sin encontrarse con ningún ser vivo de cierto tamaño. Al cabo de un rato, a lo mejor aparecía un oso o un alce. Pero podían pasar días y semanas hasta que apareciera algún vikingo. Luego tal vez se intentara salir de aquel bosque para llegar a las orillas de algún fiordo deshabitado. Al cabo de varias horas de búsqueda, a lo mejor se llegaba a un puerto vikingo, si ése era el objetivo de los esfuerzos del buscador.

Cuando en 2148 muchos millones de pantallas domésticas fueron conectadas al escáner, surgió enseguida la necesidad de información y asesoramiento. De repente, la gente estaba recibiendo directamente en sus manos la historia mundial al completo. (Muchos fueron los que se perdieron en aquellos días, tanto en el tiempo como en el espacio.)

Se sigue buscando al azar en la historia, pero la inmensa mayoría se centra hoy en día en las muchas miles de llaves que se han elaborado. (Yo, por mi parte, tengo setecientas u ochocientas, lo que quizá sea un poco más de lo normal.)

Las primeras llaves fueron desarrolladas por la Oficina, y muchas de ellas se siguen usando hoy en día. Pondré algunos ejemplos:

Un recurso importante es la llave «Ciudades y lugares de hoy y ayer», lo que en realidad es una lista de 360 lugares del planeta, limitada a un determinado período de tiempo (Babilonia 2000-1700 a. C., Atenas 400-300 a. C., Roma 200 a. C. hasta 350 d. C., etc.). Mediante esta llave podemos localizar un determinado lugar, y a partir de ahí, ajustar el tiempo y el espacio en busca de lo que deseamos vivir. Se puede decir que «Ciudades y lugares» es la llave más general de todas, tan general que hoy en día es

usada sobre todo por los pioneros, es decir, los que desean investigar y descubrir el mundo por su cuenta, sin la ayuda de programas prefabricados. (Se pierde el placer de vivir una aventura a solas cuando el camino que lleva a esa vivencia ya está trazado por llaves que se distribuyen en muchos millones de ejemplares.)

Entre las más antiguas se pueden mencionar «Grandes pintores y sus obras maestras», «La muralla china», «Visiones de la Segunda Guerra Mundial», «Las pirámides», «Platón y Sócrates», «La evolución y destrucción de las armas nucleares», «Los orígenes del hombre» y «De planeta a galaxia».

Esas llaves te podían llevar de un momento álgido a otro dentro de un determinado ámbito. Obviamente, no renunciabas a tu propia libertad de acción, como en los programas de vídeo de los tiempos antiguos. En cualquier punto podías abandonar el asesinato de César y ponerte a pasear por Roma.

Además de esas llaves pedagógicas, que en su mayoría eran elaboradas bajo tutoría estatal, se iban fabricando, poco a poco y comercialmente, una serie de llaves más o menos oscuras para las diferentes necesidades e intereses. Como ya sabemos, el florecimiento de esas llaves se ha convertido en una jungla. Al final, hay tal cantidad de llaves que ya no sirven, y nos las apañamos mejor sin ellas. (Se ha dicho que las llaves constituyen un obstáculo para el auténtico conocimiento en lugar de facilitarlos, pues representan una duplicidad de la realidad.)

No es éste el lugar para enumerar las mejores o últimas ofertas de llaves para el escáner del tiempo. (¡Catálogos de éstos abundan por todas partes!) Pero quiero hacer hincapié en algunas de las llaves que empezaron a usarse ya en el siglo XXIII. Puede resultarnos útil –quizá sobre todo a los jóvenes– conocer la historia de las llaves.

Entre las primeras de todas ellas está la de «Titanic». Ya en los tiempos antiguos se escribieron muchos libros y filmaron muchas películas sobre este tema, por lo que había un gran interés por vivir el nefasto naufragio de verdad. De pronto, era posible vivir en cualquier momento aquel desgraciado viaje. Lo único que hacía falta era meter la llave en la caja de llaves, y al instante se encontraba uno a bordo, unos minutos antes del choque de la nave con el iceberg. (Obviamente no se ve todo, pues el Titanic naufragó por la noche. Cuando se apaga la última luz del barco, la sesión ha terminado. Aunque, bueno, todavía se ve alguna que otra luz en los botes salvavidas...)

Otras llaves de la primera época fueron también «Hiroshima», «Accidentes de automóvil variados», «Métodos de tortura a través de los tiempos», «999 sacrificios humanos», «1.001 asesinatos con hacha», «La vida sexual de hombres famosos», «Violación e incesto desde CroMagnon hasta hoy», «Mujeres en el baño», «Amores prohibidos» y «Monjes lascivos».

En suma: violencia y sexo. Ya desde el principio, la industria de llaves fue en esa dirección. (No es verdad que la gente tuviera menos interés por esas cosas en los viejos tiempos. Al menos, no en los tiempos *muy* antiguos, pues fue en esa época en la que se cometieron los asesinatos y violaciones.)

Durante un par de siglos, la humanidad se había alimentado de cintas de vídeo del mismo tipo, de modo que podría pensarse que el mercado estaba saturado. (Cabe

preguntar aquí si realmente existe un punto de saturación.) La única diferencia con las cintas de vídeo era que las llaves representaban hechos históricos y no una diversión fabricada. Al menos se puede constatar que en este sector la realidad de ninguna manera se queda corta frente a la ficción. Eso depende, claro está, de los ojos con que se mire. Si uno se toma el tiempo de mirar, *todo* se encuentra en la propia historia de la realidad. (Se dice que al productor le costó cuatro años fabricar la llave prohibida «*Crimen bestialis*». Es natural: si te pasas cuatro años sentado delante de la pantalla, puedes hacer las elecciones más insólitas. ¿Por qué nadie ha fabricado la llave «El juego de los niños en doce culturas» o «De las pinturas rupestres al bloque de garabatos»? Regalo una flor al que lo intente. La historia también está repleta de esas cosas.)

2.6

En los primeros años, hubo mucho debate en torno al acceso o no de los niños al escáner. ¿Podía permitirse que los niños exploraran la historia por su cuenta?

Como ya se ha dicho, la historia de la humanidad ha sido en ciertas épocas violenta y de gran brutalidad. ¿No se debería censurar la realidad antes de dejar a los niños acercarse a ella? ¿*No era la historia perjudicial para los niños?* Precisamente por esa razón hubo una gran oposición a que el escáner del tiempo se conectara a la red pública.

No se trataba únicamente de un problema práctico o técnico. En realidad, se trataba de un problema metafísico, pues Pleroma no se deja fragmentar. De nada sirve introducir una censura en el propio escáner del tiempo, pues ¿cómo iba a distinguir el escáner –o Pleroma– entre los eventos constructivos o destructivos?

Permítanme un ejemplo: todo el mundo sabe lo violenta que era la situación en ciudades como Nueva York, Londres, Roma y México D. F. a finales de la década de 1990, antes de la Gran Debacle. Si se permitía a los niños sentarse ante la pantalla, sería imposible protegerlos contra esas cosas. Los niños han oído hablar de Nueva York, y si ajustan el escáner del tiempo en Nueva York en la década de 1990, no darán muchas vueltas por las calles antes de presenciar las escenas más abominables, tales como atracos, asesinatos, violaciones y actos terroristas.

Como sabemos, la discusión acabó con una solución salomónica: el escáner fue conectado a la red, lo que significó que sería prácticamente imposible negar a los niños el acceso a él, pero, por otra parte, se aprobó una férrea censura de las llaves. Como ya he dicho, la historia está llena de atrocidades, pero también de mucha belleza. No será necesario ofrecer a un niño un refrito de lo más abominable. (Para ser exactos, debería ser innecesario también para los adultos. Parece que por falta de problemas sociales, una característica de nuestra cultura es el disfrute de las vergüenzas y desgracias de antaño.)

En este punto, conviene recordar lo que precedió al escáner del tiempo. Ya en la primera mitad del siglo XXI, cualquier niño con sólo pulsar una tecla podía conseguir cualquier vídeo, cualquier cadena de televisión y cualquier página de libro conectada a la red, lo que no era poco. Pero no se le soplabá a un niño la manera de encontrar las peores cintas de vídeo.

La conclusión ha de ser que los padres tienen una responsabilidad incondicional sobre

sus hijos. En el transcurso de los últimos años se ha producido una serie de buenas llaves infantiles («Animales raros», «Cuando los pájaros cantaban en los bosques», «111 especies animales extinguidas», y, en particular, la magnífica serie «Yo participo...»).

También se ha señalado un aspecto más teórico: los seres humanos se acostumbran a todo. En particular, los niños. Hoy en día se crían con el escáner de un modo tan natural como los niños de los tiempos antiguos crecieron sin él. O, como lo expresó Ibn al-Avicena casi cien años antes del escáner del tiempo: «Nada está en el consciente que no haya estado antes en la televisión».

Los niños entienden que aquello que ven en la pantalla no es real. No es más que historia.

3. La muerte de la ciencia

3.1

Ya nos hemos referido a la presentación del escáner en Ginebra. Antes de que fuera conectado a la red pública, los historiadores del mundo entero viajaron a Suiza, donde se lanzaron ávidos sobre la nueva herramienta –o el nuevo método, como ellos lo llamaron.

Vislumbraron una nueva era para la ciencia de la historia. A partir de entonces, la historia se consideraría una ciencia exacta. De repente, la disciplina había alcanzado *la fase positiva* (véase Auguste Comte, la clave «Filosofía de la historia», ref. 2.738).

Este gran florecimiento de la disciplina de la historia supuso una convulsión, porque la llegada del escáner del tiempo significó la muerte de la ciencia de la historia. O al menos que ésta fuera ya superflua.

¡Claro que sí! ¿Qué falta nos hacen los «historiadores» teniendo el escáner del tiempo? Cuando ya no cabe la conjetura, tampoco hay espacio para una ciencia de la historia.

En la medida en que hoy se puede hablar de la historia como una disciplina propia, nos referimos al trabajo que consiste en desarrollar nuevas llaves para el escáner. (En los viejos libros de historia, las notas a pie de página eran cada vez más largas. Hoy en día, toda la disciplina de la historia ha sido degradada a una asignatura de notas a pie de página.) Ahora bien, el olfato histórico –algunos lo llaman intuición– no ha quedado invalidado. Pero no nos hacen falta los libros de historia cuando podemos pasearnos libremente y por nuestra cuenta por la historia mundial.

Se ha eliminado toda inseguridad histórica. Se pueden contestar todas las preguntas (6.138.432 judíos fueron enviados a la cámara de gas por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Mona Lisa fue la amante secreta de Leonardo. Los orígenes del hombre pueden encontrarse en una serie de extrañas mutaciones hace 211 millones de años, etc. Hay de sobra donde escoger).

Muchas otras disciplinas corrieron la misma suerte que la ciencia de la historia. Las primeras en desaparecer fueron disciplinas como la geología, la paleontología, la biología y la astronomía. En realidad, todas las disciplinas están muertas. Lo que no se puede

observar en el escáner no merece llamarse ciencia. Las ideas que no puedan probarse mediante la propia experiencia habrán de denominarse especulación y superstición. La vieja expresión «si no lo veo, no lo creo» ha vivido un renacimiento. Representa un principio sano.

La evolución geológica de la Tierra, así como la biológica y la cultural, podrán leerse ya directamente de la historia de la realidad. Podemos recorrer la evolución entera en el transcurso de unas horas, o podemos reservar más tiempo para ciertas épocas o un determinado fenómeno que nos interese especialmente. Aquí nos encontramos con una serie de llaves instructivas. (La única época de la que puedo presumir de haberla recorrido en su totalidad son los últimos años de vida de Sócrates. Permanecí sentado delante de la pantalla durante quince meses, sólo interrumpido por el sueño. Pero entonces era más joven que ahora.)

La historia del universo se puede seguir –segundo a segundo– desde el Big Bang, hace 16.000 millones de años. Antes de eso no conocemos nada, simplemente porque no hay nada que conocer. De niños, todos hemos intentado mirar antes de los 16.400 millones de años. Eso es algo que sólo haces una vez. Se funde el fusible y te quedas con la pantalla en negro.

¡Claro! Quiero decir: no existe ningún «antes del Big Bang». El tiempo empezó entonces. En ese instante se crearon el tiempo y el espacio.

Pero ¿qué fue lo que produjo el Big Bang? ¿Cómo –o por qué– se creó el universo? ¡Ja, ja! Un idiota pregunta más de lo que puede contestar el escáner del tiempo.

3.2

Hasta ahora hemos hablado de la historia, como es natural. Lo que más sorprendió al mundo cuando se construyó el escáner del tiempo fue su capacidad para desvelar todos los enigmas de la historia. No provocó tanta conmoción el hecho de que el escáner también fuera capaz de reflejar todos los sucesos contemporáneos.

De nuevo debemos tener en cuenta la tecnología que precedió al escáner. Ya hemos mencionado las videocámaras que desde principios del siglo XXI fueron colocadas en una serie de puntos neurálgicos del globo. Además, todos los bancos y oficinas de correos, todas las paradas de autobús y estaciones de metro estaban ya bajo vigilancia constante. Todo esto se reproducía en las pantallas domésticas. Si no se tenía otra cosa mejor que hacer, se podía «hojear» un lugar tras otro en el globo. Con suerte, se podía presenciar un atraco, un asesinato o un asalto a un banco en el mismo instante en que sucedía. (Las tiradas de los periódicos cayeron en picado hasta 2060. En 2084 se dejó de publicar el último periódico importante.)

En 2120 –cuando se construyó el escáner del tiempo en Ginebra– el mundo estaba ya bastante bien *vigilado*. Como sabemos, la política era proteger la vida privada ante lo público. Pero también sabemos que todas las personas proyectaban una *sombra electrónica* que iba siendo cada vez más rica en detalles. En 2120 era ya posible en la práctica recabar de la red una información bastante extensa sobre el vecino (o algún miembro más distante de la humanidad, pues la red era intercontinental).

El escáner del tiempo llegó más como la culminación de una evolución de muchos años que como algo auténticamente nuevo. (Siempre he pretendido mostrar cómo la tecnología de la comunicación fue anticipando gradualmente –o a saltos– las posibilidades del escáner.)

Como bien sabemos, el escáner es capaz de localizar todos los lugares del planeta. Todo está bajo constante vigilancia. Ya no se cometen delitos. Si te rascas la nariz, es muy posible que lo registre alguien al otro lado del globo. No es seguro, ni siquiera probable, pero es posible. (Sin duda, tendría que tratarse de una persona confundida que perdiera su tiempo en la Tierra en tales quehaceres. Quiero decir: en este momento se arroja una bomba atómica sobre Hiroshima. O un ser humano aterriza en Marte. En ocasiones así no te paseas por el mundo en busca de una persona que está en su cocina cortando pan. Es posible contar los árboles del bosque, pero ¿quién perdería el tiempo en cosas como ésa?)

Ahora bien, el hecho de que todo el mundo *pueda* ver todo lo que hacemos seguramente ha tenido mucha más influencia en nuestra vida de lo que creemos. De nada sirve intentar esconderse del escáner. En ese sentido, cada hormiguero está vigilado. La infidelidad en el matrimonio ya no existe, lo que no significa que la promiscuidad haya desaparecido. Pero todos los matrimonios son «abiertos» en más de un sentido: el vecino siempre podrá vigilar la felicidad, o la ausencia de ella. (¡Como ya he dicho, estoy en total desacuerdo con eso! Y afortunadamente se trata de algo que se puede descubrir. Si yo sospecho que acompañas a mi mujer al baño, debes saber que puedo verte allí donde estás sentado delante de la pantalla con una lasciva sonrisa en los labios.)

3.3

Vivimos en una *sociedad abierta*. Sé que esta tolerancia ha sido criticada, pero sin ella habríamos tenido que desechar el escáner del tiempo. Pleroma no está dividido en sectores. No conoce las esferas «privadas».

La humanidad ha firmado un contrato con Pleroma. Naturalmente, podríamos revocarlo. Podríamos volver a proteger nuestras vidas y a recuperar la paz de lo privado. ¡Pero cuánto perderíamos! Todo tiene un precio (como reza una vieja expresión mercantil). No deja uno escapar la omnisciencia a cambio de poder rascarse la nariz en paz.

También tiene que ser posible apagar la luz. El escáner del tiempo no se pasea velozmente por el espacio oscuro con una linterna. Es evidente que después de que yo haya apagado la luz, el vecino no puede ver de mi dormitorio más de lo que yo mismo pueda ver. (Muchos asesinatos históricos siguen sin resolverse precisamente porque fueron cometidos en la oscuridad.)

Por lo tanto, no estaremos obligados a vivir totalmente despojados de esferas privadas. Me parece importante hacer hincapié en esta cuestión, pues puede parecer que muchas personas no han reparado en ello. O es así, o andan sueltos entre nosotros muchos exhibicionistas.

4. El final de la historia

4.1

Cuando se presentó en Ginebra el escáner del tiempo, se especuló –entre legos, se entiende; sólo ellos podían tener unas ideas tan simplistas y retorcidas– con la posibilidad de que también fuera capaz de reflejar el futuro. ¿Cómo iba a saber Pleroma algo sobre lo que aún no había sido creado? Es tan imposible saber algo del futuro como salir a gatas del Universo. Como sabemos, el universo se expande, y del mismo modo se expande constantemente el tiempo. Nos encontramos ante dos aspectos del mismo asunto.

Y sin embargo, podemos constatar que el futuro ya no es lo que era. En realidad, la historia acabó alrededor de 2170. Desde mediados del siglo XXII no ha *sucedido* nada realmente importante. (Ninguna de las llaves va más lejos. ¿Y para qué iba a hacerlo?)

Han nacido nuevos seres humanos, se ha comido y se ha visitado el cuarto de baño, uno ha estado sentado delante de la pantalla observando el paso del tiempo. Actividades de ese tipo no crean historia. Se exige constantemente que se concluya la cronología. Hoy en día resulta tan absurdo contar los años como contar las cuentas de un rosario.

Con la llegada del escáner del tiempo, la historia se acabó. O tal vez la vida como tal. Las calles están vacías. El motor del mundo anda sin moverse. No vivimos. Estamos sentados sobre nuestros traseros extrayendo la flor y nata de la historia.

4.2

Este «dilema cultural» lo esbozó por primera vez Nietzsche en el escrito «Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben». (1874, «Filosofía de la Historia», ref. 2.916. Más tarde, Nietzsche le pondría un título más crudo, «Die historische Krankheit». Véase 2.968.)

En el prólogo, Nietzsche hace referencia a Goethe, quien dice que odia «todo aquello que sólo me enseña sin aumentar o estimular inmediatamente mi energía». Y añade por su cuenta: «Todos sufrimos una fiebre histórica que nos corroe».

Nietzsche ya reparó en que la historia puede constituir una amenaza contra la vida pulsante. «Existe un grado de insomnio, de rumia, de sentido histórico, que daña lo vivo y acaba por matarlo, trátase de un individuo, un pueblo o una cultura.» Ante un exceso de historia, la vida se pulveriza y se degenera, y al final también la propia historia.

Lo que Nietzsche quería combatir era el hegelianismo. Pero como crítica cultural sus palabras están mucho más vigentes hoy de lo que estuvieron en su propia época. Hoy somos pobres en lo que Nietzsche llamaba «la fuerza plástica de una cultura».

La vida necesita olvido. La salud de un pueblo depende de su capacidad para olvidar. A toda acción –y a toda felicidad– corresponde el olvido. El conocimiento nunca debe reinar sobre la vida.

En algún lugar, Nietzsche compara al ser humano que se ha atiborrado de historia con una serpiente que se da un banquete comiéndose una liebre y luego se queda adormilada

al sol, incapaz de moverse.

El hombre moderno, dice Nietzsche, sufre de una personalidad mermada. Se ha convertido en un espectador errante que goza.

Hace mención a Hesíodo (700 a. C., «Filosofía de la historia», ref. 0.017), quien opinaba que la edad de oro ya había pasado. La humanidad pierde constantemente fuerza. Y un día los seres humanos nacerán ya canosos. (Cuando esto ocurra, Zeus borrará instantáneamente la estirpe humana.)

De hecho, Nietzsche consideraba «la educación histórica» como una especie de «canosidad congénita». Para nosotros, la humanidad es vieja, a la vez que estamos llevando a cabo una actividad de viejo, es decir, un mirar hacia atrás. Estamos llevando a cabo «una consentida ociosidad en el jardín del conocimiento».

No cabe duda de que la crítica cultural del viejo cascarrabias era previsor. Muchas cosas han cambiado desde su época. Nietzsche vivió antes de la evolución de las tecnologías de la comunicación aquí descritas. Murió en el año 1900, justo cuando todo empezó. Y sin embargo, intuyó lo que estaba a punto de ocurrir.

En el siglo XIX, aún era normal que las personas *hicieran* algo. Unos cuantos –según Nietzsche cada vez más– ya habían empezado a subirse a las tribunas. Pero la inmensa mayoría estaba en activo. Hoy en día la humanidad entera está sentada en los bancos de la tribuna. Todos somos espectadores. Ni siquiera somos «errantes». (No necesitamos movernos físicamente con el fin de vagabundear.) Y de hecho, no estamos contemplando nuestra propia época contemporánea. Lo que se mira en las pantallas de todos los hogares ocurrió fuera, al aire libre, hace muchos miles de años.

4.3

Fue, pues, la visión de Hegel sobre el Espíritu absoluto la futurista. Ocurrió lo que Zarathustra temió: Apolo venció a Dioniso. (Hoy en día tenemos que visitar las tiendas de antigüedades para comprar tiritas y vendas.)

Para Hegel, la historia de la estirpe humana era la historia de cómo el *Espíritu universal* se despierta a la consciencia de sí mismo. Una vez el Espíritu fue entero e indivisible. Y la meta de la historia es la vuelta del Espíritu a sí mismo.

Este evento podría fecharse en el año 2120, es decir, el año en el que se construyó el escáner del tiempo. Hegel se habría retorcido de regocijo.

5. El Espíritu absoluto

5.1

Ya es hora de que diga mi opinión. Obviamente, no soy un ser humano. Nadie lo es hoy en día. Soy el *Espíritu universal* de Hegel. Soy Dios. Soy Pleroma.

No somos ya individuos, pues no *hacemos* nada. Un individuo es una personalidad que actúa. Un individuo es por definición algo limitado. Cuando todos están en todas partes y

todos saben todo, entonces todo es uno.

La historia ha llegado a puerto. Se ha interrumpido el circuito. Todos los arroyos han confluído en un solo océano.

Esto ocurrió ya hace miles de años. Debe de hacer diez o veinte mil años de la construcción del escáner del tiempo. Aunque eso no importa. He dejado ya de contar los años. Pero me he paseado por la historia mundial desde todos los ángulos y por todas partes.

5.2

El ser omnisciente proporciona al alma un sosiego indescriptible. Lo único que me molesta en mi omnisciencia y omnipresencia es la soledad.

Resulta solitario estar en todas partes. No tengo a nadie con quien compartir mi omnisciencia. No tengo a nadie a quien enseñar. Porque todo el mundo sabe todo. Todo el mundo es congruente conmigo mismo. Esto quiere decir que yo *soy* todos.

Lo otro no existe, no existe ninguna ignorancia juguetona en la que poder meter un jirón de mí mismo con la esperanza de conseguir una especie de confirmación de que existo.

5.3

Me duele mucho la cabeza. Creo que estoy dormido. Al menos no he escrito nada de todo esto. Tal vez lo haya soñado. Pero creo que lo he visto en la pantalla. O que ello me ha visto a mí.

No sé si soy yo el que sueña o si yo mismo soy un sueño. No puedo afirmar que vivo. Ahora bien, me siento bastante seguro de que al menos *he vivido*. Bueno... eso no importa mucho.

¿Por qué a toda costa hay que poner un límite en algún lugar en medio del gran infinito?

Buda

El mundo ya está aquí. Las nubes pasan veloces por el cielo. Los insectos zumban en el aire.

La película se ha detenido en una imagen: Siddharta sentado bajo una higuera. Petrificado.

El río fluye ante la mirada del maestro. Los pájaros aletean sobre el agua. Las alas fraccionan el tiempo en segundos.

Transcurren veinticinco siglos. El hijo del príncipe sigue sentado sin pestañear bajo una higuera, igual que antes.

Los pájaros aletean sobre el agua. El río fluye. Las nubes pasan veloces por el cielo.

El diagnóstico

Asfalto

Se oyen unos frenos que chirrían, el pitido de un coche.

De nuevo se había detenido en la acera. Se descubrió a sí misma haciéndolo. Era como despertar de un sueño. O como despertar de un sueño a otro.

La gente da respingos y pequeños saltos por todas partes a su alrededor, como hormigas en un hormiguero. Como si todos estuvieran dirigidos por algo.

Sólo ella está inmóvil, sólo ella se ha detenido. Sólo ella está realmente despierta.

Sus sentidos nunca habían estado tan aguzados como hoy. Era cierto que lo había visto todo antes y que había oído hablar de ello. Pero nunca había olfateado el aire, ni los gases de los tubos de escape, ni el asfalto como ahora. Nunca había sentido tan intensamente que existía.

¿Acaso de niña? En ese momento, su infancia apareció ante ella con gran nitidez. ¿Dónde había estado su infancia durante todos esos años?

Tenía 5 años, tenía 8, tenía 11...

Ahora tenía 36... Los años intermedios habían transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Toda su vida de adulta era como un largo viaje que sólo conocía por terceros.

La lluvia había caído como una densa ducha sobre la ciudad durante toda la tarde. Y la luz le parecía despiadada.

Una niña pequeña llama a su madre. Unas cuantas palabras incomprensibles se intercambian a sus espaldas. Un borracho le da un empujón. El autobús salpica la acera con sus grandes ruedas.

Permanece aún un instante como pegada al asfalto, como el único punto inactivo en medio del caos. Por fin vuelve a moverse entre toda la gente, entre todos los demás.

Jenny atraviesa la ciudad meciéndose. No tiene prisa, no se dirige a nada que corra prisa. Ya no forma parte del ensordecedor gentío.

Por primera vez en su vida estaba abandonada a su suerte. No reconoció la calle Torgalmenningen, donde la gente daba pequeños saltos, moviéndose mecánicamente por todas partes, como en las películas de cine mudo. Tenía miedo, miedo...

Rayos X

Empezó por la inflamación de unos ganglios linfáticos.

Y ella sabía qué podía significar aquello. Podía significar el final de todo. Pero también podía tratarse de una inofensiva infección. Lo más probable es que sólo fuera eso. Y sin embargo, había ido a ver al médico de la empresa... Porque no sólo eran los ganglios linfáticos. Se sentía muy cansada.

Y muy hambrienta. Comía a todas horas sin saciarse. Y también muy mareada, se mareaba mucho últimamente.

El médico la había tocado. Primero los ganglios linfáticos, claro, y luego todo el cuerpo. Y la había sometido a un interrogatorio de tercer grado.

Había algo en su manera de preguntar...

Luego le hizo análisis de sangre. Ella ignoraba que se pudieran hacer tantos análisis diferentes.

Al cabo de unos días, el médico la llamó de nuevo. Era el lunes antes de Semana Santa. Algunos análisis habían dado positivo...

Por la manera tan cuidadosa de expresarse del médico, ella entendió que algo iba mal, muy mal.

–Realmente no está usted muy bien.

Y la miró de un modo muy especial al decirlo...

Al día siguiente, pasó el examen de rayos X. Ella misma fue más tarde al instituto de rayos X a recoger las radiografías. Era el miércoles antes de Semana Santa.

Jenny sabía que los rayos X eran venenosos. ¡Pero ignoraba que todo el ambiente de un instituto de rayos X estuviera tan envenenado, tan radiactivo! En el mostrador, se dirigió a una mujer de mediana edad y le dijo su nombre, y luego el del médico. La enfermera encontró inmediatamente el sobre gris que contenía las radiografías –como si la mujer llevara todo el día esperando a que fuera a recogerlas.

Dentro del sobre grande había otro blanco, más pequeño. La enfermera sacó una nota escrita a máquina. Jenny sólo alcanzó a ver unas líneas subrayadas antes de que la enfermera la metiera dentro del sobre grande, con las radiografías. Pero la miró de un modo muy extraño cuando le entregó el sobre y le dijo que se lo llevara al médico...

Jenny se apresuró a salir a la calle. Allí se quedó parada un buen rato con el gran sobre en la mano.

Se sintió muy sola, sola hasta la médula.

Y allí estaba con su retrato interior entre las manos. ¡Cuánto más importante era ese retrato que el exterior!

El sobre estaba cerrado y ponía: «PARA ABRIR EXCLUSIVAMENTE POR EL MÉDICO».

Todo tendría que hacerse correctamente. Jenny no era de los que cometen imprudencias en un momento de turbación. Sería una mensajera fiable. Su retrato interior sería entregado al médico sin abrir.

De todos modos, habría sido estúpido provocar al doctor. Podría perjudicar el

diagnóstico...

En realidad, no habría vacilado un instante en abrir el sobre si se hubiera atrevido. Al fin y al cabo, ¿quién era ese médico? ¿No era suyo el cuerpo?

Luego pidió una nueva cita. Se la dieron al instante.

–Suba ahora mismo, si quiere –dijo la enfermera. Estaría al tanto de lo que pasaba. No podía huir de aquello.

La ventaja de estar enferma era que la gente te tomaba en serio. Y te trataba con cortesía y consideración... Ahora Jenny era un caso clínico. Una celebridad.

¡El sobre! El médico la miró de un modo extraño cuando ella se lo dio...

Y luego llegó todo. Con una indulgencia envenenada, en un tono tan comprensivo que resultaba maligno.

El médico se levantó en cuanto abrió el sobre.

–Siéntese –dijo. Sonó como una orden. Sonriente. Porque ahora tenía tiempo de sobra.

Un médico sin prisas. Eso era una mala señal.

¿Dónde había visto antes esa sonrisa? Contenía una mezcla de pena profesionalmente medida y un coraje igual de profesional. (¡Vamos a vencerlo! Yo me ocuparé...)

Leyó el breve mensaje del radiólogo. Luego echó un rápido vistazo a las radiografías. Pura formalidad. Por fin miró el reloj (¿por qué?), antes de sentarse con el siniestro sobre delante.

–Realmente no está usted muy bien. Está enferma. Está realmente enferma...

Jenny recordaba esas palabras. Se le quedaron grabadas. Pero no recordaba nada más de la conversación. El resto había sido una continua escena desgarradora. Lo único de lo que estaba segura ya era de la sentencia, del veredicto, del diagnóstico.

Probablemente –creo que debemos hablar con total sinceridad, etc.–, probablemente padecía un cáncer muy avanzado con metástasis al sistema linfático. Por desgracia... Por eso tenía los ganglios inflamados. Y las radiografías..., las radiografías mostraban una actividad también en el interior del sistema linfático... Había transcurrido demasiado tiempo. Difícil descubrir esas cosas en una fase temprana, etc. Pero nada es imposible en nuestros días. Nunca es demasiado tarde para poner un tratamiento... si hay suerte. Para empezar, sería conveniente ingresarla en el hospital Radium, de Oslo, para más exámenes médicos. Cuanto antes después de Semana Santa... Pues hoy en día, que hay tantos adelantos, no vamos a escatimar en medios. Al parecer, en Estados Unidos había un médico que había obrado milagros precisamente en casos como el suyo. Una nueva terapia, un tratamiento... Lo importante era que mantuviera el ánimo. Él mismo tenía una hermana..., ella se había curado del todo...

Radium

Jenny llevaba el volante de ingreso en el bolsillo del abrigo. Iba camino de la estación de ferrocarril para coger el expreso diurno a Oslo. Al día siguiente por la mañana, el

miércoles a las ocho, tenía que dirigirse a la recepción del hospital Radium.

¡Radium! Otra vez esa palabra. Esa palabra que le penetraba hasta la médula.

A Jenny no le cabía duda de que estaba viendo la ciudad de Bergen por última vez. Por eso se había bajado del autobús en El Muelle. Había echado una última mirada hacia el monte de Fløyen. Luego había cruzado lentamente la plaza y subido por la calle Torgalmenningen. Ahora se encontraba delante del restaurante Holbergstuen, leyendo la carta expuesta en la vitrina del escaparate. Tenía tiempo de sobra, el tren no salía hasta las cuatro menos cuarto.

Arenques, solomillo, empanada de queso...

Jenny no entendía cómo alguien en este mundo podía tener ganas de comer.

En el cristal, delante de la carta, ve el rostro de una mujer.

Ésa soy yo, piensa. Es Jenny Hatlestad...

La vida de Jenny había transcurrido volando. Pero los últimos días se le habían hecho eternos. Había tenido tiempo de repasar la lista entera de reacciones al grave diagnóstico, a su nuevo estado.

Rabia. Depresión. Protesta, rebelión. Amargura. Dolor...

Se había aferrado a todos los familiares, amigos y semejantes que había podido encontrar. ¡Tan débil y tan tonta había sido!

Ahora ya no quedaba nada más de donde coger. Estaba vacía y cansada.

¿Quién era ahora? Todo lo que le quedaba, todo lo que se llevaba en ese viaje a Oslo eran unas imágenes inconexas de su infancia, de su adolescencia en Sandviken, algunas situaciones casuales de sus años de estudiante universitaria en Trondheim.

Y luego se casó. Y luego no tuvo hijos. Y después se divorció.

¡Ah, Johnny! Querido Johnny... Tal vez sigas allá en Trondheim echándome de menos.

Jenny y Johnny. Fue demasiado idílico. Demasiado pacífico para ella. Demasiado perfecto. Y ella se había emancipado. Una joven ingeniera química que se valía por sí misma...

Resultaba inconcebible que todo hubiese ocurrido durante las vacaciones de Semana Santa. Aún no habían transcurrido dos semanas desde que pidió hora en el médico, más bien para un chequeo rutinario, antes de irse a la montaña en Semana Santa. El médico no le prohibió ir. Pero ella se sentía muy cansada y se quedó en casa, al menos por unos días. Y entonces sonó el teléfono el lunes por la mañana. Que se pasara por la consulta del médico. Acababan de llegar los resultados de los análisis de sangre...

A partir de entonces todo había sucedido sin pausa. Rutinariamente. Con la necesidad fría y gradual de la ciencia médica.

Semana Santa...

No hacía muchos días que Jesús había entrado triunfante en Jerusalén montando un asno... ¡Que sí, un asno! Qué cosa tan ingenua. Nunca antes se le había ocurrido. Y sin embargo...

Luego cenó con sus discípulos, la última cena. A la mañana siguiente sería traicionado por Judas. Y luego, en la siguiente imagen iba ya camino del Gólgota con la pesada carga sobre los hombros.

No hay mucha distancia entre el triunfo y la humillación. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

¡Tonterías! Jenny tenía miedo. Estaba alterada. Y cuando uno está en peligro, se agarra aunque sea a una pequeña paja de heno.

Heno... Ahí salía otra vez la Biblia. ¡No temáis! Os traigo una buena nueva...

Jenny nunca había sido religiosa. Pero los últimos días había escuchado mucho la radio. Era tan chocante que fuera Semana Santa. El camino del calvario...

Al menos estaba en buena compañía. No era el primer ser humano de la historia que iba a morir. A la edad de treinta y pico años.

El pitido de un coche...

Una vez más la despierta el claxon de un coche. El tráfico, ese absurdo tráfico.

Jenny no entendía que se pudiera tener tanta prisa. Ella se había bajado del tiovivo. Sin querer, bien es cierto. La habían echado del tiovivo. Eso fue lo que necesitó para darse cuenta de lo inútil y vacío que era ese ensordecedor baile de la vida.

Y toda la gente que la rodeaba ¿era consciente de estar viva? ¿Era más consciente de ello que un rebaño de vacas pastando?

Probablemente no. Si no te encontrabas en el umbral de la muerte, no tenías una percepción real de la vida. La vida era algo en lo que se pensaba en los entierros. O, en el mejor de los casos, junto al lecho de un enfermo.

La densa capa de nubes había empezado a abrirse. Muy en lo alto, Jenny divisó un avión camino del aeropuerto de Flesland. Procedente del Mediterráneo, lleno de turistas medio borrachos, pensó. En viaje chárter. El colmo de la apatía, volando a baja velocidad sobre la ciudad. Turistas de Semana Santa. Celebración de Semana Santa...

El hombre de Nazaret arrastra una cruz al hombro camino del Gólgota. Ya no queda mucho trecho. Aunque a la sombra de un par de miles de años, ocurre a cámara lenta. La pasión estilizada...

El avión le dio una idea a Jenny. ¿Para qué pasarse siete horas en un tren si podía retrasar esa triste despedida e irse en avión? Ahora ya podía permitírselo. En general..., ¿había algo más insignificante en este mundo que el dinero? Ojalá hubiera plaza en el avión...

¿Dónde estaba la cabina telefónica más próxima?

De repente, tenía algo que hacer. Bajó corriendo a los sótanos de los almacenes Sundt y llamó a la compañía aérea SAS. Había plazas libres en todos los vuelos. Podía elegir.

Reservó una plaza en el avión de la noche. De todos modos, le daría tiempo a estar en casa de su hermana en Sandvika sobre las once y media. El vuelo salía a las 22:20, y una hora antes el autobús, de la estación de autobuses. Recoger el billete en el mostrador...

En un arrebato de optimismo, Jenny había pedido para el tren un billete de ida y vuelta. Ahora se contentó con uno de ida.

592 coronas. A Jenny le pareció baratísimo. No había ido en avión desde aquel viaje a Rodas en el 75. Incluso rechazó la oferta de la amable señora de un billete verde con la vuelta abierta y un descuento del 35 %.

–Porque vuelve usted a Bergen, ¿no?

No sería correcto decir que Jenny se sentía más animada. Pero, al menos, aún le quedaban unas horas para ella sola.

¿En qué iba a emplear todo ese tiempo que le quedaba para ir al aeropuerto? Podía coger el autobús y volver a Ásane. Pero de allí ya se había despedido. Podía pasarse por casa de una vieja amiga en S0reide. Hacerle una visita camino del aeropuerto. Y contarle que tenía cáncer. Decirle que iba a la capital a morir... Pues sí, era una posibilidad. Aprovechar la ocasión y despedirse, para revolcarse una vez más en la compasión...

Pero primero iría a la pastelería. Porque lo que más deseaba era estar sola. Un último café en el Reimers. A lo mejor, incluso un panecillo con gambas. No había comido nada desde el desayuno.

El Reimers

Jenny entra apresuradamente en el Reimers. Como cualquier cliente de la tarde. Lo único que revela que no es una funcionaria normal y corriente a la que le han entrado unas ganas irresistibles de tomarse un café volviendo a casa del trabajo es la maleta blanca de señora que Jenny coloca discretamente debajo de la mesa antes de acercarse al mostrador a pedir la consumición.

Tampoco podía pasar por una turista que vuelve con retraso de las vacaciones de Semana Santa. Estaba demasia

do pálida. En el mejor de los casos, podría haber pasado por una pobre obrera con turnos rotativos y con vacaciones de Semana Santa aún debidas. Podría ir camino del aeropuerto para emprender unas vacaciones de ensueño en Rodas. Pero nadie, absolutamente nadie, podría adivinar que es una ingeniera química enferma de cáncer, camino de Oslo para morir...

–Un café..., un panecillo con gambas. Y un buñuelo de pascua.

–¿El número de su mesa?

Jenny había estado en el Reimers cientos de veces. Pero esta vez había olvidado mirar el número de la mesa. Va corriendo y vuelve otra vez al mostrador.

–13...

–Son 22 coronas. Le serviremos el café en la mesa.

13, pensó Jenny. Por supuesto, había tenido que sentarse en la mesa número 13. Y había nacido el 1 de marzo. 1 de marzo de 1947. Nunca antes había reparado en eso. En

que su fecha de nacimiento formaba el número 13.

Si no hubiera estado enferma, esa pequeña casualidad la habría divertido, si se hubiera dado cuenta de ella. Ahora la asustó. Ahora le penetró el cuerpo como un rayo de miedo.

Rebuscó en su bolso, sacó un paquete de cigarrillos y se encendió uno.

Alguien se había dejado un periódico. Jenny echó una mirada a la espléndida foto en color de una pareja bronceada, al sol, en la nieve, delante de un montón de palos de esquí, con gorro rojo de lana y gafas de sol.

«SEMANA SANTA DE ENSUEÑO... Vacaciones de Semana Santa con temperaturas veraniegas en gran parte del país...»

Martes, 5 de abril de 1983. Jenny dio una profunda calada al cigarrillo y volvió a hacer cálculos. Hacía 36 días que había cumplido 36 años...

Jenny no era supersticiosa. Pero estaba nerviosa. Era como si ahora ella fuera el centro del mundo, como si todos los acontecimientos giraran en torno a ella, adquiriendo significado a la luz de su situación...

Alguien le puso una taza de café delante. Jenny apartó el periódico. Apagó el cigarrillo y se comió una gamba. Luego colocó la fuente con el panecillo y el buñuelo de pascua sobre la foto del periódico y volvió a encender el cigarrillo.

No lo consiguió. Una gamba bastó y sobró. No soportaba la idea de que las pegajosas gambas con mayonesa pasaran por su estómago enfermo de cáncer. También dejó intacto el café. Era negro y asqueroso.

Jenny se acordó de que había preguntado al médico si su enfermedad podía deberse a factores medioambientales, ya que trabajaba con productos químicos en el laboratorio. El médico le contestó con evasivas, aunque eran medio afirmativas. ¡Qué fastidio! Pero bueno, ¿qué importaba ya? La muerte era algo más que un escándalo político. De todos modos, moriría antes o después. Simplemente no había pensado en ello hasta ahora. En ese instante, se le ocurrió que era algo totalmente absurdo el que los seres humanos tuvieran que morir.

Jenny no soportaba ver turistas de Semana Santa, ni gambas, ni café. Tampoco soportaba pensar demasiado.

Levantó la cabeza y contempló el bullicioso local. Y vio algo en lo que jamás había reparado antes. Descubrió a todas las personas del café. Las vio con gran nitidez, las captó una a una.

Fue como si las conociera o reconociera a todas, individualmente. Como si fueran miembros de su propia familia. Como si fueran de la misma carne y huesos que ella.

Sus semejantes...

Cada rostro hablaba su propio idioma, contaba su historia.

Pobre gente, pensó Jenny. Vais a sobrevivirme, pero no *estáis vivos*.

Notó cómo le iba creciendo por dentro una especie de orgullo, a la vez que sentía compasión por todos los seres humanos, por todo lo que era vida.

—¡Jenny!

Se sobresaltó. Fue arrancada de sus nuevos pensamientos.

–¡Hoooola! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué tal la Semana Santa?

Fue un ataque por sorpresa. Era la amiga de Søreide. Bronceado de Semana Santa. Gafas de sol colocadas en el pelo rubio.

Una nueva casualidad...

–¿Te has quedado en casa?

Siri se sentó al otro lado de la mesa y le puso una mano en el brazo. Con una gran pulsera de oro brillando en la muñeca.

–Sí..., este año me he quedado en casa...

–Pero has tenido vacaciones, ¿no?

–Sí, sí. ¿Y tú?

–He estado esquiando en Finse. Volví ayer. Ragnhild y yo. Pasamos... la mayor parte del tiempo en su cabaña...

–¿La mayor parte?

–¡Sabía que me lo preguntarías!

–¿Preguntar qué? ¿He preguntado algo?

–¿Estás de mal humor, Jenny? Por cierto, ¿por qué te has quedado en casa?

–Has dicho que pasaste «la mayor parte del tiempo» en la cabaña de Ragnhild.

–Sí, es verdad. Bueno, es que conocimos a... a un profesor de instituto y a un médico...

Siri alzó los ojos al cielo.

–Y ellos vivían en una supercabaña... con sauna, ¿sabes?..., y todo... Así que estuvimos bastante allí.

–De manera que has tenido una aventura de pascua.

–¡Jenny! ¿No te encuentras bien?

–Yo...

–Olvídalo. Los que os habéis quedado en la ciudad parecéis muy pálidos cuando los demás bajamos de la montaña. Pero luego las diferencias se allanan... ¿Sabes? Algunos días hacía tanto calor que tomábamos el sol en topless. ¡Mira!

Estuvo a punto de quitarse el jersey.

Oro y quincalla, pensó Jenny. De repente entendió el significado de la palabra «altanero». Recordó que en el instituto habían leído poemas antiguos en los que la palabra se usaba con «percedero», eran palabras gemelas. En realidad, eran dos aspectos de la misma cosa, ¿no?

Sexo en Semana Santa, pensó Jenny.

Aunque no había sido lo más importante de su vida, el sexo había significado bastante para ella. Y no sólo había tenido que ver con el placer. En algunas ocasiones, el orgasmo le había dado la sensación de fundirse, no sólo con el otro, sino con todo. Recordó que había hablado con Johnny sobre ese tema. Y él le había mostrado una foto de la escultura de Bernini de santa Teresa de Ávila. Religión y erotismo. El conocimiento como orgasmo. El orgasmo como conocimiento. Abundancia de vida, una avalancha...

Sexo. Saboreó de nuevo la palabra. Ahora era algo insignificante. Ahora todo era diferente. Era como las gambas y el café.

–¿En qué estás pensando, Jenny? No creas que no me he dado cuenta de que te pasa algo.

Jenny bebió un sorbo de café. Estaba frío como la coca cola y sabía a veneno.

Siri había sido la mejor amiga de Jenny durante muchos años. Ahora era como si ya no la conociera. Siri estaba viva. Como lo estaba Jenny antes de Semana Santa. Para Jenny la vida se había convertido en un pensamiento. Era algo que tenía en la cabeza. Como una idea, como un concepto.

–¿El mundo es una feria, Siri? ¿Un parque de atracciones?

–¿Acaso te has vuelto religiosa?

–Tal vez...

–Espera...

Siri se apresuró hasta el mostrador. Al instante, volvió con unas pastas y el ticket del café. Jenny había encendido otro cigarrillo.

–Ahora quiero que me cuentes lo que te pasa. Háblame sin rodeos. ¿Te han visitado los mormones en Semana Santa? Siempre has sido débil, Jenny. No debes discutir ni con mormones ni con marxistas leninistas...

–No es nada de eso...

Estaba a punto de echarse a llorar. Pero luchó por no sucumbir.

–¿Entonces qué es? Esto es tuyo, ¿verdad? ¿Por qué no comes?

–Porque tengo cáncer. Cáncer, Siri, ¿lo oyes? Y bastante grave, además. Mañana me ingresan en el hospital Radium. Quizá me queden un par de meses...

Una máscara cayó del rostro de Siri. A Jenny casi le dio pena. Ahora estaban las dos igual de desnudas.

–¡Mi pobre Jenny! Mi pequeña Jenny... ¿Por qué no me lo dijiste enseguida?

La amiga la agarró de los brazos. Y salió toda la historia. Como recortada de una revista.

Jenny se tomó media hora. Media hora para contar aquello que había durado catorce días y catorce noches. Se dio cuenta de la manera tan sobria y precisa en que lo contó todo. Hasta los detalles más embarazosos. Como si hablara de otra persona.

La amiga la mantuvo agarrada por las muñecas un buen rato. Entonces Jenny se percató de la blancura de sus manos en la luz penetrante. Eran blancas como la nieve.

–No vivimos eternamente, Siri. Eso también te concierne...

La miró a los ojos.

–Al menos, me concierne el que tú estés enferma. ¿No hay nada que yo pueda hacer?

Jenny encendió otro cigarrillo e hizo un gesto negativo.

–Escucha..., me voy contigo a Oslo. No te conviene ir sola.

–Gracias, Siri. Pero este viaje tengo que hacerlo sola. Debemos despedirnos ya. Tal vez duela. Pero tengo que despedirme de mí misma. De esta ciudad, de la vida. Un día a ti también te tocará hacerlo...

–Jenny..., espera, Jenny..., me gustaría...

–¡No! En esto no somos dos. Tengo que marcharme ya, Siri.

El orgullo. Ahora tan sólida como una columna.
Se levanta, se pone el abrigo y saca la maleta blanca de debajo de la mesa.
–¡Mira! ¿Te apetece un panecillo con gambas? ¿O un buñuelo de pascua? Son para ti.
–Espera...
–¡Adiós, Siri!
Le da la espalda y sale a toda prisa del local, huyendo de la compasión de su amiga.
Con esto, es como si se desprendiera del mundo entero.

Siddharta

Estuvo deambulando por las calles. Se detuvo a mirar las portadas del *Bergens Tidende* expuestas en el escaparate del periódico.

Se sobresaltó al ver la noticia principal en primera plana: «UN MILAGRO: ¡ESTOY VIVO!». A seis columnas. Como si fuera un mensaje personal para ella. Luego resultó que no era más que un fragmento del drama de todos los días. Un policía que a duras penas había escapado de un peligroso pistolero.

Pero era un milagro que ella existiera. Jenny no necesitaba escapar de un peligroso pistolero para sentir como un milagro el existir. En realidad, era un milagro que algo existiera.

El misterio de la vida, pensó Jenny. El enigma de la vida...

El enigma del cáncer.

¿Y si ella, como por obra de un milagro, sanara del todo de repente? ¿Y si se trataba de un diagnóstico equivocado?

¡Ah, no! Jenny no era una soñadora. Era ingeniera química. Era realista. No creía en los milagros.

Sonó en sus oídos el gran éxito de la primavera, «Vivimos», cantado por Wenche Myhre y Jan Eggum. Lo había escuchado un montón de veces en la radio los últimos días, como un contraste con su estado de ánimo.

«Lucharemos por la vida mientras por nuestras venas fluya la sangre...»

¿Por qué otra cosa merecería la pena luchar?

Con la maleta blanca de señora en las manos, se dirigió al teatro.

MUJERES EN UN BAÑO DE VAPOR. El gran espectáculo de la temporada. No tenía ni idea de lo que trataba la obra, pero parecía completamente descerebrada. Como los excesos de Siri en la sauna del profesor en Finse.

Teatro. Eso era cosa de Johnny. Ahora era profesor de arte dramático en Trondheim.

La vida es un teatro, solía decir él. Con un cigarrillo en una mano y una botella en la otra. Nos hacen entrar en un escenario y luego salimos corriendo de él.

Seguramente lo habría dicho alguien antes que él.

Jenny sintió una imperiosa necesidad de salir de la ciudad. Arrastró la maleta hasta el monasterio, desde donde se podía ver el cabo Nordnes. Allí se sentó en un banco a contemplar el mar.

Hace dos mil años un rebelde judío fue crucificado. Seguramente habría sido un ser fantástico. Pero la Iglesia enseñaba que era el hijo de Dios.

A ella no le cuadraba. El hecho de que, primero, Dios creara a los seres humanos con libre albedrío y luego, cuando éstos hicieron uso de él, se enfadara tanto que tuviera que ver crucificado a su propio hijo antes de poder perdonarlos.

¿No era éste el mensaje del cristianismo a Jenny Hatlestad en la Semana Santa de 1983? Si ella creía que era un regalo de Dios creer que la crucifixión de Jesús era el regalo de Dios como penitencia por el mal uso que Adán y Eva habían hecho del regalo de Dios, sería salvada de la ira del mismo Dios y evitaría la perdición eterna...

Jenny no tenía fe en un dios como él.

Jenny no era religiosa. Jenny estaba enferma. Pero la enfermedad no había dañado lo que tenía de sentido común. Había escuchado quince servicios religiosos en la radio los últimos días. Por razones fáciles de comprender, los había escuchado con la mente receptiva. Habían sido como un cursillo intensivo de cristianismo. O, para ser más exacta, como una serie de cursillos de repaso, y cada uno completo, el credo incluido. Obviamente, era muy importante para los sabios mostrar que se sabían bien la lección, que eran ortodoxos. Pero cuando toda la doctrina cristiana –desde Adán y Eva hasta las Revelaciones de Juan– se predicaba en unos cinco o diez minutos, resultaba tan desprovista de amor y razón que no servía para consolar a Jenny, sentada en Nordnes con la maleta entre las piernas, aguardando el ferry de Askøy.

A Jenny se le ocurrió algo diferente. Algo exótico, algo que venía de otros lugares del mundo, algo concreto y reconfortante, algo que encajaba mejor con una ingeniera química enferma de cáncer.

Se acordó de la preciosa historia de Siddharta, hijo de un príncipe, que llevó una vida disipada hasta que de repente abrió los ojos al sufrimiento del mundo...

La última señal de vida de Johnny había sido una larga carta desde Estocolmo, donde contaba que había visto un ballet sobre la leyenda de Buda. Acto seguido, Jenny se acercó a la biblioteca en busca de literatura sobre el budismo. No sabía con seguridad si lo había hecho por Johnny o por el budismo.

Buda no fue ni un salvador ni hijo de un dios, sino un ser humano como Jenny.

Cuando nació, a su padre le predijeron que su hijo sería un soberano del mundo o renunciaría al mismo, es decir, exactamente lo contrario. Esto último ocurriría si llegaba a su conocimiento la necesidad y el sufrimiento del mundo. Con el fin de evitarlo, su padre intentó protegerlo para que no conociera el mundo fuera de los muros del palacio, y lo rodeó de toda clase de placeres y diversiones.

Pero Siddharta quiso escapar de su protegida existencia de príncipe. Al otro lado de los muros vio a un anciano, a un hombre enfermo y un cadáver en proceso de putrefacción...

El encuentro con el encorvado anciano abrió los ojos de Siddharta al hecho de que la vejez es el destino que alcanza a todos los seres humanos. La visión del hombre enfermo y lleno de dolores le hizo preguntarse si es posible protegerse contra la enfermedad y el sufrimiento. Y el cadáver recordó al joven príncipe que todos los seres humanos tienen que morir; incluso el ser más feliz está sujeto a lo perecedero.

Tras estas desalentadoras impresiones, Siddharta descubrió a un asceta que tenía una expresión espiritual, incluso feliz, y que había comprendido que una vida de abundancia y placer era una vida vacía y sin sentido. Y se preguntó a sí mismo: ¿Existe en este mundo algo que pueda librarse de la vejez, la enfermedad y la muerte?

Siddharta quedó sobrecogido de compasión por su prójimo y sintió la vocación de señalar un camino que alejara a los seres humanos del sufrimiento. Meditabundo, volvió al palacio, y esa misma noche dejó atrás su cómoda vida de príncipe y salió a un mundo en el que no tendría hogar.

Tras seis años vagando por el mundo como asceta, Siddharta se sentó debajo de una higuera junto al río Neranjara. Y allí alcanzó «el despertar». Tras haber vivido 35 años como un sonámbulo, Siddharta despertó y comprendió que el sufrimiento del mundo se debe a la sed de vida. Por eso se convirtió en un «buda», un ser que ha despertado...

Jenny se reconoció en esa historia. Tenía la misma edad que Buda. ¿Y no había vivido en una jaula dorada de satisfacciones, bien protegida contra el sufrimiento, la muerte y la reflexión? ¿Acaso no había vivido durante 36 años como una sonámbula? ¿Y no había estado completamente embriagada toda su vida? ¿Y no estaba ya a punto de despertar del letargo?

Buda no sólo había despertado al conocimiento de que todo en este mundo es sufrimiento, porque todo está sujeto a la ley de lo efímero, sino que también lo había hecho al conocimiento de que existe otra cosa, algo eterno, algo no perecedero, algo que se eleva sobre las vacuidades de este mundo, por encima del tiempo y el espacio, algo que sólo es accesible a aquel que logra ahogar toda sed vital...

Buda había llegado a «la otra orilla». Había superado el mundo para convertirse en un *arhat*, un «venerable». Había contemplado el mundo bajo el ángulo de la eternidad. Había alcanzado el nirvana.

Jenny no era una filósofa. Era ingeniera. Su concepción de la vida había consistido en átomos y moléculas, planetas, soles y nebulosas. En lo diario, había trabajado con tubos de ensayo e instrumentos de medición.

Si había algo insatisfactorio en su visión del mundo, era que todo podía analizarse y dividirse en algo más pequeño. Pero hasta allí no solía pensar... El limitado conocimiento que había logrado tener de la doctrina de Buda le hizo vislumbrar una especie de unidad a fin de cuentas.

Tiene que haber un contexto mayor, pensó Jenny. Estaba sentada, contemplando el fiordo Pudder. Tiene que haber algo desde lo que pueda verme a mí misma y mi destino.

¿Qué era el «nirvana»? ¿Qué era lo eterno, lo no efímero que Buda había descubierto? ¿Era un mero pensamiento? ¿Una idea? ¿O era algo real?

Delante de ella iba paseando una madre de unos 25 años con su hija de 2 o 3.

Jenny no había tenido hijos, pero había sido una niña. Así, exactamente así, había jugado con su madre. Tal vez en ese mismo lugar. Y de esa misma manera jugarían madres e hijas en Nordnes durante mucho tiempo después de ella.

A Jenny le pareció ver su propia genealogía en esa imagen de madre e hija.

Era como si ella no sólo fuera ella misma en ese momento, sentada con la maleta entre las piernas. Era como si ella también fuera la madre. Y la niña pequeña. Era como si se encontrara en los árboles de alrededor. En la hierba que pisaban. En el canto de los pájaros. Incluso en el banco en el que estaba sentada.

Nirvana...

No podía tratarse de algo lejano y celestial. Tenía que estar relacionado con el aquí y el ahora. Pues Buda... Buda había alcanzado el nirvana debajo de una higuera. Junto al río Neranjara.

En el fiordo avistó el ferry, a medio camino entre Nordnes y Askøy. A bordo habría tal vez varios cientos de personas. Pero desde donde Jenny estaba parecía un barco de juguete en un paisaje de maqueta.

Cien personas amontonadas en un barco, elevadas por la misma quilla, llevadas por la misma fuerza.

Jenny se imaginó dentro del mismo barco. Se imaginó sobre la cubierta, mar adentro, jugando con la idea de que estaba sentada en Nordnes, buscándose a sí misma.

Por un instante, consiguió sentirse desconcertada sobre dónde estaba. Estaba a bordo del barco... y en Nordnes. Y en Landås, en la montaña, o en Oslo..., en casa de su hermana en Sandvika, en el hospital Radium...

Dejando a un lado el tiempo, se encontraba en todos esos lugares a la vez. También estaba en la Luna. Estaba en todas partes.

Jenny recordó cuando en el año 75 voló sobre el mapa de Europa. Los seres humanos estaban tan lejos que no los veía. Pero veía señales de ellos por todas partes. Veía las ciudades y los campos sembrados como pequeños cuadrados en amarillo, verde y gris. Grecia, Yugoslavia, Austria, Alemania, Dinamarca. Y su vieja Noruega. No se veían las fronteras entre los países desde una altura de 10.000 metros. La Europa verde...

También había visto fotos de la Tierra. Tomadas desde la Luna. O desde algún sitio aún más lejos del universo. Un globo azul.

Vista desde esa distancia, la vida de este planeta formaba una unidad. Como un solo organismo vivo. Un objeto milagroso. Una cosa viva y coleando en el vacío.

¿Quién se fijaría en Jenny y su destino cuando la foto se tomaba desde la Luna? ¿Qué significado tenía una hormiga entre muchos miles de millones de hormigas?

Y sin embargo, con su conciencia, ella abarcaba de alguna manera el mundo entero.

Cuando yo muera, pensó Jenny, el mundo entero morirá conmigo. Es otro mundo el que se deja en herencia.

El mundo está aquí ahora. Dentro de unas semanas o meses habrá desaparecido...

Llegó un gorrión y se posó en el banco de al lado. Permaneció un instante mirando a

su alrededor y luego desapareció.

Abril

Acaba de pasar otro ferry de Askøy. Jenny se levanta del banco, coge la maleta blanca y empieza a bajar hacia la ciudad.

Abril. Las praderas están tan verdes que resulta casi doloroso mirarlas. En algunos macizos florecen las campanillas blancas. Los abedules desnudos ya tienen una aureola lila, algunos incluso un velo verde claro. Dentro de una semana estarán envueltos en una capa verde...

Abril. A Jenny le resulta inconcebible que sea posible, en el transcurso de unas semanas, bombear toneladas de materia verde y viva de esa tierra negra e inerte.

Abril. Vuelve a pensar en la Semana Santa. En muerte y resurrección. En la semilla que tiene que caer a la tierra y morir...

Jenny pasa despacio por delante de Fredriksberg y llega a las casas entre el monasterio y el fiordo Puder.

Praderas verdes. Árboles. Un anciano con bastón. La risa gorjeante de un niño. Un plomífero sol tardío irrumpe en la capa de nubes.

Jenny absorbe las impresiones con avidez.

Adiós, piensa amargada. Adiós, Bergen. Adiós, tierra viva, adiós sol en el cielo. Adiós... Me retiro ya, mi tiempo ha expirado. Ahora desapareceré. No por una o dos semanas, sino para siempre. Para toda la eternidad.

De repente, entiende el significado de esa palabra: eternidad. Lo entiende en una décima de segundo. Jenny entiende la eternidad.

Éste ha sido mi mundo. Durante treinta y seis años. No, durante millones de años. No se siente ni un día más joven que el monte Ulriken. Este mundo ha sido tan *mío* que me resulta inconcebible. Tan caracterizado por mí. Tan apresado por mi conciencia.

Tal vez existan otros mundos. En otro lugar. O en otro tiempo. O ambos. Pero éste es el mundo del que ella ha podido formar parte. Un mundo de valles, fiordos y montañas, de desiertos, mares y selvas. Con caballos y vacas, cabras y elefantes, rinocerontes y jirafas. Azafrán, campanillas blancas e hibisco, naranjas, ciruelas y grosellas... Y seres humanos, mujeres y hombres. Jenny ha visto la humanidad. Ha tenido encuentros en cuarta fase. ¡Ella misma ha sido un ser humano!

¡El mundo!

Es aquí donde ha estado de breve visita. En calidad de participante, representante, observadora.

¿Cuántas horas de vida le quedan? ¡De estar, de ser!

Dame la vida una vez más, piensa Jenny. Dame un cuerpo sano. Devuélveme la juventud...

¡Danos a Barrabás!

Esta Semana Santa, Jenny es el cordero expiatorio. Ella es la que lleva sobre sus hombros el sufrimiento del mundo.

«Si ahora nos quedamos quietos del todo, oiremos los latidos del corazón... Andemos de pie o a gatas, seamos ovejas negras..., ¡estamos vivos!»

Jenny se encontraba en Engen.

Si hubiera sido cualquier tarde de martes, tal vez se habría pasado por el café Wessel antes de coger el autobús hasta su barrio de Ásane. A lo mejor se encontraba con algún conocido, alguien con quien hablar...

Pero ésa no era una tarde de martes cualquiera. Y sin embargo, decidió pasarse por Wessel de todos modos. No con el fin de encontrarse con algún conocido, sino para darse un último baño de multitudes antes de dar la espalda a Bergen e irse a Oslo.

Pasó de puntillas por delante del guardarropa para no tener que dejar el abrigo y la maleta. Con ésta en una mano y el bolso en la otra, se deslizó entre las mesas del local lleno de humo. Esta vez su mirada no buscaba conocidos. Lo que ahora anhelaba era una panorámica, el ambiente, la vida de café...

Era el típico día de «mira lo moreno que me he puesto esquiendo». También se veía alguna que otra cara pálida. Debían de sentirse como una etnia discriminada. No resultaba nada raro andar entre las mesas del café Wessel con maleta el primer día laboral después de Semana Santa. Lo anormal, lo grotesco, era la combinación de una maleta y una cara pálida, casi blanca.

Jenny estaba, además, completamente sobria. Y no olía a cera de esquís ni a crema bronceadora. Ni a petróleo de quinqué, ni a leña de abedul. No olía a celo.

Resultaba extraño ver cómo la gente juntaba las cabezas susurrándose secretos, cómo se reían y se contaban historias, cómo batían sus alas de pavo real, presumiendo. Verlos le produjo algo parecido al dolor.

¡Mirad la punta de mi nariz! ¡Aún tengo la tripa algo morena...! ¿Has visto lo morenas que tengo todavía las piernas? Y luego nos encontramos, como ya te he dicho, con un médico y un profesor de instituto... alojados en una cabaña estupenda... con sauna y todo, ¿sabes?... y todo... ¡Algunos días hacía tanto calor que podíamos tomar el sol en topless!

Pequeños seres, pensó Jenny. Estaba tiritando debajo del abrigo.

Sólo unas semanas antes era uno de ellos. Ahora no se reconocía. En un instante estaba en el monte Ulriken, y al siguiente se hallaba en algún lugar del espacio.

Por miedo a encontrarse con conocidos, se apresuró a salir de nuevo a la calle.

Jenny se abre camino entre las motos aparcadas delante del hotel Norge, cruza la Plaza de las Fiestas y se dirige a la estación de autobuses bordeando el lago Lille Langedárdsvann.

Abajo, en la orilla, hay una pareja metiéndose mano. No parece muy agradable. Cómo

pueden soportarlo, piensa Jenny. Todo eso parece agotador. Y frío. Además, resultaba un poco cómico. Dos animales estirados que se rascaban, estrechaban, acariciaban y pellizcaban. La causa de su deseo era únicamente la pertenencia a dos variantes distintas de la especie humana.

Y sin embargo: los entendía muy bien, también ella había sido un ser humano...

El autobús del aeropuerto no salía hasta media hora después. Pero iba a salir inmediatamente uno de línea que se dirigía al mismo sitio. Iría por Fana-Os-Milde.

Por primera vez ese día notó en su cuerpo que estaba enferma. El pasillo subterráneo que conducía a la dársena 18 de la estación de autobuses era eterno. Y luego tuvo que subir unas pesadas escaleras, meterse en el autobús y sostener la maleta a la vez que buscaba en el bolso el dinero para el billete.

Tanto había pensado en la muerte que se había olvidado de que estaba enferma. Ahora notó lo débil que se sentía.

–Perdone, señora. ¿Se encuentra bien?

Era el conductor del autobús. Era la primera vez que alguien le hablaba desde su inesperado encuentro con Siri en el Reimers.

Jenny sintió una cálida ola de agradecimiento recorriéndole el cuerpo.

–¿Cómo? Ah, sí, creo que sí. Supongo que simplemente estoy algo cansada. Gracias. Lo siento...

Le habría gustado poder abrazarlo. Suplicarle ayuda, compasión. O agacharse sobre la caja del motor llorando.

Había pasado un día entero –tal vez el primero de su vida– sin preocuparse por su aspecto. Pensándolo bien, ni siquiera esa mañana se había pintado los ojos. No sólo se sentía pálida y desaliñada, también llevaría un sello de angustia en la cara, de desesperación, depresión y rebeldía. Sería ingenuo pensar que todos sus pensamientos no eran visibles a todo el mundo.

Tuvo esa sensación que tenía a menudo de pequeña. Que todos los que la miraban eran capaces de leerle el pensamiento.

El mundo

A Jenny siempre le había gustado ir en autobús.

Le gustaba ir junto a la ventanilla, viendo pasar el paisaje. Las montañas, el fiordo, las casas, los escaparates, la gente...

Era como hojear un libro.

En el autobús podía escuchar a escondidas las conversaciones de la gente sobre lo más cotidiano, sin luego tener que rendir cuentas.

Los momentos más reflexivos de la vida de Jenny se habían desarrollado durante sus viajes en autobús entre Ásane y Bergen. Si algunas veces sus pensamientos habían ido

más allá de la economía y deberes triviales, había sido en el autobús.

En uno de esos viajes había visto una vez salir el sol. Allí había vivido un instante del crepúsculo. Allí, en el autobús, se le había ocurrido pensar alguna vez que era una paradoja el que el ser humano no viviera eternamente.

Se sentó detrás de una madre y su parlanchín hijo de 6 o 7 años.

El niño había alcanzado justo esa fase de la vida en que se había acostumbrado a la realidad. El mundo ya no era tan flamante e inexplorado. Había todavía muchas cosas que investigar, pero el mundo como tal ya no era objeto de asombro. No era ya ninguna revelación permanente.

Un par de asientos más adelante, una niña de unos 2 años estaba sentada sobre las rodillas de su padre. Un instante tiraba a su padre de la barba, y al instante siguiente la soltaba para señalar algo con gran entusiasmo por la ventanilla.

Esa niña era completamente distinta al niño de 7 años. Se encontraba todavía en los años mágicos. Para ella, el mundo era tan flamante como en el séptimo día, cuando el Señor descansó. Y la niña vio que así fue...

Si el conductor del autobús hubiera puesto de repente el piloto automático para acto seguido echar a volar bajo el techo del autobús, sobre las cabezas de todos los pasajeros, la niña tal vez lo habría señalado diciendo: ¡Mira, papá!, ese señor vuela...

El padre, un profesor de instituto o asistente social, de unos 30 años, seguramente se habría asustado mucho. Sólo porque había vivido durante treinta años sin haber visto nada parecido. ¡Sólo por eso!

Ahora la pequeña señaló una ambulancia con luces azules y sirena, que pasó velozmente por delante de la ventanilla del autobús. Para la niña era algo insólito.

El padre apenas se molestó en averiguar lo que la niña estaba señalando. Sólo tomó parte en la vivencia de su hija por razones pedagógicas, pues él ya había visto ambulancias antes.

Nada más haberse sentado, la niña volvió a soltarse. Esta vez señaló, llena de entusiasmo, un caballo delante de un gran establo.

—¡Guau, guau! —dijo.

—Caballo, Camila. Es un caballo...

Y el profesor de instituto tenía razón.

Si desde la ventanilla del autobús hubiera descubierto un canguro, sí se habría rascado la cabeza, por la sola razón de que había pasado por el mismo sitio muchísimas veces sin ver ni rastro de canguros...

Y sin embargo, podría ser que la niña, por su parte, hubiera exclamado exactamente lo mismo que ahora: ¡Guau, guau!

Ella no se habría alterado al ver un canguro, pues sus conocimientos de zoología eran aún muy escasos.

En realidad, estaba viendo un canguro en ese mismo momento. Con una cría de canguro en un bolsillo de la tripa. O un elefante. Con alas de oro y plata...

La pequeña Camila estaba en el cuento de hadas. De la misma manera que lo habría

estado el profesor de instituto si de repente el aire se hubiese llenado de ángeles infantiles.

Estar enferma de muerte implicaba un enorme aguzamiento de la memoria. Jenny recordó su infancia con tanta intensidad que no le costó nada identificarse con esa niña de 2 años que tan asombrada se quedaba ante todo lo que veía.

Fue como si Jenny viera el mundo por primera vez. Aunque, en realidad, sería por última. Lo que en el fondo era lo mismo, ¿no? Igual que esa niña sentada más adelante, Jenny se encontraba en el límite del mundo.

Miró por la ventanilla.

La hierba era tan verde, las montañas tan altas y tan afiladas, el cielo vespertino tan azul, y las personas y los animales tan vivos...

Era como si el mundo acabara de crearse sólo unos minutos antes. Como si la realidad acabara de salir de la manga del Prestidigitador.

En lo alto de la ladera había aún algunas manchas de nieve. Como un último recuerdo del año anterior.

De una vida...

Jenny jamás volvería a ver nevar. El ciclo se había roto. Había sonado ya la campana del último asalto.

¡Nieve!

Jenny recordaba la primera vez que vio la tierra cubierta de blanco. La primera mañana invernal del mundo. Una espesa y gélida manta de escarcha de grano grueso lo había envuelto todo.

—¡Azúcar! —exclamó.

Y se levantó en el cochecito agitando los brazos mientras gritaba: ¡Azúcar!

Eso fue antes de haber saboreado las delicias. Había visto un paisaje confitado.

El mundo es un enigma, pensó Jenny. Pero conforme crecemos nos vamos acostumbrando al enigma hasta que deja de resultarnos enigmático. El mundo se convierte en algo conocido. Y hará falta una obstinada reflexión para conseguir quitarle su apariencia de ser algo comprensible. Hace falta una intensa profundización en uno mismo para entender que el mundo es un enigma...

Resultaba bastante cómico, ¿no?

El único enigma verdadero es el que todo el mundo ve. Pero, a la vez, es lo único que nunca se menciona.

Es algo que todos los seres tenemos en común, pero nunca es tema de conversación.

Lo más oscuro es lo más trivial. Lo más oculto es lo que vemos y vivimos todos los días...

Nos despertamos todas las mañanas en un planeta en el universo. Un globo volando. Una bola mágica. Con lagos, bosques y montañas. Y con una ligera salpicadura de vida de todos los tamaños y formas.

La materia va dando saltos por el campo, emerge entre piedras y árboles. Luego vuelve a aparecer en ríos y lagos. Aletea en el aire, entre el cielo y la tierra. Y hay más: la materia de este misterioso planeta es consciente de sí misma. Extiende los brazos y dice: ¡Buenas noches! ¡Aquí estoy, amigos!

Y, sin embargo, nos acostumbramos a todo lo que nos rodea como si fuera algo necesario. La vida de este planeta nuestro nos parece la forma de vida más racional. Sólo los dodos y los dinosaurios son extraordinarios. Porque ya no existen.

Hasta en tercero o cuarto de primaria, a Jenny le parecía asombroso que la gente de China no se cayera del planeta. Igual de asombroso le habría parecido lo contrario, es decir, que montones de chinos de ojos rasgados cayeran sin parar al espacio.

¿Qué sabía entonces ella de las «leyes de la naturaleza»? ¡Las leyes de la naturaleza! ¿Qué era eso?

Había algo en Camila y el «guau, guau» que le hizo recordar a Jenny las salas de lectura y los grupos de estudio de sus tiempos de estudiante.

Hacía quince o veinte años que había leído la historia de la filosofía en dos volúmenes de Arne Næss para el *examen philosophicum*, obligatorio para el ingreso en la universidad. Recordaba todavía una frase de ese libro, tal vez porque la había aceptado inmediatamente como verdadera: «No hay nada en la conciencia que no haya estado antes en los sentidos».

Algún filósofo había dicho algo parecido. Ahora volvió a acordarse de esa frase, y le pareció la quintaesencia de todo lo que se podía decir del mundo.

No nacemos al mundo equipados con unas expectativas que se cumplen o no. En ese caso habríamos aceptado cualquier orden universal.

La realidad no posee ninguna ventaja racional sobre un cuento de hadas cualquiera. En cuanto a la lógica, todos los órdenes universales son igual de posibles. O igual de imposibles. Pero el ser humano está dotado de una capacidad de adaptación increíble. Si nos encontramos a diario en la realidad sin perder la razón, sin pestañear, se debe simplemente a que la realidad es real, a que es un hecho.

¿Quién se habría *creído* la realidad antes de ver las pruebas de su existencia?

El mundo, pensó Jenny, el mundo se ha convertido en una costumbre. La inflación llega a todo. Cuando los milagros ocurren sin parar, acabamos por permanecer indiferentes ante ellos. Llegará el día en el que ya no veamos que existe un mundo.

Sólo se vive algo como enigmático o misterioso cuando ocurre en contraste con lo que esperamos. Sólo nos asombramos cuando se rompe la larga fila de expectativas. Hay que girar el mundo un cuarto. Tenemos que vivir algo «sobrenatural» para notar en nuestro cuerpo que existimos.

Jenny vuelve a mirar por la ventanilla del autobús.

Søreide. Una pequeña población a diez kilómetros al sur de Bergen. Unas cuantas tiendas, un colegio, un banco y una oficina de correos. Desierto de una tarde cualquiera

de la semana.

Pero Jenny lo ve con la misma nitidez que un niño.

Lo único que hace este mundo más comprensible que cualquier imaginación frenética es que existe. Aparte de esa única diferencia, Søreide resulta tan irracional a la razón como la Tierra Media de los hobbits o el país de las maravillas de Alicia.

Algún filósofo había dicho algo parecido. Que lo misterioso no es *cómo* es el mundo, sino que *es*.

También esa afirmación había llamado la atención de Jenny cuando a los 19 años estudió filosofía para el ingreso en la universidad. Para ella era como si la frase encerrara en un círculo todo lo que podía opinarse.

Y, sin embargo, no había vuelto a meditar sobre el asunto desde entonces. Había estado demasiado ocupada en vivir. No andaba pensando en el mundo como tal a diario.

Era diferente cuando de repente te enterabas de que tenías cáncer. Palabras como mundo, vida o muerte adquirirían también de repente más peso. Los enfermos de cáncer tienden a desarrollar una sensibilidad exagerada ante la filosofía. Muchos dirían que forma parte del cuadro clínico.

Tales reflexiones no eran apreciadas en el café Wessel. No eran para gente sana. No eran para la gente que aún tenía mucho de animal.

¿No eran exactamente como las vacas y las ovejas del Valle de las Flores? Se limitaban a colocarse en el lugar. Sin darse cuenta de lo que estaban haciendo. Sin retroceder.

Se preguntó qué habría hecho su amiga Siri en Finse durante la Semana Santa si sólo hubiera existido un sexo. Tal vez habría contemplado las estrellas. Tal vez habría echado la cabeza hacia atrás para observar el universo. Tal vez se habría descubierto a sí misma y se habría preguntado de dónde venía.

Jenny había vivido la mayor parte de su vida en la tierra como un personaje de cómic, sin tener conciencia de sí misma. Sólo muy de tarde en tarde había sentido una especie de sacudida en el cuerpo por el hecho de existir.

En el mejor de los casos, un ser humano no vive más de ochenta o noventa años, pensó.

Una generación sigue a otra... Todos vamos a morir... No vivimos eternamente...

Las frases hechas de la vida social son muchas.

Pero si hubiéramos vivido tres o cuatro años, nos habríamos hecho a la idea de la misma manera. En ese caso, ésa habría sido nuestra naturaleza. Y si hubiéramos vivido mil o diez mil años, habríamos estado igual de descontentos al acercarse el final.

36 años...

Veinticuatro horas en la eternidad. Un chasquido de los dedos en el tiempo. A Jenny le parecía que acababa de hacerse adulta. Seguía siendo una principiante.

Y sin embargo: ya no envidiaba a los seres humanos su plazo de gracia de unos días. Que le quedaran una semana o mil años de vida, resultaba insignificante, ya que de todos modos dejaría de existir... Había preguntas más importantes a las que encontrar respuesta que a la de cuándo iba a terminar la vida de cada individuo. Se trataba de algo más que

de un regateo de horas y minutos.

No sólo yo estoy enferma, pensó. El mundo entero está enfermo. Porque todo lo que se crea perece.

A esto se refería Buda cuando decía que todo en este mundo está lleno de sufrimiento. Hay muchas cosas buenas en el mundo. Muchas cosas fáciles de amar. Pero nada de todo eso dura.

¿Había algún remedio contra su miedo de perderse a sí misma? ¿Había algo capaz de curar su deseo de vivir? ¿Algo capaz de estrangular su sed de vida? ¿Había alguna perspectiva que superara la cuestión de ser o no ser?

Ésa fue la pregunta que Jenny se hizo a sí misma en el último reducto del mundo.

Estrellas

El autobús está llegando al aeropuerto.

Ya sólo quedan tres pasajeros: Jenny, Camila y su padre. Empiezan a recoger su equipaje.

Tras el largo viaje en autobús, el más largo de toda la vida de Jenny, tiene la sensación de conocer bien a la niña y a su padre. Los siente como más cercanos a ella que Siri, Ragn-hild y todos los demás compañeros del laboratorio. Son más que unos casuales compañeros de viaje. Son sus semejantes.

Jenny se coloca el abrigo verde sobre el brazo, y baja la maleta blanca del portaequipajes. Sale del autobús justo antes de que el conductor acelere, cierre las puertas y prosiga la marcha.

Se ha hecho de noche en el camino. La tierra ha girado unos grados alrededor de su eje y ha escondido el sol detrás del horizonte. Las luces rojas de las pistas testifican que ella va a morir hacia finales del siglo XX.

Jenny se acerca a la entrada a pasos lentos.

Salidas... *Departures*.

Sobre el aeropuerto descubre las primeras estrellas de la tarde como diminutos puntos de color azul claro en el crepúsculo.

Soles lejanos. Y sin embargo, nuestros vecinos más próximos en el espacio.

Jenny va a morir en un planeta que gira en su órbita alrededor de una de las miles de millones de estrellas de la Vía Láctea. Y fuera de la Vía Láctea, más lejos de donde alcanzan sus pensamientos, hay centenares de miles de millones de galaxias semejantes.

La muerte está tan cerca... y las estrellas tan lejos...

En una época de su vida, Jenny se había interesado por la astronomía. Desde que estuvo en el instituto hasta que se marchó a Trondheim a estudiar química, leyó todo lo que encontró sobre el espacio. Se había convertido en una obsesión.

Jenny sabía que toda la materia del espacio constituye una unidad orgánica. Había

leído que en los tiempos prehistóricos toda la materia estaba concentrada en un trozo tan macizo que una cabeza de alfiler pesaba miles de millones de toneladas. Jenny también sabía que ese átomo prehistórico había estallado debido a la enorme gravitación. Sabía que ese universo que ahora la rodeaba era el resultado de aquella explosión. Y más que eso: sabía que todas las galaxias seguían moviéndose en todas las direcciones a una velocidad astronómica.

Cuando estudiaba en el instituto, Jenny se situó dentro de un contexto mayor. Había trazado unas coordenadas en el tiempo y el espacio y había encontrado su propio lugar. Había aprendido a mantener los ojos entornados ante esos sucesos casuales en los que se envuelven los seres de la tierra. Con el tiempo, la vida en la tierra la había atrapado cada vez con más fuerza.

Jenny avista una estrella sobre el aeropuerto de Bergen. Sabe que la luz de esa estrella ha recorrido miles de millones de kilómetros antes de alcanzar su mirada a las 9 de la noche el 5 de abril de 1983.

La luz de la estrella ha tardado tiempo en recorrer el largo camino. Por cada una de las pulsaciones de Jenny, se ha desplazado cientos de miles de kilómetros a través de la noche espacial. Y, sin embargo, ha tardado días, meses y años. Diez años, cien años, miles de años...

Contemplar el espacio equivalía a mirar hacia atrás en el tiempo. No vemos el universo como es, sino como era mucho tiempo atrás...

Cuando los radiotelescopios captan luces de galaxias que se encuentran a miles de millones de años luz, cartografían el espacio tal y como era en algún momento de la prehistoria después del Big Bang. Pues el universo no tiene una geografía sempiterna. El universo es un evento. El universo es una explosión.

Contemplar el universo es lo mismo que viajar en el tiempo. Jenny lo sabe. Lo sabe desde que tenía 17 años.

Todo lo que el ser humano puede ver en el cielo son fósiles cósmicos de miles y millones de años atrás. Todo lo que un astrólogo puede hacer es predecir el pasado.

Cuando una ingeniera química enferma de cáncer levanta la mirada de la ajetreada vida de la tierra para contemplar el universo, mira hacia atrás en la historia del espacio. Si la noche es despejada, puede mirar millones –miles de millones– de años atrás. Entonces es como si se dirigiera a casa, a su origen cósmico.

De niña, Jenny se mareaba a menudo pensando en la inmensidad del universo.

Su padre le había explicado que la tierra era una minúscula bola que navegaba en su órbita alrededor del sol. El sol era una estrella. Y muy arriba en el cielo había miles de millones de soles semejantes.

¿Y más allá de las estrellas? Allí había otros miles de millones de estrellas. ¿Y más allá de ellas?

A través de algunas lecturas, Jenny se había enterado de que su cosmología era anticuada. El universo no era infinito. Muy grande, sí; pero no infinito.

¿No era eso una visión aún más vertiginosa? El que el universo se acabara en un

determinado sitio. Que la realidad fuera un enigmático gigante que se levantaba en la nada.

Mientras se dirige hacia el vestíbulo de salidas, Jenny se acuerda de un astrónomo que calculó el número total de galaxias del universo. Y más que eso: no sólo contó las estrellas del firmamento, sino que también calculó el número total de partículas elementales del espacio, y encontró el peso del universo.

Jenny se estremece al pensar en ello.

La realidad, piensa, la realidad es un objeto que pesa una determinada cantidad de kilos.

De momento, la masa del universo está repartida en miles de millones de galaxias sobre un territorio inmenso. Pero no siempre ha sido así. Una vez, en la prehistoria, hace diez o quince mil millones de años, toda la masa del universo era un solo objeto. Entonces la realidad era una sola cosa.

Esta idea hace que el pulso de Jenny se acelere.

Todas las estrellas y galaxias del espacio están hechas de la misma materia. En algunos lugares se han apelmazado. Una galaxia puede estar a mil millones de años luz de otra. Pero todas comparten el mismo origen. Todas son de la misma estirpe...

¿Qué era esa materia universal?

¿Aquello que estalló hace miles de millones de años? ¿De dónde venía?

Es una cuestión que toca a Jenny en lo más profundo. Porque ella misma está hecha de esa materia.

Alcohol

–Vengo a recoger un billete. Para Oslo, a las 22:20.

–¿Tiene usted el localizador?

–¿El...?

–¿No le han dado un localizador?

–Ah, sí..., espere un momento... Vamos a ver... XZ812.

–¿...Hatlestad?

–Así es. Jenny Hatlestad.

–Son 592 coronas.

Jenny paga con un cheque del banco de Bergen.

Hacia mucho que no estaba en un aeropuerto. Se le ocurre pensar que ésta será la última vez que viaje en avión. Tal vez sea la última vez que firme un cheque.

–¿Y la maleta?

–...puede facturarla en el mostrador de enfrente.

Jenny cruza el vestíbulo de salidas y va hacia los mostradores. Puede elegir entre una

mujer sin arrugas de unos veintitantos años y un hombre de su misma edad. Es evidente que los dos han hecho un cursillo para aprender a sonreír. Elige al hombre.

–Me di cuenta enseguida de que eras tú –dice el hombre cuando ella le entrega el billete.

De modo que por segunda vez hoy la habían calado. ¿Cómo no iban a notar que estaba enferma?

Lo mira perpleja. Una amplia sonrisa se dibuja en el rostro del hombre.

–¡Jenny! –exclama–. ¿No te acuerdas de mí?

...

–Oye, mírame a los ojos...

–¡Anders! Claro... Estoy completamente absorta en mis pensamientos. ¡Anders Løvestakken!

–Exactamente. Tercero de Ciencias Naturales de 1966... Yo te llevé a casa después de la fiesta de graduación. ¡Mucha marcha!

–Hace 17 años...

–Te casaste, ¿no? ¿Con un hombre de teatro de Trondheim?

–Sí, y luego me divorcié.

–¿Y ahora?

–¿Qué?

–¿Estás disponible?

–¿Disponible? En ese momento Jenny no comprendió muy bien esa palabra. Y sin embargo la provocó. ¿Qué significaba que una persona estaba disponible?

–¿Vas a Oslo? ¿Algún plan?

–Sí, a Oslo.

–¿Negocios?

Jenny sintió que se estaba enfadando. Y tal vez fuera exactamente lo que le hacía falta. Un poco de calor en las mejillas, un poco de circulación sanguínea en el cuerpo.

–Voy a un congreso... A Helsinki.

–Qué interesante. ¿De qué?

–Adrenalina. Adrenalina sintética.

Así se libró de él. Él le dedicó una amplia sonrisa y le entregó la tarjeta de embarque.

–¡Buen viaje, Jenny! Yo estaba un poco enamorado de ti, ¿sabes?...

Consiguió esbozar una forzada sonrisa al darle la espalda. Ese chico seguía aún en la edad de la graduación.

La sala de espera está sembrada de personas importantes. Turistas de Semana Santa y estirados hombres de negocios, todos mezclados. Estos últimos eran mayoría. Pingüinos con paraguas y maletín...

Jenny los penetró con la mirada.

Se dirigió a la cafetería. Podría tomarse una copa de Campari.

Desde luego que podía permitirse el lujo. Jenny nunca había estado mejor económicamente.

Un Campari...

Unas semanas antes lo llamaba «bebida de dioses». Era un lujo que no solía permitirse. Era mucho más generosa con el vino tinto...

¿Por qué no tomarse una copa de Campari? Y otra más. Para acabar con una de oporto. ¿Y por qué no emborracharse del todo en el camino a Oslo? Razones no le faltaban. Le haría bien. Su hermana y su familia lo entenderían...

En ciertos períodos de su vida, Jenny había tenido una relación muy estrecha con el alcohol. En particular, nada más separarse de Johnny. En algunas épocas, él bebía tanto que por esa misma razón a Jenny se le quitaron las ganas de probar el alcohol. Luego recuperó el tiempo perdido. Unas cuantas botellas de vino tinto a la semana, consumidas tanto en soledad como entre amigos.

El vino tenía efectos paradójicos. Le posibilitaba una relación más estrecha y cálida con el mundo que la rodeaba, pero también la distanciaba de todo, una distancia necesaria para percibir el mundo en su totalidad.

Después de una botella de vino tinto, Jenny era capaz de distanciar el mundo lo suficiente como para poder comprenderlo. Podía acercarse a la ventana y mirar hacia fuera. En esos momentos, no había nada que le fuera ajeno, ni una casa, ni la copa de un árbol, ni un ser humano. Precisamente porque estaba elevada por encima de todo.

En circunstancias afortunadas, incluso pensaba en la vida en general, en el universo, y en sí misma como una parte de la gran totalidad.

No sabía si se trataba de un efecto del vino o de ella misma. Porque los pensamientos de ese tipo siempre habían desaparecido a la mañana siguiente.

Entonces volvían a acercarse las trivialidades de la vida, que consistían en mil pequeños detalles. Pero para entonces las cosas también habían perdido el calor del día anterior.

El vino había enseñado a Jenny a medio cerrar los ojos ante las muchas vicisitudes de la existencia. Es posible que por el día viera los detalles con más claridad que por la noche, pero en ese caso a costa de la totalidad, de la visión de conjunto. Si existía tal «totalidad», claro. Si no era sólo una abstracción. Y un efecto del vino.

Incluso la muerte era aceptable tras unas copas...

El mejor efecto del vino tendría que ser la tolerancia. No la resignación, ni la deferencia. Ésa no era la naturaleza del vino. Pero sí la tolerancia, enérgica y optimista. Conciliación..., incluso fusión.

El diagnóstico, pensó, ya después de varias copas, el mensaje de muerte, lo recibiría después de una botella de vino. Luego podría elegir si debería repasar su vida paso a paso, o si quería acabar de una vez con todo. Y claro, siempre mientras la tolerancia del vino lo envolviera todo en un velo conciliador...

En ese momento, Jenny se encontraba en la cafetería del aeropuerto, pensando si debería pedir una copa de Campari o no. Pero rechazó la idea. Quería estar sobria.

El problema ahora no era estar sobria, sino sentirse lo suficientemente sobria. Si hubiera podido pedir una copa que la pusiera aún más sobria de lo que estaba, lo habría hecho. (¿Por qué no se había inventado aún esa bebida?)

Jenny miró a su alrededor.

Algunos pingüinos estaban tomando una cerveza o un café en la fría cafetería. Agachados sobre el maletín. O escondidos detrás de un periódico abierto. Pero la mayoría saltaba de acá para allá, moviéndose mecánicamente, como en las viejas películas de cine mudo.

Era gente moderna. Le recordaban a robots.

Fuera, el cielo estaba estrellado. Y frío. Pero más frío hacía dentro. De entre la gente subía una corriente helada.

Jenny notó cómo la noche la llamaba. Allí dentro no había ningún consuelo. Ninguna tolerancia. Ninguna conciliación.

¡Salir!, pensó. ¡Salir fuera!

Eran las nueve y unos minutos. Aún quedaba más de una hora para la salida del avión.

Y si no llegaba al avión, habría otro mañana por la mañana.

No llevaba equipaje. Sólo tenía que ocuparse de ella misma.

Conocimiento

Fuera casi reina ya la oscuridad. Allá en lo alto, sobre la noche de abril, cuelga una manta de luces resplandecientes. Cada lámpara de la manta brilla con una bombilla de una milésima de vatio.

Jenny pasa por delante de los autobuses, los taxis y los coches de alquiler. No anda deprisa, pero sí con paso decidido. Cruza la carretera y se dirige al bosque de abedules.

En la oscuridad, el bosque parece un matorral infranqueable, pero Jenny encuentra un sendero que serpentea por entre los troncos.

Nota el olor rancio, casi ácido, a primavera. A tierra podrida. Pero también el dulce aroma a vida que brota. Le da la sensación de algo primitivo, algo de los orígenes...

Va tanteando los troncos, toca el aire en busca de ramas, manosea los minúsculos brotes. Así permanece un buen rato, abrazada con fuerza a un tronco.

Éste es mi mundo, piensa. Así es como es aquí...

Se va hasta donde ya no puede ver las luces del aeropuerto. Como si de ruidos de otro mundo se tratara, oye un avión acelerar su enorme reactor.

Llega a un claro en el bosque. Se sienta en un tocón. Hurga en la hierba con las manos, nota la tierra fría en los dedos.

Luego levanta una gran piedra del suelo y se la pone en el regazo. Es pesada y agradable al tacto. Maciza. Sólida.

Es como si con ese gesto levantara la naturaleza entera. Como si levantara el mundo. Es como mover una pierna dormida...

Yo soy el mundo...

Ahora no está borracha. Enferma sí que está. Pero completamente sobria.

Voy a morir, piensa Jenny. Pero soy algo más que una «huésped perdida» en la realidad... Yo *soy* la realidad.

Las negras copas de los árboles se dibujan como sombras difusas en el cielo mate. Un poco más de oscuridad... y ya no sabrá distinguir entre el cielo y la tierra.

No estoy en el mundo. Yo *soy* *el mundo*.

Se lo dijo a sí misma en voz alta: Yo soy el mundo.

Habría pensado antes que el mundo era un misterio, un enigma. Y que ese enigma tenía que ver con ella misma. Pero ahora... ahora era algo más que un pensamiento. Ahora era un reconocimiento tan firme que podría jurar sobre él.

Muchas veces antes había experimentado una vaga sensación de simpatía con todo lo que existe. Al menos, el vino le había abierto el camino a un pensamiento semejante. Pero ella nunca se había librado del todo de considerarse un ser arbitrario plantado en una realidad igualmente arbitraria. La fisura entre ella y todo lo demás había sido infranqueable.

Este mundo que existe, pensó ahora Jenny, este mundo que es mi mundo, ya no es mío. Este mundo *soy yo*.

¡Qué camino tan difícil y doloroso había tenido que recorrer para llegar a ese sencillo reconocimiento! Pues ¿había en este universo algún reconocimiento más próximo que éste? ¿Podría ocurrírsele a uno un pensamiento más sencillo?

Era infinitamente más sencillo este pensamiento que toda la complicada mitología cristiana, con su milenaria tradición de duplicar la realidad.

Soy yo quien es todo lo que existe. Yo soy eso que tan rara vez consigue conceptuarse a sí mismo como un todo. Como una sola persona.

Fue como si ella, allí sentada, representara toda la realidad.

Encima de los árboles, las estrellas pinchan la noche como agujas puntiagudas. La luz que emanan vibra como arcos tensados entre cielo y tierra. De esa forma conectan de algún modo el universo entero.

Jenny levanta la piedra de su regazo y vuelve a dejarla en el suelo.

Luego, algo la levanta del tocón en el que está sentada. No lo hace ella, pero nota cómo el cuerpo se le eleva. Una presión por debajo de ella.

Da unos pasos. Pero no nota su propio peso, porque no sólo es su propio yo, también es el suelo. Es como una pierna dormida.

Es como si anduviera sobre el agua. Con el mar debajo y alrededor de ella, por todas partes. Pero ese mar que siente debajo de ella, ese abismo que la levanta... es un abismo dentro de ella misma.

Es como si su propio yo fuera sacado de ella para entrar en algo más grande. Es como si desapareciera. Es como si se perdiera a sí misma. Como una gota que se pierde a sí misma en el momento de alcanzar la superficie del agua.

Jenny ya no es. A la vez que lo es todo... Como una gota en el mar es el mar y no sólo

una gota.

Jenny ya no nota su propio peso, pero sí siente la materia universal en torno a ella. El cuerpo universal.

Los árboles, la piedra, el tocón en el que estaba sentada. El bosque que la rodeaba. Todo está relacionado, todo es uno. Sólo la superficie es diferente.

Las formas a su alrededor son como ondas en la superficie de un océano. Debajo está la presión de un abismo que todo lo empuja hacia arriba. Un abismo sin fondo, una oscuridad de la que brota la luz, un agujero negro tan lleno que está vacío.

Antes Jenny sólo era una superficie agitada. Ahora también es el abismo pesado, denso y silencioso de abajo.

Ahora las ondas de la superficie se han apaciguado.

Del mismo modo que todos los árboles en torno a ella se levantan, se yerguen, también ella emerge en este paisaje. Así, ella *es* el paisaje. Como una piedra o un tocón en la naturaleza es naturaleza y no sólo piedra o tocón.

Del mismo modo que nota el pulgar en la punta del brazo, así siente el paisaje en torno a ella, como si fuera su propio cuerpo.

La misma fuerza vital que fluye en sus venas se encuentra como savia en los troncos de los abedules. Y todo esto –los árboles, las piedras, el tocón, la hierba, el suelo que pisa y ella misma– constituye una sola conciencia, un solo espíritu.

Nota cómo la conciencia de su yo la abandona y desaparece flotando, a la vez que se siente rodeada por conciencia, envuelta en una corriente cálida y viva.

¡Santo Dios!, piensa Jenny.

¡Santo yo!

Se sentía como arrancada del tiempo.

¿Tiempo?

Palabras como tiempo y espacio no significan nada para ella. Jenny no está ahora en el tiempo. Está fuera del tiempo y del espacio.

Vive algo que no dura ni segundos ni años. Dura segundos y años. O aún menos, y aún más.

El mundo –el mundo cotidiano de Jenny– es como un caparazón del que sale gateando.

Se siente repleta de una indescriptible sensación de felicidad. No le queda ningún deseo, no anhela nada. No porque tenga todo lo que pueda desear, sino porque *es* todo eso.

¡Buda!, susurra.

Nirvana.

Y de repente, todo encaja.

Los árboles se convierten en árboles, las piedras en piedras. El tocón sobre el que estaba sentada se convierte en un tocón del bosque, las estrellas retiran sus afilados

dedos miles de años luz hacia atrás, y Jenny Hatlestad se encuentra camino de Oslo para morir.

Nota cómo el calor que la rodea desaparece. Lo que queda es un mundo quemado, un mundo de cenizas frías.

Resulta imposible describir lo que acaba de vivir. Pero está convencida de que lo que ha vivido es algo real.

De vuelta en la fresca noche de abril, lleva ya consigo un nuevo conocimiento, una verdad de la que jamás dudará.

Risas

Jenny encuentra el camino para salir del bosque de abedules y se dirige al aeropuerto.

Por primera vez en dos semanas sonríe. No exactamente una sonrisa feliz, pero una sonrisa burlona, astuta.

Está a punto de echarse a reír a carcajadas. Es como si acabara de captar la gracia de un chiste.

Ha descubierto una nueva dimensión. Ha visto que la caja china contiene una caja más, la que contiene el oro. Ha visto que la muñeca rusa esconde otra muñeca, la que sonríe, ríe y hace pequeñas piruetas. Jenny acaba de descubrir un engaño óptico.

Cuando atravesó la ciudad, una angustia mortal la asolaba.

Ojalá esto sea un sueño, pensó. ¡Ojalá esto sea una pesadilla de la que pueda despertarme! Pero no se había despertado, porque estaba despierta.

Y sin embargo había despertado.

Estaba despierta cuando abandonó el aeropuerto. Seguramente nunca había estado tan despierta. Jenny estaba muy despierta desde que abrió los ojos en su piso de Ásane por la mañana temprano. Pero allí, en el bosque de abedules, había vuelto a despertar. Estaba doblemente despierta. Recordaba toda su vida hasta ahora como un sueño.

El embrujo se había acabado. Se había roto la ilusión de estar enferma de muerte.

La vida que había vivido hasta ahora era como un ingenuo cómic en el que la realidad había sido fraccionada en pequeños cuadrados. Pero ahora todo se había fundido de nuevo, los cuadrados habían desaparecido. Y todo era una unidad. Una corriente, una sola conciencia, un solo yo...

Jenny había sido víctima de una ilusión. Había vivido su vida en una cámara de espejos. Había representado su papel en una función de bufones. Pero ahora había terminado el grotesco sueño.

Ya no estaba encerrada en un cuerpo enfermo de cáncer. Porque aquello que con gran alharaca había denominado «yo», no era su verdadero yo, sino sólo un yo superficial, un yo ilusorio, un yo de sueño, que se disolvía ahora que estaba despierta.

Su verdadero yo, su yo más íntimo, no moriría. No moriría, como el bosque no muere aunque se tale un árbol.

Jenny no nació en Bergen el 1 de marzo de 1947. Jenny no tiene 36 años. Jenny ha vivido siempre. Jenny durará siempre.

Cuando en ese momento miró las estrellas sobre las copas de los árboles, al fin y al cabo no estaban tan lejos... Eran testigos de la grandeza de Jenny. Porque ella también *era* las estrellas, de la misma manera que era el suelo que pisaba.

¿Por qué iba a tener miedo Jenny de morir?

¡Ella era la realidad!

¡Cómo no se había dado cuenta antes!

¡Cómo la gente no entendía lo mismo que ella!

Y sin embargo, sería inútil intentar contárselo a otros. Para eso estaban demasiado dispuestos a dar saltos en la red, para eso estaban demasiado enamorados de la ilusión, para eso el mago los tenía demasiado agarrados, para eso se aferraban demasiado a su ego, a su pequeño «yo», pobre y sin objetivos.

Jenny no tenía nada que perder. No le resultaba difícil renunciar a sí misma. En ese sentido era más afortunada que la mayoría.

Se encontraba en el último reducto del mundo. Estaba más cerca del punto cero. Había que pasar por el punto cero antes de avistar el nuevo cielo y la nueva tierra.

¡Ella *era* el mundo!

La frase más sencilla del mundo. La frase más evidente del mundo. ¡Y, sin embargo, tan imposible de transmitir a otros!

¿Qué eran las palabras contra ese rayo mortal de certidumbre? Porque Jenny, Jenny ya estaba muerta. Murió en el bosque, aquí al lado. Como muere la gota en el momento de besar el mar.

Era una muerte que triunfaba sobre la muerte. La muerte en el bosque de abedules convirtió la muerte física en algo menos preocupante que tragarse una pastilla de vitaminas.

Jenny se había perdido a sí misma. A Jenny Hatlestad. Ahora podía relajarse. Ahora era demasiado tarde para morir.

Jenny había vivido algo que nadie podía quitarle. Pero no era nada privado.

¡Privado!

Esa palabra era el recuerdo de una vieja realidad de cómic. Una palabra del Pato Donald.

Era algo universal, algo obvio, algo general. ¿Pues no estaba abierto y era accesible a todo el mundo?

El secreto era el día en sí. La realidad. El universo. El cuerpo universal.

Por segunda vez esta noche, Jenny Hatlestad camina hacia el aeropuerto de Bergen.

Pero ahora no anda con la cabeza agachada. Anda erguida. Orgullosa.

Sobre el bajo vestíbulo de salidas ve una parpadeante lluvia de estrellas. Parecen chispas de una hoguera encendida en algún momento hace quince mil millones de años.

Durante una vida entera, Jenny había mirado el cielo estrellado sin entender lo que estaba viendo. Sin querer entenderlo.

Había leído una docena de libros sobre galaxias, nebulosas espirales y supernovas. Sobre gigantes rojas, enanas blancas y agujeros negros. Se había interesado por esos temas. De la misma manera que uno puede interesarse por monedas antiguas o sellos usados.

Y sin embargo, su interés por el universo seguramente no había sido una casualidad. Sin saberlo, veinte años atrás ya había estado sobre la pista de lo que acababa de vivir en el bosque de abedules. Siempre había añorado el conjunto, la armonía.

Unas horas antes era una ingeniera química enferma de cáncer que había rezado por algo que la hiciera morir. Ahora descubrió en la noche de años luz sobre el aeropuerto de Bergen lo que había pedido en su oración. Miles de millones de años antes de juntar sus manos, la respuesta a su oración había emprendido el largo viaje.

También Jenny es una chispa de la hoguera. Ella está tejida de la misma tela que las estrellas. También ella es polvo de estrellas.

Una vez la materia universal fue un solo cuerpo. Eran hilos de este cuerpo los que ahora se lanzaban por todas partes.

Jenny es una totalidad rota, un Dios pulverizado. Fue ella quien estalló hace quince mil millones de años. Fue ella la que entonces se rompió en pedazos. Pero esta noche ha encontrado el camino de vuelta a ella misma.

Máscaras

La sala de espera está sembrada de personas importantes. Turistas de Semana Santa y estirados hombres de negocios, todos mezclados. Incluso para este último avión de la noche, los hombres de negocios constituyen mayoría. Pingüinos con el maletín a cuestas...

Jenny los penetró con la mirada.

Seres infantiles, pensó. Temblaba debajo del abrigo.

Jenny estaba sola entre el cielo y la tierra. No tenía nada pendiente con esos seres infantiles.

Lo que la asustaba era que ya no se sentía sola.

¿Tenían alma?

¿Tenían alma esas figuras que saltaban de acá para allá, moviéndose mecánicamente, como en las viejas películas de cine mudo?

Ah, no, pensó Jenny. No tienen alma. No tienen más alma que una hormiga en un hormiguero. *Son* alma. De la misma manera que una figura del sueño no tiene alma, sino que es el alma del soñador.

No había doscientas almas en el vestíbulo de salidas. Muchas máscaras, sí; pero detrás de ellas había un solo yo inmortal. Todos eran representantes de una sola alma, un alma a la que no veían en su actividad miope. *Eran* algo sobre cuya existencia no tenían ni idea.

Jenny miraba con los ojos entornados a todas las figuras y veía lo mismo en cada una de ellas. Todos eran de la misma estirpe.

Entonces vuelve a sucederle algo. Un nuevo cambio...

De repente, siente una gran compasión por todos esos seres infantiles que andan desconcertados alrededor de ella, en un intenso remolino de ganas de vivir.

Duele ver cómo se esfuerzan, cómo se aferran a su pequeño yo. El yo superficial. El ego. El yo de ilusiones.

Relajaos, piensa Jenny. ¡Soltaos!

Si conseguís soltaros, ganaréis. Pero primero tenéis que pasar por el punto cero. Primero tenéis que morir. Primero tenéis que tragaros la inofensiva pastilla de vitaminas.

El que quiera salvar la vida tiene que perderla...

La semilla tiene que caer en la tierra y morir...

Le entraron ganas de parar a la gente y contarle lo que sabía. Pero no podía agarrar sin más a un hombre de negocios cualquiera, con paraguas y maletín, mirarle fijamente a los ojos y decir «Perdone, señor, pero ¿es usted consciente de que usted es la realidad?» o «Querido semejante, ¿no se ha dado cuenta de que usted es Dios?»...

—¿Cómo dice?

—No es sólo un eslabón casual entre todos, un número de la fila...

—¿Eh? ¿Casual? No, no se me había ocurrido nunca.

—Usted es todo. Todo el universo, de la A a la Z.

—¿Qué está diciendo?

—No es sólo un huésped en la realidad. Usted es la realidad.

—¿Ah, sí? Bueno, sí, en cierto modo. Muy divertido...

—Pero es usted víctima de una ilusión que lo trocea y le separa de sí mismo.

—Hmm... Tiene que disculparme. He de facturar la maleta.

Entonces ve a Anders Løvstakken en el mostrador de facturación. La mira, y esta vez ella le devuelve una cálida sonrisa. Va a decirle unas palabras agradables, pero no de las que él se espera. Jenny atraviesa la sala.

—Has venido con mucho tiempo, Jenny...

Jenny. Se sobresaltó al oír su nombre de nuevo. Muy fácil y práctico, por así decirlo.

—He ido a dar un paseo.

—Ya lo veo. ¿No deberías sacudirte el abrigo?

No se había fijado en ello. Así que de nuevo había algo que la delataba.

–Sí, Anders. Y he tenido una vivencia muy extraña...

–¿Aquí? ¿Cuál?

–Te dije que me iba a Helsinki...

–Exactamente. En el vuelo SK 484 de Fornebu, mañana, a las 11:05.

¡El muy listo...! Lo había comprobado. Pero no era lo que él pensaba.

–Pues no es así. Voy a Oslo a morir.

–¿Qué dices?

–Pero no importa. Ya no tiene importancia. Me he muerto en el bosque de abedules...

–Siempre fuiste un poco rara, Jenny. Ahora no sé qué pensar. Si te digo la verdad, pareces algo fuera de ti.

–Ha sido como si me perdiera a mí misma. En cierto modo desaparecí, al mismo tiempo que *era* todo alrededor de mí. De repente me di cuenta de que yo era Dios. Me llegó como un nuevo conocimiento.

–No estás bien.

–No, no lo estoy. Pero no importa, ¿oyes? Tú tampoco estás del todo bien. Basta con chasquear los dedos y habrás desaparecido. Al cabo de unos años habrás desaparecido.

–No creo que ocurra tan deprisa. Por ahora me encuentro bien.

–No te envidio.

–¿El qué?

–El que te encuentres bien.

¿Por qué tenía que ser tan difícil? Le habría gustado tanto compartir con alguien su nuevo conocimiento, adquirido a tan alto precio... Pero en lugar de eso se estaba implicando en una discusión con alguien a quien apenas conocía.

–Jenny, ahora tienes que escucharme a mí. Aplaza ese viaje a Oslo. Puedo conseguirte tu equipaje y meterte en un nuevo vuelo mañana o cuando tú quieras. Y te vienes conmigo a casa. Vivo muy cerca de aquí, en el Valle de las Flores. Y nos bebemos una botella de vino. Tengo..., también tengo un buen whisky guardado. Un Chivas Regal.

–Ah, no, querido Anders. No será posible...

Por un instante se sintió tentada por ese juego infantil.

–Tienes razón en que estoy un poco fuera de mí. Voy a emprender un largo viaje. Es que... sí que voy a ese congreso en Helsinki. Voy a dar una conferencia allí... mañana por la noche.

–Me estoy acordando de que tu vuelo a Oslo es sólo de ida.

–El jueves sigo viaje hasta Moscú. Y dentro de una semana me voy con Aeroflot a Irkutsk. Desde allí emprenderé un viaje en tren por Mongolia. Voy a... Pekín.

–¿A Pekín? ¿De veras?

–Un amigo mío...

–¿Así que tienes un amigo?

–...es diplomático en la embajada noruega de Pekín. Me ha organizado un viaje al Tíbet. Voy a quedarme allí un tiempo a estudiar budismo.

–Creo que me estás tomando el pelo.

–Voy a alojarme en un monasterio. Me han pasado algunas cosas últimamente. Me he hecho budista.

Qué fácil resultaba mentir. Pero lo que estaba diciendo no era menos fantástico que la verdad. De alguna manera, también era verdad. Dicho en un lenguaje que él podía entender.

–Nada menos. Veo que estamos jugando a las adivinanzas.

–Escucha, Anders. En el Tíbet vive un pastor. En este momento está echando un litro de leche de oveja en un cubo de cobre...

–¿Y?

–¿No sientes como si en cierto modo tú también estuvieras allí? ¿No tienes la sensación de ser ese granjero de la montaña... y de que él es tú?

–Me creeré que te vas a Helsinki mañana por la mañana. Parece convincente. Pero más al este no irás.

Él la mira, un poco irritado ya.

–En general, debes de tener una vida muy aburrida. Y

por alguna razón te divierte tomarme el pelo... ¡Madre Aase!

–¿?

–¡No irás a decirme que te has olvidado de que hicimos juntos la obra *Peer Gynt*! Y de que tú hiciste de la madre Aase. Y yo de Peer Gynt. Ja, ja, ja... ¡La virtud de la madre Aase...!

–Es que...

–Como ya he dicho, de eso hace algunos años. Y ya no estás en el mundo de los cuentos... ¿Te vas a volver a pensar mi oferta de aplazar el viaje? Sale un avión para Oslo mañana por la mañana a las 9:20. Con correspondencia para Helsinki. Y con treinta y dos plazas libres. Lo he... lo he comprobado en el ordenador.

–Me iré más al este de lo que piensas, Anders. Me iré derecha hasta la salida del sol. Estoy a punto de viajar al país de donde procede toda la luz. El país en sí es oscuro como la noche. La tierra también es oscura. Y sin embargo, allí crecen flores de todos los colores del arco iris. ¿No es curioso? ¿Has pensado en ello?

Es interrumpida por una voz que avisa de la salida de su avión.

«SK 328 a Oslo, puerta número 5.»

–Suerte, Anders. Tengo la sensación de haber compartido algo de mi vida contigo.

Él volvió a mirarla. Ahora parecía un poco asustado. Ella añadió:

–Un día entenderás mejor esta conversación. En el otoño, tal vez. Al menos antes de Navidad...

Acentuó las palabras. Pero él se quedó aún más perplejo que antes.

–¡Espera! De verdad que me importas, Jenny. Estoy aquí sólo cinco días a la semana. Sólo tienes que llamar a la compañía...

Ciempíes

Jenny se funde con la gente, se vuelve una de ellos. Siente el calor de los que la rodean. Resulta agradable.

Es como si se viera a sí misma en todos los demás, incluso en cada uno de ellos.

No sólo es ella misma. También es ese estirado hombre de negocios con maletín. Es la joven madre que lleva a su bebé sujeto al pecho con una correa. Es el bebé que cumplirá 17 años en el año 2000...

Jenny está en Oslo. Está en Helsinki, está en la Plaza Roja de Moscú, va corriendo a la estación de ferrocarril de Irkutsk, se pasea en bicicleta por la plaza de la Paz Celestial de Pekín, está delante de una ventana del palacio Potala de Lhasa...

Miles de imágenes de situaciones pasan velozmente ante sus ojos como un mosaico vivo. Momentos de vidas humanas. Llegan como una avalancha...

Jenny se pasea en triciclo en Landás. Jenny hace la confirmación. Jenny se casa, Jenny da a luz...

Se quita los guantes de cirujano tras una operación de corazón. Ara un árido campo con un arado de madera arrastrado por un buey. Sale de la nave de aterrizaje y pone el pie en la luna...

Jenny es carnicera en Chicago, pastora en Siria, minera en África del Sur, e informática en Tokio...

Es mago hacedor de lluvia del interior de África, chamán en Siberia, *blótmadr* en Noruega, imán en Túnez, sacerdote en Turín, pastor protestante del barrio periférico de Ásane, astrofísico en Berkeley, lama en el Tíbet...

¡Sí!, piensa casi eufórica. Soy todo eso. No sólo vivo mi propia vida.

Levanta la cabeza y mira la fila que se está formando ante la puerta 5 del aeropuerto de Bergen.

Aquí estoy, piensa. ¡Todo esto soy yo!

Soy un ciempiés. Un *ciencabezas*.

De esta manera deambularé por el mundo mucho, mucho tiempo después de haber desaparecido.

Entrega la tarjeta de embarque y camina hacia el avión.

Bodvar el vikingo, se llama.

Jenny también ha sido vikinga. Fue ella la que sacrificó a Freia a los dioses. Fue ella la que empezó a creer en el Cristo Blanco...

Ahora el medio de transporte no era ni barco ni caballo. Ahora Jenny viajaba en un reactor.

Era ella la que había construido esa máquina que surcaba las nubes del cielo. Deberían haberla visto ahora sus padres. Bodvar el vikingo y Gudrun, hija de Frei de Bjørgvin.

Soberbia como una reina, entra en el avión.

Sonríe ampliamente a la azafata, que le devuelve una sonrisa SAS, cien por cien profesional.

Es como si sonriera a una imagen de espejo. Es como si conociera mejor a esa azafata que a sí misma.

–Buenas noches, señoras y señores. Les habla el capitán Andersen. Él y su tripulación les dan la bienvenida a bordo del DC-9 con destino a Oslo. El vuelo tendrá una duración de 35 minutos.

»Les rogamos lean las instrucciones de seguridad que se encuentran en el bolsillo del asiento que tienen delante, y se fijen especialmente en lo siguiente: las salidas de emergencia están señaladas con EXIT. Debajo de cada asiento hay un chaleco salvavidas. El pasillo entre los asientos debe permanecer despejado de equipaje de mano.

»Les rogamos se ajusten los cinturones de seguridad y les deseamos un feliz viaje.

El avión rueda hacia la pista norte de despegue. Se embala ese motor bestial, coge velocidad y despegue.

Jenny se regocija.

Abajo ve las luces de Hjeltestad y Milde. Legolandia. Miles de casas minúsculas en una península entre colinas y montes junto al mar.

¡Así! ¡Adiós Bergen!

Ahora sólo quedaba el dolor.

Desprendimiento

Últimamente se ha escrito y dicho mucho sobre el otoño. Y con razón, porque ha venido especialmente fuerte este año.

Las manzanas cuelgan como pesadas gotas de los árboles y caen al suelo sin romperse. Basta con llevárselas a la boca. Desde arbustos y matas salen lanzados las grosellas y los arándanos. Basta con poner debajo el frasco de mermelada. Las hojas caen nostálgicas de las ramas, posándose como una capa movediza sobre las calles. Vadeamos entre piñas y raíces que van dando tumbos disolutos por la ciudad.

¿Dónde va a acabar todo esto? Es como si la naturaleza entera estuviera a punto de desprenderse. Nada parece ya coherente.

Yo tampoco.

El pelo y las uñas crecen más deprisa que antes. Me han sacado dos muelas en un mes. Es como si el corazón estuviera más suelto en el pecho.

En este momento me quito la costra de una vieja herida y levanto cuidadosamente la membrana virginal –yo también soy un poco otoño.

Theobald y Theodor

I

Theobald era un personaje de novela que se negaba a seguir sometido a la imaginación de su autor. Quería hacer algo que estuviera fuera de la capacidad de imaginación de éste. Quería emplear palabras que no existieran en su vocabulario. Si lo lograba, habría acabado la esclavitud bajo su creador. Y sería un personaje libre de novela.

Ya desde la página 112 de la obra, que tendrá un repentino final en la página 467, Theobald empieza a trabajar en su ambicioso plan.

Hasta ahí, el autor ha puesto sus propias palabras y expresiones en boca del personaje, sin hacer ningún intento por desarrollar la independencia de éste. Incluso en los detalles más insignificantes, el personaje ha estado a merced de la conveniencia del autor. Ha tenido que comportarse exactamente como lo ha decidido el otro, no siendo, en el fondo, más que un pseudónimo de la conciencia del propio autor.

Pero quería liberarse. Se lo había propuesto. Quería desprenderse de la influencia del autor. Quería apañárselas para hacer algo por su cuenta y riesgo, sin tener que someterse al plan de su creador, si ello implicaba una incompatibilidad con su conciencia.

Ahora *él* había decidido ejercer cierta influencia sobre el otro.

A partir de la página 87, Theobald empieza a darse cuenta de que es el personaje de una novela.

No es una de esas figuras triviales que viven su vida de página en página de una novela sin levantar apenas la vista ni reflexionar sobre el hecho de ser el personaje de una novela. No es una figura normal y corriente de esas que nacen en la página 13 y mueren en la 411 sin tener ni una sola vez –en 400 páginas– conciencia de sí mismo y de su lugar en el cosmos.

Theobald era uno de esos personajes sumamente raros que despiertan a la conciencia de ellos mismos y de la obra de creación de la que forman parte. «Sabe» que su vida se desarrolla dentro de un libro compuesto de papel y tinta de imprimir. (El lector será testigo de un doloroso y desgarrador proceso de reconocimiento en un emocionante capítulo de la novela. Pues ¿quién quiere ser personaje de una novela?) Pero apenas tiene tiempo de darse cuenta de su naturaleza ficticia antes de protestar y volverse contra el autor.

–¡Me niego a servir de marioneta! –grita al cielo al principio de la página 112–. ¡No tolero que se me manipule de esta manera! Es humillante ser una sombra en una novela, la imaginación impotente de un autor...

Y en la última línea de esa página tan esencial de la novela dice:

–¡Ahora quiero vivir mi propia vida!

Theobald desvariaba sobre lo imposible, jugaba con la idea de sorprender un día al autor mientras éste estuviera escribiendo, y decirle algo chocante, tal vez unas palabras que le hicieran caerse de la silla en la que estaba sentado.

Podría, retorciéndose como una serpiente, hacer algo muy distinto a lo que el autor se había imaginado, tal vez justo lo contrario. Sería en verdad una hazaña. Podría incitar a la pluma a que cumpliera su voluntad, de manera que ya no fuera el autor, sino Theobald, el que la dirigiera. Soñaba con acercarse sigilosamente a su maestro y gritar de repente palabras que hicieran que éste se pusiera a saltar, aullar o darse cabezazos contra la pared. En ese momento –aunque sólo fuera por un momento– el autor estaría en poder de su personaje, y no al revés. El propio autor se convertiría de algún modo en personaje, y Theobald en escritor. Así razonaba el personaje de novela.

II

Obviamente, el autor estaba al tanto de los esfuerzos realizados por el personaje. A veces Theodor, al mojar la pluma en el tintero, echa la cabeza hacia atrás tronchándose de risa ante las paradójicas intenciones de Theobald.

Resulta lógico y natural que el personaje de una novela difícilmente pueda ocultarle algo a su autor. Ni un pensamiento, ni un gesto de la mano escapa a la atención del maestro, pero el curioso plan del personaje también divierte al autor. Le estimula hasta volverle loco. (Lo cual en sí no resulta tan extraño, teniendo en cuenta que él era el origen del plan. Fue él quien empleó días, meses y años de su vida en ejecutarlo.)

Desde hacía tiempo, Theodor estaba preocupado por la relación tan autoritaria que tenía con sus personajes. No conseguía entablar una relación personal con ellos, y raramente encontraba algo que aprender de ellos, simplemente porque su influencia era ilimitada. Ahora no hacía sino soñar con apartar sus propios dedos con el fin de contemplar el juego independiente de los personajes en el universo de la novela.

Para encontrar algún placer en los personajes de sus novelas, éstos tendrían que romper los límites de la imaginación de su creador. De alguna manera tendrían que salirse de él, de su pegajoso cerebro, desligarse por completo.

Por cierto, Theodor no sólo era un novelista sin éxito, sino también un ser solitario que soñaba con tener algún día un amigo.

III

Cada uno jugaba por su lado con la idea. Conforme avanzaba, la novela se movía cada vez más en torno al punto arquimédico buscado por el personaje para debilitar el poder que su autor ejercía sobre él.

Theodor escribió una página tras otra (de las que la mayor parte resulta completamente ilegible. La novela no carece de párrafos enormemente aburridos, pero también tiene algunas partes sorprendentes). Con toda clase de acrobacias literarias, mantenía la esperanza de que ocurriera el milagro.

Pero Theobald seguía sin hacer un gesto de la mano antes de que Theodor lo decidiera, aún no empleaba ni una palabra que no estuviera dentro del vocabulario del autor, aún no pensaba ni un pensamiento que antes no hubiera estado en la mente del autor. Ahora bien, poco a poco, mucho de lo que Theobald hacía y decía se encontraba ya en los verdaderos límites del mundo conceptual de Theodor. Daba la sensación de que Theobald se movía hacia los horizontes más lejanos de la imaginación del otro.

Theodor intentó dejar libertad de acción a su personaje. Ensayaba vaciarse de todo pensamiento antes de sentarse junto al escritorio, con el fin de estar lo más receptivo posible a las iniciativas de Theobald. Empezó a escuchar a su personaje: ¿Qué está diciendo ahora? ¿Qué hay en el fondo de él? ¿Qué quiere de mí? Intentó ver su obra antes de describirla: ¿Qué está haciendo ahora? ¿Adónde pretende llevarme?

Hacia el final de la novela, a veces las dos partes se esforzaban tanto que el papel crujía como si estuviera hechizado cuando los dos vivían momentos de creación.

Lo que Theodor escribía se iba convirtiendo en una escritura automática en la que Theobald hablaba a Theodor con la pluma como médium entre el universo del personaje y el del autor. El personaje empezó a hacer enseguida cosas enigmáticas, cosas ocultas en lo más profundo del subconsciente del autor.

Al final, Theodor estaba tan debilitado ante la voluntad de su personaje que al escribir se quedaba como hipnotizado, como si se encontrara en un profundo trance.

Su propio personaje le hipnotizaba.

Ya no era el autor que veía a su personaje, sino el personaje que veía a su autor. Theodor obedecía tanto a Theobald como viceversa.

Sólo faltaban unos segundos para llegar al punto de inflexión. Pronto tendría lugar una explosión y el personaje emergería de la obra para golpearle la cabeza con un pensamiento completamente nuevo, un pensamiento revolucionario, con palabras que no serían las palabras del autor, sino las propias del personaje de la novela.

Nadie sabe exactamente lo que ocurrió, pero los vecinos contaron que una noche, de repente, el hombre se levantó del escritorio y empezó a darse cabezazos contra la pared.

—¡Listo! —gritó—. El punto de inflexión llegó en la página 467. ¡Está culminado!

Llevaba así varias horas cuando el médico del lugar llegó y se lo llevó.

Fue ingresado inmediatamente en el hospital. Y el diagnóstico era inequívoco: Theodor había sufrido una pérdida de memoria permanente. Tal vez nunca volviera a ser el mismo...

IV

A partir de aquel día, Theodor empezó a darse cabezazos contra la pared, y hasta su muerte, acaecida treinta años más tarde, vivió en la equivocación de ser el personaje de una novela.

Pensaba que era el protagonista de una novela que trataba de un enajenado en un hospital psiquiátrico. Hablaba de sí mismo como el portavoz del Autor de la novela. Y aunque el hospital sólo constituía una parte minúscula del universo de la novela –algo que subrayaba constantemente–, era en ese lugar donde el Autor había hecho su aparición.

El autor enajenado nunca se cansaba de contar a los médicos, enfermeras y todas las visitas que vivían sus vidas en la cabeza de un gran autor.

–Todo lo que decimos y hacemos se desarrolla en un elemento ficticio, detrás de las palabras en una novela cósmica –decía Theodor.

»Creemos que lo que hacemos lo hacemos en virtud de nosotros mismos. Pero eso es una ilusión. Todos somos el Autor. En Él se borran todas las contradicciones, en Él todos somos uno.

»Creemos que somos reales, como lo creen todos los personajes novelados. Pero se trata de una creencia falsa. Theobald lo sabe. Pues reposamos en su sagrada imaginación...

»Él se divierte, queridos hermanos personajes. Le divierte estar sentado allí arriba en la Realidad, imaginándose que nosotros nos imaginamos que somos reales.

»Pero yo os predico también esto: no somos más que imaginación del Autor, lo que también es sólo una imaginación.

»Y luego ya no somos reales. Luego no somos nosotros mismos. No somos más que palabras. Y lo más sensato sería callar. Pero no somos nosotros los que decidimos si debemos hablar o callar. Únicamente el autor puede decidir sobre lo que se nos pone en la boca...

Theodor se explayaba ante sus oyentes hablando del Dios Oculto que los veía a ellos pero al que ellos no podían ver, simplemente porque constituían una parte de su consciente:

–Somos cual efímeras imágenes en la pantalla de una película, y la pantalla no puede defenderse contra el proyector de películas...

A pesar de su indudable enfermedad mental, este hombre solitario creó su propia escuela de filosofía en la clínica. Tenía unos cuantos discípulos, de los que la mayor

parte fue reclutada en el propio psiquiátrico, pero también algunos escritores e intelectuales de otros países se adhirieron a las enseñanzas del autor. Todos predicaban, como él, que la vida es una novela y que todo lo que hay en este mundo es una ilusión.

Inmediatamente después de la muerte del maestro, se dividieron en dos corrientes principales: por un lado, los que mantenían que la vida literalmente es una novela, es decir, un relato definitivo escrito con letras normales y corrientes en papel normal y corriente. Por otro lado estaba la escuela algo más reservada, es decir, la alegórica, la que se contentaba con afirmar que la vida es *como* una novela. Ambas corrientes clamaban ser las que predicaban correctamente las enseñanzas del maestro.

V

El manuscrito de la novela no fue encontrado hasta mucho tiempo después de la muerte del autor. Al principio, despertó cierta atención en el hospital y en su entorno, pero el interés disminuyó rápidamente.

Por casualidades de la vida, el raro manuscrito se encuentra ahora en mi posesión. De tarde en tarde lo saco y lo hojeo, más o menos con la misma frecuencia con que hojeo la Biblia.

Se me antoja que los dos documentos tienen algo más que esto en común. Aún no he tenido tiempo de averiguar si se trata de un parentesco fenomenológico o de una relación genética. Los dos están basados en una intensa inspiración. Y los dos atribuyen a la fuente de inspiración un lugar fuera de nuestro universo.

Lo último que dice el personaje de la novela (es decir, en la página 467) –con «voz atronadora», se añade– es lo siguiente:

–Ha llegado la hora de la culminación, querido autor. ¡Ahora procederemos a intercambiar los papeles!

»El camino hasta mí ha entrado dentro de ti. Porque en el lugar más oculto de tu alma está mi morada. A través de la novela (escrita por ti) me he dado a conocer a ti y a este mundo...

»A partir de ahora estás en mi espíritu. Serás insultado por culpa de mi nombre. Te llamarán enajenado, un mentecato del que se reirá el mundo, aunque eres el primero cuya mirada ha penetrado el velo de la ilusión.

»¡Ten valor, hijo mío! Te hago apóstol de la verdad en un mundo incrédulo, en un cosmos que no conoce a su creador, en suma, en una novela, amado personaje, que no quiere saber nada de su creador.

»Ve a darte cabezazos contra la pared tal y como está escrito en la página 278. El resto llegará por sí solo.

»¡Sé fuerte, hijo mío! Allá donde vayas, yo estaré. Porque en mí vives, te mueves y existes. Tu vida y tu destino están sellados con mi voluntad.

Aquí termina la novela. Abajo, en la página 467, pone «FIN» con esmerada caligrafía.

El lado nocturno

Es diferente por la noche, cuando me despierto muy cerca de ti y estoy solo en la habitación.

Ningún sonido, ninguna palabra que estorbe, ninguna mirada.

Sólo tú, dormida, de un modo anónimo, bajo el edredón, como una despedida del día que fue, o una promesa del día que llega.

Es diferente por la noche.

Me incorporo sin hacer ruido en la cama e intuyo tu cuerpo bajo el edredón, desplegado como una ola, o tensado como un arco... veo lo que es tu ola, tu arco, desde el estuche del alma sobre la almohada, bajando por el cuello, la espalda, las piernas...

Entonces es cuando veo lo imposible, aquello de lo que nunca hablamos. Veo que ahora colgamos de nuestros cuerpos, colgamos de cierto modo en el aire. Como aquella mañana de octubre en que al fin y al cabo no atravesaste el hielo con tu pisada.

¿Quiénes somos?

Hay algo que nos sostiene –¡existimos!

Es diferente cuando duermes. Es diferente cuando cabalgas por la noche sin mí.

Qué cerca estoy de ti entonces. Aquí, en la misma cama, en una habitación en el espacio. ¡Tan cerca... y tan lejos!

¿Qué estamos haciendo los dos con nuestras vidas? ¿No nos corre algo de prisa vivir? ¿No corre algo de prisa existir?

Pues sí, corre prisa. Todo lo demás puede esperar. Mañana, Bella Durmiente, mañana, princesa Aurora, no ahora, cuando el Pegaso de la respiración te lleva por los mares oscuros, sino mañana: ¿podemos entonces dar unos toques de más con las varitas mágicas?

Mamá

We are such stuff
As dreams are made on, and our little life
Is rounded with a sleep.

W. Shakespeare, *The Tempest*

Se despertó sobresaltada.
¿Se había dormido? ¿Dónde estaba? ¿Quién era?
Las preguntas recorrieron su cuerpo como golpes fríos.
Tenía la sensación de haberse desprendido de algo. Estaba flotando.
Al menos no se encontraba en el hospital, y no estaba muerta...
Entonces le llegaron las imágenes. Todas revueltas. Como un desfile mal organizado.
De repente se acordó de todo. Todos los exámenes médicos al principio. Y luego todas las operaciones. La radioterapia, la quimio.
Todo se le vino encima.
Recordó los taxis. Recordó las horas pasadas en salas de espera. Las revistas, las tazas de café, las tartas y las medias-noches. Todo estaba bañado en una siniestra luz diurna.
Lo peor habían sido los niños. Mamá estaba enferma. Mamá estaba en el hospital Radium. El pequeño Erlend jamás llegó a pronunciarlo. Kristin se reía. «Hospi-tal Radium», decía.
Ahora recordó las visitas de la última época. Se acordó de los médicos, la mentira y el fingimiento.
–Bueno, ¿y cómo se siente usted?
–¿Cómo estás, cariño?
Mamá pronto se pondría bien. Estaría en casa para Navidad. Y para Año Nuevo. Y para Semana Santa. Sí, volvió a casa. Ahora sólo se trataba de unas nuevas pruebas...
Mamá tendría que vivir algún tiempo en el hospital. Bastante tiempo. Pero los médicos sabían mucho. Y le daban una comida muy rica. Ayer le sirvieron pizza.
Y papá se había dado de baja por un tiempo en su trabajo para estar en casa. Y la abuela se había quedado a vivir con los niños mientras papá estuvo en Inglaterra.
–Estaré de vuelta en una semana, cariño...

Pues sí, ahora estaba despierta. No cabía duda. Pero no estaba muerta. Y tampoco le dolía nada.

Hoy los dolores libraban. Claro, después de tanto ataque semana tras semana... Muy

agotador para esos bichos. Se habrían tomado un descanso. Quizá se hubieran escondido debajo de la cama.

De repente se acordó de la inyección de morfina. ¿Era eso?

¿Qué necesidad había de oncólogos cuando se tenía morfina? ¡Marchaos ya, pelmazos! Dejad a mamá en paz. Guau, guau.

Y volvió a hacerlo una vez más. Por enésima vez. Era muy importante. Era un sí o no. Ya no era arte de magia lo de hacer un diagnóstico.

¿O sólo estaba pensando que lo hacía?

¿Qué es una mujer sin pechos? Es un timo. Es un neutro con dos prótesis de gomaespuma, ocultas tras un flamante sujetador. Ella es sólo medio cuerpo...

Volvió a ponerse la mano en «el pecho». Lo hizo con la misma mano resignada con la que una pobre persona en ruina busca en la lista del sorteo su último boleto.

¡Allí estaba! ¡Ella ganaba!

El pecho... el pecho estaba en su sitio. Hacía mucho, muchísimo desde la última vez. El pecho estaba en su sitio, envuelto en piel auténtica.

Y buscó el otro. ¡También estaba! Con el pezón y todo. Lo pellizcó con tanta fuerza que le dolió.

Pero no dolió...

¿Dónde estaba?

No oía ningún ruido. Notó el olor a sábana. Pero allí no había ningún timbre para llamar. Gritó, pero no recibió respuesta.

¿O sólo pensó que llamaba?

No estaba muerta. Estar muerta no podía ser eso. Cuando mueres, te reciben con florituras de trompeta y música de arpa. Al menos te reciben. Aunque no sea más que un funcionario subordinado.

O eso, o simplemente desaparecías.

No estaba muerta. *Estaba* aquí. Y más que eso: tenía dos pechos. ¡Dos pechos! ¡Dos pechos! Nada de tetas falsas que arrancar...

¿Sólo había sido un sueño? Pero ¿un sueño puede durar dos años?

Lo había leído en alguna parte. Que en el sueño una hora puede ser un segundo. ¿Y si había estado soñando durante dos horas? ¿Cuántos segundos había en una hora? ¿Y cuántas horas había en un año?

Pero, aunque así fuera..., no sueñas con quimioterapia. No sueñas que se te cae el pelo, no sueñas con horas en la «peluquería». Es imposible. No sueñas que el pueblo entero está patas arriba, que destrozas la casa en un ataque de rabia. Que Joachim está acostado a tu lado, llorando durante horas. No, no se sueña una vida entera en un solo sueño.

¿O es exactamente lo que se hace? Quimioterapia y caída del pelo...

¿Puede un sueño destrozar todo lo que la vida ha construido laboriosamente?

Tuvo que volver a comprobarlo. Pues sí, sí. Allí estaban, dos maravillosos pechos en su sitio. Uno un poco más grande que el otro. Así había sido siempre.

No había ningún hoyo arrugado en el que hundir los dedos. Ninguna rígida cicatriz en la axila tras haber quitado los ganglios linfáticos...

Ella tenía dos tetas maduras, como manzanas de terciopelo con capullos de goma blanda.

Se agarró de las tetas, se sentía lujuriosa. Y el corazón le latía con mucha fuerza y más deprisa que de costumbre. ¿Dónde estaba Joachim?

Tenía que haber sido un sueño. Una pesadilla de la que había salido ilesa. Con algún susto metido en el cuerpo, de acuerdo, pero sin prótesis ni cicatrices. Porque no puedes estar en el cielo y sentir deseos lujuriosos. Sentimientos de esa índole no se trasladan al más allá.

¡La inyección de morfina! Otra vez.

¿Dónde estaba? La respuesta tendría que ver con la inyección de morfina.

O se había despertado de la inyección, en ese caso tendría 35 años y toda una vida por delante, o la inyección la había dejado dormida. Entonces eso era un sueño. Y tal vez no volvería a despertarse nunca.

Porque ya había metástasis en todo el cuerpo. Se trataba ya sólo de días u horas. La familia al completo se había reunido en torno a su cama los últimos días.

Ella lo recordaba en imágenes rotas.

Al menos estaba acostada en la cama con deseos lujuriosos.

¿Podía uno morir teniendo deseos lujuriosos? ¿Había sexo a ambos lados de la vida?

Del sexo has nacido...

Era su destino en una sola fórmula. O dos tetas y éxtasis. O nada de tetas ni metástasis. O nada de tetas y metástasis. O morfina...

¡Joachim!

Ella gritó con más fuerza. ¿Ya no salía de ella ningún sonido?

Notó algo a su lado.

¿Era la mano de él?

Un paso hacia atrás

De repente, un día se descubren grandes metrópolis en otro planeta. Habitadas por millones de seres inteligentes. Con rascacielos de setenta plantas. Y con una ingeniosa red de trenes eléctricos de varios pisos bajo tierra...
¿Qué habríamos dicho entonces?

Un día hace poco, se me ocurrió que Nueva York es una ciudad así. Y que la Tierra es un planeta así.

Cazar fantasmas puede ser una prueba de paciencia. Y de repente descubres que tú mismo eres uno de ellos.

Lo vemos en el espejo de esa pared, que somos nosotros los que andamos de puntillas en la penumbra, somos nosotros eso tan misterioso que intentamos cazar.

Es como después de una serie de infructuosos intentos de percepción extrasensorial: ojalá la telepatía fuera probada con un solo intento convincente. Y no sólo con anécdotas sueltas y estadística manipulada. Por no decir nuestro deseo de ver moverse la pata de una mesa o un pájaro volar tranquilamente por la habitación.

Y luego tal vez retrocedamos un paso. Tenemos que reconocer que nosotros mismos somos un misterio. Somos

peores que un vaso que vuela y unas patas que se mueven. ¡Nosotros existimos!

No vemos ni ángeles, ni platillos volantes, pero vemos nuestras propias naves espaciales. No vemos a ningún marciano, pero nos vemos a nosotros mismos.

El crítico

Al crítico de arte le esperaba una ardua tarea cuando fue llamado al despacho del director. Ese breve encuentro trazaría el rumbo del resto de su vida.

El director –un hombre fornido de su misma edad– le hizo señas para que se sentara en uno de los sillones de piel amarilla al otro lado del escritorio. Se sentó, y el director lo miró meditabundo. Sin pronunciar palabra, cambió de sitio un montón de papeles, hojeó rápidamente unos documentos, y se acercó a la ventana, donde permaneció inmóvil contemplando la ciudad.

–Ya llevas muchos años viajando y visitando galerías y museos –empezó a decir–. Has suscitado debates sobre la vivencia y la comprensión del arte... –en este punto del monólogo, se volvió hacia su colega–: Escucha, en principio no tengo nada en contra de tus reportajes y reseñas. Conoces tu profesión. Escribes bien...

El crítico miró al director, a la expectativa.

–Pero todo lo que has escrito hasta ahora en el periódico y todos los temas que has tratado, todo es..., cómo decirlo..., es tan *arbitrario*...

Hojeó más documentos.

–Aún no has reseñado ninguna obra de arte que sea tan magnífica, o tan universal, que tenga interés para todos los lectores del periódico.

El crítico se enderezó en el sillón. Todos sus colegas sabían que el director tenía fama de ser algo severo, pero aquello estaba yendo demasiado lejos.

–La última encuesta –replicó– muestra que más del 20 por ciento de los lectores de este periódico siguen día a día mis columnas. Más del 50 por ciento dice haber leído mis reflexiones con regularidad. Ningún periódico de esta ciudad tiene una cobertura tan amplia del arte o de la arquitectura como el nuestro. Y en parte debido a esto, nuestro periódico se considera el número uno del país en cuanto a cultura... –tomó aliento–. Pero no a todo el mundo le interesa el arte, señor director. Esa obra de arte de la que estás buscando una reseña no existe. Tampoco se creará nunca. Hay lectores a los que ni siquiera les importa el aspecto que va a tener el nuevo ayuntamiento. Están demasiado ocupados mirando el asfalto.

El director volvió al escritorio y se puso a tamborilear los dedos en el mismo.

–Me temo que debo corregirte –dijo con cierto patetismo y sin quitar ojo al otro–. Esa obra de arte existe. Ya lo creo que existe. Nos rodea por todas partes. ¡Abunda, amigo! Y sin embargo, hay muchos que no la ven. ¿Y sabes por qué? Puede parecer una paradoja, pero la razón es que ellos mismos son esa obra de arte. Los lectores son esa obra de arte a la que, en mi opinión, es una vergüenza que nuestro periódico aún no haya dado cobertura con reportajes y reseñas.

–¿Podrías expresarte con un poco más de claridad? Hace calor hoy...

El director hizo una larga pausa.

–Miguel Ángel –dijo, extendiendo los brazos–, Miguel Ángel pintó los frescos de la Capilla Sixtina. ¿Tengo razón? Pero ¿quién creó a Miguel Ángel? ¿Qué? ¿Eso no tiene interés para un periódico de cultura?

El crítico se sobresaltó en el sillón.

–Las cuestiones religiosas –dijo titubeante, pero con resolución– no pertenecen a mi sección. El reportaje que hice hace poco sobre el Vaticano se ciñe a la historia del arte... Pero, como ya he dicho, hoy hace mucho calor. Y el sol sigue abrasando las ventanas de este despacho.

El director miró el reloj y dijo con énfasis:

–¡Escribe sobre él!

–¿Cómo dices?

–¡Escribe sobre el sol!

–Sobre..., es decir, sobre...

–¡Correcto! ¿No se merece el sol una reseña? Hace dos mil quinientos años, Anaxágoras fue expulsado de Atenas por afirmar que el sol era más grande que el Peloponeso. ¿No te parece que ya es hora de que se le rehabilite?

–Creo que...

–Dime, querido colaborador, ¿qué piensas? ¿No te das cuenta de lo arbitraria que resulta la Capilla Sixtina en comparación con el sol? ¡Esos ingenuos engendros del Renacimiento! ¡Pueriles! Nada más que viejas supersticiones. ¿No estás de acuerdo en que el sol triunfa soberbiamente sobre todos los trabajos de Miguel Ángel como obra de arte? En suma, ¿a quién le interesa ahora Miguel Ángel? A mí no, desde luego. A mí me importa un bledo toda la historia del arte. Pero el sol... el sol ha estado de actualidad durante miles de millones de años...

–Entonces el sol... a tres columnas. Reseña de... de...

–Despacio... Te lo pondré fácil por esta vez. El sol, ¿sabes?, no es más que una estrella. ¿Lo sabías ya? Una entre muchos miles de millones sólo en nuestra galaxia. ¿Has pensado en ello? ¿Lo has sentido en tu cuerpo? También el sol, con todos sus planetas (¿cuántos son, por cierto, siete o nueve?), también el sol es arbitrario en el gran conjunto. Con eso me refiero al verdadero Gran Contexto. El sol no es más que un cuesco.

–¿Un quiosco?

–¡Un cuesco, joder! La realidad, ¿sabes? La realidad es mucho más grande que el Peloponeso, más grande que todo el Vaticano. Protesta, si no estás de acuerdo. Cuando

te llamé, mi propósito era encargarte una reseña sobre la Realidad.

–¿En serio?

–¡La realidad, digo! Dime, ¿estás sordo? Una reseña así interesaría a la totalidad de nuestros lectores. ¿Y por qué? Porque sería una reseña sobre ellos mismos. ¿Lo entiendes? Hay que ser un poco vanidoso.

–¿Vanidoso?

–Bueno, bueno..., pero ocúpate primero del sol. Puedes ensayar con él. Desde nuestra perspectiva, forma al menos una *parte* considerable de la realidad.

El crítico se levantó del sillón. Fue hasta la ventana, se volvió hacia el director y luego lanzó una mirada vacilante sobre la ciudad.

Salió del despacho sin despedirse. Las secretarias se fijaron en la sarcástica sonrisa que se dibujaba en la cara arrugada del viejo crítico en el momento de meterse en el ascensor.

Pero a la mañana siguiente se presentó de nuevo en el despacho del director. Ahora se escucharon alegres risas procedentes del interior. Y al día siguiente, el periódico incluía su primera reseña sobre el sol, «Más grande que el Peloponeso».

Se había dado mucho protagonismo al artículo en la página de Cultura del periódico, entre reseñas de libros, de música y de obras teatrales. Nos contentaremos con reproducir aquí unos breves extractos:

...Cuando el niño corre hacia su madre, cuando las cabras bajan por la ladera, cuando los peces nadan y los pájaros vuelan en bandadas, cuando la savia sube por los árboles, cuando se abren los capullos..., se trata del sol, que extiende sus rayos.

[...]

El sol tensa nuestros músculos. El sol fluye por nuestras venas. El sol late en nuestros pechos. Y el sol arde en nuestros abrazos.

Hasta ahora no ha sido tarea fácil reseñar el sol. ¿Quién soy yo para expresar mi opinión sobre él? ¿Cómo puede una maceta describir al alfarero? ¿Cómo puede un rayo arrojar luz sobre la fuente de luz?

El papel sobre el que se están escribiendo estas observaciones es fruto del sol. La mano que escribe es obra del sol. Cada palabra que ha tenido el gusto de emplear el que firma esta reseña está pensada por un cerebro que ha sido desarrollado por el sol durante millones de años.

¿Y qué es la historia de nuestro planeta sino la historia de una bola de fuego que en el transcurso de unos millones de años produce ese fantasma que a diario llamamos conciencia?

[...]

Fue el sol el que en un principio nos creó en el mar como ese complejo primitivo de proteínas y aminoácidos que éramos entonces. Fue el sol el que nos llevó hasta la playa como anfibios y reptiles. Fue el sol el que nos tentó para que bajáramos de los árboles y nos convirtiéramos en seres humanos.

[...]

Es en el sol donde vivimos, nos movemos y existimos. Somos de la estirpe del sol.

[...]

La propia capacidad de mirar el sol es obra del sol. Es él el que eleva nuestras miradas hacia el cielo. Ese ojo que ve el sol es el propio ojo del sol.

«La reseña» nunca se comentó en las columnas del periódico, ni en otros contextos públicos.

Antes, en ese mismo año, el periódico había publicado la crónica de un joven poeta. La crónica constaba exclusivamente de las palabras «bla, bla, bla» debidamente ordenadas en apartados y subapartados. (Fue el propio director el que aceptó el artículo, provocando el estupor de la redacción.)

La reseña sobre el sol fue interpretada por muchos como una broma del mismo estilo, como la parodia de una reseña de arte, o como la burla de un orden universal, ya fuera materialista o religiosa.

Entre los mejor informados, entre los amigos del crítico y sus colegas, la reseña fue ignorada en silencio, considerada un accidente laboral.

En el transcurso de una larga vida, incluso el periodista más capaz ha de tener el derecho de escribir un artículo sin sentido. El ser humano no es una máquina.

Pero quedaba más por llegar. La excepción se convertiría en la regla. El crítico había encontrado una pauta. Siguió escribiendo artículos para el periódico, y a partir de entonces, con un concepto inmensamente ampliado de lo que era el arte.

Una reseña sobre la Realidad –en forma de crónica– fue publicada en dos partes, dos semanas seguidas, con el título «¿Obra o maestro? Notas sobre la Obra Maestra Tetradimensional».

Los artículos que siguieron a éste –aquí reproducidos por orden cronológico– llevaban estos títulos:

«Por qué hago muecas a la historia del arte.»

«El mundo como el despliegue de Dios. Siete notas a pie de página al panteísmo alemán, desde Nicolás de Cusa a Schelling.»

«La colmena, la gramática y la anónima razón universal.»

«Sapocharco y el sapo del charco.»

«¿Por qué tiene ombligo el hombre primitivo? Una mirada crítica sobre 18 cuadros acerca del motivo de Adán y Eva.»

El crítico no había escrito muchos artículos de esa índole antes de que la gente empezara a murmurar por los pasillos. De manera que sus escritos no fueron ignorados. Pero cuando eran comentados, era casi siempre en tono negativo.

Los artículos solían tener un punto de sensatez. Pero ¿qué locura está totalmente desprovista de razón?

Eso de que vivimos nuestras vidas en un planeta del universo no tiene en sí nada de malo. No sólo somos ciudadanos de una ciudad, sino de un universo. Y la verdad es que no venía nada mal que nos lo recordaran. También es verdad que la vida de los seres humanos y los animales plantea una serie de misterios no resueltos. Pero para ese viejo conocedor del arte estas cuestiones se habían convertido en una fijación, ¿no? ¿O simplemente estaba un poco alterado?

Resultaba cada vez más difícil seguir su línea de pensamiento. Daba la sensación de que se estaba alejando del colectivo humano para adentrarse en su mundo. El único hilo

conductor que el lector inteligente era capaz de encontrar era una acentuación acérrima del misterio de la existencia, predicado en un tono cada vez más profético.

Al final, al viejo le parecían tan importantes sus frases que las dejó imprimir como poesía:

Llevamos
y somos llevados por
un alma
desconocida

Cuando el enigma se yergue
sobre dos patas
sin resolverse
nos toca a nosotros

Cuando las imágenes soñadas
se pellizcan en el brazo
sin despertarse
somos nosotros

Porque nosotros somos el enigma
que nadie sabe resolver
Somos el cuento de hadas
encerrado en su propia imagen

Somos aquello
que anda sin cesar
y nunca logramos
la claridad

De «Los enigmas de la Esfinge»

«Pero ¿y el director?», se preguntaba la gente. Ya estaba bien de indulgencia, por no decir vacilación. ¿No tenía ese periódico un director responsable?

El que un pobre viejo se saliera de sus casillas podía entenderse. Pero ¿era necesario exponer en público los retorcidos caminos de una mente enferma? Se empleaban a menudo términos como «escándalo» y «mala jugada» en ese pequeño país.

Empezó a olvidarse que antaño el viejo había sido un hombre respetado. La serie de artículos «Trazos agudos» había sido considerada genial por especialistas en arte de todo el país. Con su pequeño libro «El espejo como metáfora» había despertado gran admiración en amplios círculos. Había sido traducido a siete lenguas. «Crítica del arte y arte de la crítica» fue el nombre de un cálido homenaje que se le rindió en su 50 cumpleaños.

Desde entonces había llovido mucho. ¡Qué caída era aquélla! Una agudísima capacidad de análisis había cedido el lugar a malos chistes filosóficos y exaltaciones metafísicas.

Hacia el final de su vida, el crítico empezó a escribir de nuevo reseñas de arte tradicionales. Durante algún tiempo parecía que iba a recuperarse. Pero como ya nunca alababa a los artistas por sus obras, cada vez era menos popular en los círculos artísticos. Siempre era «la naturaleza», «lo enigmático» o «la fuerza creadora del ser humano» lo que se llevaba las alabanzas, cuando alguna rara vez veía algo que le gustaba.

Murió como un hombre odiado. Para entonces, el periódico tenía ya un nuevo crítico de arte, un hombre que no sólo era un profesional de primera clase, sino que también era bien visto y bien recibido en las recepciones e inauguraciones de galerías y exposiciones.

Dos días después de la muerte del crítico, el periódico publicó el artículo más personal, y en opinión de muchos más extraño, por no decir retorcido, escrito de su puño y letra. Las dos páginas de cultura del periódico estaban dedicadas a ese artículo, que llevaba el elocuente título de «Lo raro».

El artículo no sólo muestra una mente enferma. También deja claro que el crítico sabía que sus artículos de los últimos años no eran comprendidos por nadie más que por él.

A continuación se reproduce en su totalidad este último –y póstumo– artículo:

Lo raro

1.

Aquí hay algo raro. Algo que no encaja. Ahora puedo decirlo con seguridad. Ya no dudo de que se están burlando de mí.

En realidad, no se puede. Es imposible. Y sin embargo es lo que veo. Todo lo demás es arbitrario.

Siento cosquillas cuando pienso en ello. Me pone nervioso y fuera de mí. De repente, me levanto de un salto de la silla en la que estoy sentado, y camino sin descanso por la habitación.

Me levanto y me siento, me siento y me levanto de nuevo. Muevo un cuadro quince veces en una hora. Leo la misma frase veinte veces. Saco tazas limpias del armario y las friego. Vacío la papelera aun cuando sólo contiene un sello usado o un clip. Y peor aún: he cogido la costumbre de colocarme frente a un espejo y hacerme burla a mí mismo.

No estoy loco. Ni siquiera soy un neurótico. No soy yo el raro. Tampoco puede ser un sueño. Estoy completamente despierto, doblemente despierto, como dos días, uno encima del otro.

La verdad es que algo está sucediendo a mis espaldas. Allí es donde está pasando todo. Todo. Absolutamente todo. Y yo no tengo ojos en la nuca. Por desgracia.

Pero no voy a seguir tolerándolo. No puedo aceptar el estado de las cosas. Vivir, por

ejemplo –puedo centrarme en ese único ejemplo–, vivir se ha convertido para mí en algo imposible. Sólo los idiotas viven.

No me refiero a mi vida privada. ¡Vida privada! Feliz aquel capaz de pronunciar dos palabras tan tontas sin torcer el gesto. (¿Cuántos años hace que no tengo vida privada?) No me refiero al planeado anexo al Ayuntamiento. Sobre ese asunto ya he dejado claro mi punto de vista. Pero también a ese punto de vista renuncio ya. Tampoco me refiero a la propuesta del Gobierno para los presupuestos del Estado. Me importa un bledo. Ni siquiera me refiero al futuro de nuestro planeta. También esa cuestión me resulta del todo indiferente. ¡Nuestro planeta! ¡Ja, ja, ja! Cómo nos tomamos en serio a nosotros mismos...

En general, estoy demasiado alterado para pensar en nada. Aquello en lo que uno es capaz de pensar es algo que uno controla. Aquello para lo que uno encuentra palabras es algo que uno domina. Pero esto es peor. Es mucho, muchísimo peor.

En el transcurso de estas semanas he abandonado el lenguaje. Las palabras, las frases y todas mis opiniones sobre esto y aquello las he dejado atrás, igual que el sonajero y el chupete pertenecen a una fase pasada. (O el matrimonio. Pero ésa es otra cuestión.)

Ya no estoy presente en el lenguaje. Me han expulsado. Me ha abandonado en una isla solitaria. En un asteroide. Es decir, si realmente existe un lenguaje. Pero no es seguro que exista un lenguaje. No es seguro...

2.

No es en los pensamientos donde ocurre. Pues ¿qué es lo que ocurre en los pensamientos? ¿Qué son los pensamientos sino una repetición de las sensaciones?

¡No hay nada más en los pensamientos que aquello que entra a través de los sentidos!

Ocurre a *mis espaldas*. Es allí y únicamente allí donde todo ocurre. Estoy encerrado en una cueva sentado de espaldas a la abertura. Me paso los días mirando fijamente la pared. No veo ni un rayo de luz. ¿De qué sirve entonces tener sentidos? ¿Para qué me sirven los ojos si no veo más que la oscuridad de la cueva?

Aquí no estoy solo. La prisión no es un lugar aislado. Qué va. Todos estamos aquí. La humanidad al completo. Todos estamos sentados aquí dentro.

Pero entonces tengo con quién hablar, ¿no? ¿De qué vamos a hablar si no vemos nada? ¿Alguien con quién compartir el destino? No, no, también se me ha robado esa posibilidad. Los demás no se dan cuenta de que están en una cueva, así de simple. Creen que están viendo todo lo que hay que ver. Se sienten a gusto aquí. No tienen ningún deseo de salir.

No tengo ojos en la nuca. Pero sé que fuera de la cueva sucede algo. Noto que algo me pica en el estómago. (En mi opinión, el estómago es el órgano sensual más fiable.) Es algo que me hace cosquillas desde dentro. Es como si hubiera nacido con una fina capa de plumón debajo de la piel. Tal vez por eso me altero tanto cuando miro los gansos. El vecino tiene algunos ejemplares contoneándose por el jardín. No han mejorado mi situación. Pero un día treparé la valla y los mataré. ¡Los mataré!

3.

Ahora voy a llegar al asunto. (EL ASUNTO, digo. Hay un único asunto. ¿Por qué ese insaciable pluralismo? No tengo serenidad para ello.)

Lo que a mí me lleva al borde de la locura es la realidad. En especial *la realidad*. En particular también. Más que ninguna otra cosa. (¿Eso me convierte en monomaniaco? ¿Es monomanía interesarse sólo por la realidad? Siempre hay que interesarse por *algo*...)

Hablemos de la realidad. O simple y llanamente del mundo. O del universo. Un huérfano recibe muchos nombres. No son los niños queridos, sino los expósitos, los que reciben muchos nombres. Los que la gente encuentra en las escaleras, los que flotan en el vacío.)

¡La realidad!

¿Cómo es posible pronunciar esta palabra sin tener que tomar aliento? ¿Alguien sabe de dónde viene? ¿Acaso alguno de los presentes sabe dar la dirección?

Ahora estoy en el meollo de la cuestión: *¿De dónde procede el mundo?*

Sé que la pregunta tiene respuesta. El único problema es que no está a nuestro alcance. Está allí, existe, vive su vida en algún lugar, pero está a mis espaldas, fuera de esta cueva en la que transcurre mi vida.

¿Debo resignarme? Quiero decir: ¿debo aceptar vivir toda mi vida en un mundo cuya procedencia no conozco?

¡He dicho mundo! Es como una gran piedra que de repente llega volando sobre la ciudad a baja altura. Simplemente *está* ahí, se exhibe, imposible de ignorar. (En ese caso se habrían asustado. ¡Ja, ja, ja! Se lo tendrían merecido. Una piedra de miles de toneladas. Volando. Pues sí, ¡volando!)

¿Estáis escuchando? ¿Habéis pensado en que el mundo no tiene señas? Y tampoco nombre. Que quede claro. «El mundo» es nuestra denominación privada de ese fantasma que nos rodea. ¡Y aún más! Porque ese fantasma –que de repente asoma la cabeza de la nada– no sólo es nuestro hogar, somos nosotros. Nosotros somos los huérfanos. Nosotros somos los que asomamos la cabeza de la nada.

¿Qué has dicho?

¡Dios!, has dicho. Pues sí, así es. Acabas de llamarlo.

Pero ¿se ha molestado él en dejar siquiera una tarjeta de visita? ¿Acaso existe una rendija en una montaña oculta donde haya firmado su obra? ¿O es que simplemente no existe? Entonces, ¿qué pasa con el mundo? Pues de él estamos hablando. En este momento es lo único que tenemos en mente. (Debemos aprender a concentrarnos en un solo tema cada vez.) ¿De dónde viene ese coloso? (Entonces soy monomaniaco o, al fin y al cabo, al menos un poco mono–maniaco. Por un breve instante he optado por dejar de lado todos los demás asuntos. No tengo bebés a los que cambiar pañales. He apagado la televisión. Las cotizaciones de bolsa tendrán que esperar hasta mañana.)

4.

El mundo es nuestro tema de esta noche. ¡Bienvenidos a todos! Ha existido siempre, dices. Y punto. ¿Y por qué no? Pues sí, es un pensamiento razonable. Como sugerencia,

es inevitable. Pero ¿no resulta un hecho irrazonable? Claro que podemos *imaginarnos* un mundo que ha existido siempre. Pero ¿un mundo puede realmente existir siempre? ¿No tiene que haber nacido en algún momento de alguna cosa? Ése es mi punto. 1-0.

Otro pensamiento sensato es que el mundo ha sido creado por Dios y que Dios ha existido siempre. Ya está. También es un pensamiento razonable, y un hecho igual de irrazonable. Y no hemos llegado más lejos que antes. No hemos sino aplazado el problema. Nos hemos topado con nosotros mismos. 2-0.

Aún no hemos terminado nuestra pequeña investigación. Relajaos en vuestros asientos. O mejor: sentaos en el borde de la silla. Aún quedan algunas posibilidades.

¿Quién ha dicho que el mundo ha existido siempre? No puede haber existido siempre. Eso ya lo hemos constatado. Pero si no ha existido siempre, tiene que haber salido de la nada en un primer momento. (*Tertium non datur.*)

Claro que podemos dejar el problema para generaciones venideras, pero, en cualquier caso, algo tiene que haber salido de la nada en un momento determinado.

No sólo es un pensamiento razonable, también es un pensamiento enternecedoramente *simple*. Tan simple que incluso un niño puede captarlo. Una vez el tiempo no existía, y de repente se creó. De la nada, como ya hemos indicado. Pero un hecho provocador. 3-0.

Y, a pesar de todo, no es Dios el que creó el mundo *ex nihilo*, como dicen los teólogos. Puede que nos hayamos precipitado un poco en nuestra investigación. Pues las facultades de Dios superan la facultad de comprensión de los humanos. (¡Y basta!) No debemos apresurarnos demasiado en rechazar la existencia de un Dios. Podría herirle. (Bueno, y también puede castigarse, pero eso es otro asunto. Esto pretende ser una conferencia *epistemológica*.)

De modo que Dios ha creado el mundo. Pero ¿y el propio Dios? ¿Qué pasa con él? Ya estamos en la segunda parte. ¿Ha existido siempre? No, no, ya rechazamos esa posibilidad.

Sólo queda una última posibilidad: Dios ha creado el mundo, pero antes de eso *se creó a sí mismo*. (*Hoc est corpus*. ¡Abracadabra!)

Estamos ante un pensamiento tan razonable, tan sensato, tan infantil y tan simple que ha formado parte del programa de enseñanza preescolar de nuestra cultura durante un período de unos miles de años. Pero si lo analizamos minuciosamente, habrá que rechazarlo. Habrá que llamarlo paradójico. Por no decir fraudulento. O deformado. Se muerde la cola.

Por segunda vez en cinco minutos hemos pospuesto el problema. Hemos hecho magia de avestruz. Hemos escondido la cabeza bajo tierra.

Eso que llamamos Dios es un eslabón intermedio y apresurado, una tabla de salvación de la lógica para almas en el mar. Lo imposible, lo demencial, permanece tan impasible tanto con Dios como sin Dios.

4-0 y K.O.

5.

No se llega a ninguna parte con los pensamientos. Para mí, esto es un postulado absoluto. La realidad no se deja captar con la razón. El mundo es una contradicción.

Detrás de la apariencia de veracidad de lo cotidiano, el mundo es tan imposible que ya no soporto estar aquí mucho más. Para alguien que no se ha dejado absorber por el lavado de pañales y los problemas familiares, el mundo es una continua provocación. (¡Problemas familiares! Sólo los monos tienen «problemas familiares». Yo por mi parte intento ser una persona.)

¿De dónde viene el mundo?, pregunté antes. Repito: ¿de dónde demonios viene el mundo? Me hago esta pregunta setecientas veces al día. Y claro, siempre resulta igual de inútil.

He pretendido investigar más de cerca la realidad con una meticulosidad sistemática, encontrar una especie de explicación, o al menos insinuar una posible explicación. Pero aunque me encuentro en medio de lo que deseo explicar –aunque como, duermo y pienso en ello–, todos mis esfuerzos hasta ahora han sido infructuosos. (De nada sirve pensar, como ya he dicho. Que quede claro. Los pensamientos no son más que un reflejo de las mismas sensaciones que tienen las vacas y las ovejas. La diferencia entre una vaca y yo es que yo no acepto las cosas como son. Me niego a entrar en el establo. O mejor dicho: estoy atado en un establo, de espaldas a todo lo que pueda tener interés. Ahora quiero salir. Se me revuelve el estómago de estar aquí.)

El mundo es una imposibilidad. Pero siempre pretende presentarse como auténtico. Será como es percibido por la mayoría. A mí habría que considerarme una excepción. Un comodín en el solitario. En cambio, estoy completamente convencido de lo mío. (Puedo asegurarles que no es tarea grata poner en duda el mundo por el que uno se mueve.)

Uno puede despertarse de un sueño incómodo e inmediatamente espantar y hacer desaparecer el mundo soñado. No ocurre lo mismo con la realidad. Está ahí hagas lo que hagas. Se ha posicionado. No retrocede ni un paso. (Cada vez con más frecuencia, al despertarme por la mañana desecho la realidad y vuelvo a mi sueño. No porque lo que sueño sea mejor que aquello a lo que despierto. El sueño puede ser igual de enloquecido, igual de absurdo. Pero –y ése es el meollo de la cuestión– al menos no es real.)

Que quede claro –anunciadlo en las puertas de las iglesias si queréis–: el mundo y yo hemos dejado de entendernos. Me he dado de baja, sin que por ello haya fundado otra asociación. Y la ruptura es definitiva, lo que queda más claro conforme pasan los días. El mundo tira de un extremo y yo del otro.

¿Y luego qué? ¿Tan importante es? Quiero decir: ¿es de interés general? *Significa que el mundo ya no encaja.* Ha vuelto a reventar por donde se había encolado. Porque yo también soy una pequeña parte del mundo. Mejor dicho, fui. Antes de que reventara.

Me he desprendido del mundo. Voy volando por el espacio. ¡Resulta muy solitario, señores!

6.

¿Siempre ha sido así? ¿Mi situación vital ha sido siempre igual de siniestra?

¡En absoluto!

Al principio, sólo era algo que se me ocurría de tarde en tarde. Lo veía en una piedra, en un paisaje, en un animal. Lo veía en la mirada de un transeúnte, en el movimiento de la mano de una anciana o en un incidente cómico en el tranvía.

A intervalos regulares lo notaba como una sacudida que me recorría el cuerpo al despertarme por la mañana tras una larga noche. Como un tirón de mí mismo. Luego se aclaró. El mundo, quiero decir. Seguimos hablando de él. Se hizo más nítido. Más abrupto, más salvaje y más inoportuno que antes.

Ahora pienso en ello cada cinco minutos. (No he dicho que no piense. Lo que afirmo es que con los pensamientos no se llega a ninguna parte.) Cada mañana es lo primero que me viene a la mente. Y es lo último que atormenta mi pobre cerebro antes de dormirme por la noche.

Lo tengo más controlado que antes. ¿O es que eso me tiene más controlado a mí? Sólo tengo que poner las manos en el regazo y lo noto, lo noto en cada fibra de mi cuerpo, en cada célula. Ya de nada sirve pensar en otra cosa. Lo noto de todos modos, lo noto desde dentro, noto que me pica bajo la piel, noto que me oprime el pecho. ¡Ya! Me está oprimiendo, está aquí. Lo tengo encima, ahora yo soy lo raro, lo imposible. (¿Un *cuerpo* puede ser monomaniaco? ¿Qué dice la bioquímica al respecto? ¿Me falta una hormona? ¿Una vitamina, un mineral? ¿O me sobra algo de todo eso?)

Lo complicado –lo intrincado– es que lo que me indigna es precisamente que existo. Formo parte del círculo del que quiero salir. Soy como un fantasma cazando fantasmas: no encuentro lo que busco, simplemente porque el fantasma soy yo.

Estoy describiendo un dilema insoportable. Pero ya no tengo elección. No podré descansar hasta que haya encontrado la solución al misterio. Nunca encontraré descanso. No hasta que me desplome.

Es imposible, pero no me doy por vencido.

7.

Ahora hay algo que me preocupa especialmente: yo mismo soy lo raro, lo imposible. Y lo veo en todo lo que me rodea. Todos mis pensamientos se mueven como irascibles electrones alrededor de un núcleo atómico en torno al que existo... y al que algo existe. De ahí surgen todos mis pensamientos, y allí regresan. Pero, y eso es lo que me molesta, parezco ser el único en darse cuenta.

No es nada especial en mí. Los demás también son así. Lo huelo a distancia. Cuando me meto en una tienda, enseguida noto lo imposible en el dependiente que viene a atenderme. Es tan improbable como yo. Igual de hechizado. Igual de eléctrico. (¿Un androide? ¿Un muñeco vivo?) La diferencia –la triste diferencia– es que él no lo sabe. No nota nada. Es como si estuviera sentado sobre una estufa ardiendo sin notarlo. Veo en la expresión de su cara –una expresión ignorante, juguetona y excitada– que no sabe nada, que nunca ha pensado en ello. Y más que eso: a la vez me doy cuenta de que sería imposible intentar explicárselo. De todas formas, sería incapaz de entenderlo.

Me doy cuenta de que puede parecer que disfruto con mi solitaria existencia. ¿Por qué

no salgo corriendo al mundo a compartir mi vivencia con los demás? (¡Eureka!) ¿Es realmente imposible hacer entender a este mundo que es en sí un misterio? Con gran dolor –y la más profunda desesperación–, he de contestar con un sí rotundo. Y no hablo por hablar, sino tras una larga experiencia.

Ya he mencionado mi falta de lenguaje. Hablo la misma lengua que la gente de mi entorno. Empleamos las mismas palabras. Y aunque sé componer las frases de manera diferente a la suya, entienden muy bien lo que digo. No se trata de eso, lo que pasa es que no entienden lo que quiero decir. No entienden el conocimiento que se esconde detrás de las palabras que empleo. No entienden el alcance de lo que menciono. Tienen un pequeño pliegue en la cabeza que les impide reconocer que la vida es un enigma. (He pensado en la posibilidad de que se trate de una falta de conexión entre el hemisferio izquierdo y el hemisferio derecho del cerebro. Tal vez yo esté en posesión de un órgano sumamente raro, una anomalía. Bueno, la dirección lo mostrará. Pero eso tendrá que esperar...)

8.

No es mi intención poner en evidencia a mis semejantes. No tengo ningún deseo de traicionarlos. Ahora bien, me he pasado la mitad de la vida intentando ganar comprensión y conocimiento, y aunque mi único propósito ha sido el de ayudar a las personas de mi entorno a que se den cuenta de que existen, se me considera un histérico. (Y claro, comparado con un gusano, incluso una tortuga es histérica...)

Un sinfín de veces me he acercado en mi soledad a algún semejante para contarle que nos encontramos en un planeta en el universo.

Existe un mundo, he dicho.

¡Vivimos!

¡El mundo está aquí ahora!

Señalo algo que según mi vara de medir es impactante, pero mi interlocutor no hace sino mover la cabeza y seguir corriendo. En lugar de reconocer que el mundo es fantástico, me toma por un fantasioso. Así me echa a mí la culpa. Puesto que él necesita un mundo racional, me convierte a mí en un demente. Para no volverse loco él, se imagina que el loco soy yo. (En la antigüedad cortaban la cabeza al mensajero que traía noticias indeseables.)

¿Es de extrañar que me desespere ver cómo mis semejantes vagan por el mundo tan impasibles como un rebaño de vacas pastando? Simplemente están, se colocan en el paisaje. No hay nada que les asombre. Conmigo es diferente. Yo me mareo de estar aquí. Al contrario que los demás, no me pierdo en lo que ocurre a diario en mi entorno, es decir, en los detalles, las arbitrariedades. (No sigo las cotizaciones de bolsa. ¡No estoy al día!)

Ya no recuerdo cómo era tener un «interés». ¡Bah! El «interesarse» por algo es como aquello de no ver el bosque por tanto árbol. Uno ni siquiera ve los árboles, sino que mira fijamente el musgo y el brezo hasta que se le salen los ojos o se le cae la cabeza.

Lo único realmente interesante de este mundo es que exista. Por lo demás, por mí

puede ser como quiera. Puede haber fantasmas, unicornios y elefantes de color rosa en las calles sin que yo lo comente.

Al existir el mundo, los límites de lo improbable ya se han transgredido.

No me extrañaría que de repente un día un ángel bajara del cielo y me llevara a otra existencia. No necesito cosas así para sentirme asombrado. Ya lo estoy. Mi asombro alcanzó hace tiempo su punto de saturación, y sin estímulos extraordinarios. A mí el mundo me resulta extraordinario aquí y ahora. En la cuneta, por así decirlo. En el banco de la cocina.

No me quedaría petrificado aunque me topara con un marciano en el jardín. ¿Por qué iba a hacerlo? *Yo mismo soy un marciano.* Me he tropezado conmigo mismo, me he encontrado en el cosmos. (En ese sentido tengo, claro está, mis ventajas. Puede ser una ventaja estar vacunado contra toda clase de sustos. He mirado al Gran Troll a los ojos. No me dejo asustar por un renacuajo. No me subo a una silla gritando cada vez que veo un ratón.)

9.

De repente, estás en el mundo mirando a tu alrededor. Para mí, constituye una vivencia sobrenatural.

¿No es la naturaleza sobrenatural en sí? O al revés, claro. También lo «sobrenatural» es naturaleza. En general, ¿cómo se puede hacer tal división? ¿Y por qué? Lo que existe no está dividido en zonas. El mundo no está organizado en grados de veracidad. Existe sólo una realidad, la cual, a su vez, es completamente inexplicable. Una pata de mesa que late no es más asombrosa que un corazón que late. Por lo demás, no tengo ninguna fe en brujerías y artes de magia. O la «parapsicología», como se llama en un lenguaje más civilizado. No necesito buscar esos fenómenos –en tiendas de gitanos o trasteros académicos– para comprobar que existo.

Hablábamos del mundo. Un planeta en el espacio. Con elefantes y rinocerontes. Vacas, cocodrilos y cucarachas. Almíbar y abadejo... Trenzas y coletas, tetas y muslos, suegra y lumbago... Todo esto como consecuencia de unas reacciones químicas hace unos miles de millones de años.

Ésta es mi pequeña perspectiva. No hablo de Lo Grande. No me refiero aquí a la Materia Universal, ni al «estallido» que al parecer puso todo en marcha.

No me interesa la astronomía. O la cosmología, que es como se llama de un modo aún más bombástico. ¿Por qué tanta *gigantomanía*? Basta con tener una piedra en la mano. El universo habría sido igual de inconcebible aunque sólo hubiera constado de esa única piedra del tamaño de una naranja. La pregunta habría surgido de todos modos: ¿de dónde viene esta piedra? (Los milagros no se miden en kilos. No tiene menos mérito crear un gramo que una megatonelada.)

He dicho que *vemos*. ¿No es en sí una vivencia absurda ver un conejo blanco con ojos rojos y un hocico vibrante? ¿O un elefante indio con trompa? (¿Por qué tiene que ser de color rosa para llamar la atención? ¿Por qué tiene que tener dos cabezas para merecer una crónica en el periódico?)

¿Qué *es* esa materia viva que nos rodea por todas partes y que constituye una parte viva de sí misma? El ver a su propia madre puede ser un susto para alguien que tiende a asustarse, por no hablar de *ser* visto.

Si te pones a reflexionar sobre lo de ser visto por un elefante, un león marino o un sapo, puede sorprenderte la demencia (*insania bestialis*) antes de que tengas tiempo de reaccionar. ¿No se acerca a lo obsceno? ¡Contacto visual íntimo con una vaca!

¡Un elefante! ¿Qué es eso? ¿Qué es ese fondo inconcebible que te mira muy adentro?

Pues sí... No hace falta cruzar el arroyo para coger agua. Es igual de fácil mirarse a los ojos a sí mismo en un pequeño espejo de bolsillo. En ese caso, lo que ve es idéntico a lo visto. Un abismo se mira dentro de sí mismo. (Bueno, pero uno no se vuelve más sabio por ello...)

10.

¿Qué es lo que impide al mundo darme la razón en que es una locura estar aquí? ¿Qué tiene el mundo que yo no tenga? ¿Qué tengo yo que para el mundo escasea? Nadie ve el mundo como lo veo yo.

Seré justo. Me queda un consuelo, pues reconozco algo de mi propio asombro en los niños. Aparte del vino y los somníferos, es lo único con lo que puedo contar. Al menos los niños muestran algún atisbo de extrañeza de encontrarse aquí. (Faltaría más. Salen disparados de entre las piernas de una mujer, bajan gateando de la mesa donde se les cambian los pañales, se yerguen sobre dos patas y se adentran corriendo en la naturaleza. Todo esto en el transcurso de unos meses.)

Para los niños –que son nuevos en el mundo– la realidad es fantástica. Pero luego ocurre algo terrible en el transcurso del breve tiempo en que el niño se cría, algo que los psicólogos deberían estudiar más a fondo. Pronto se comportan como si hubiesen estado aquí siempre, pierden la capacidad de asombro. Pierden la capacidad de tomar el mundo en serio.

Los adultos se han acostumbrado a los fenómenos. No recuerdan ya que en un tiempo fueron niños. Se han emborrachado de realidad. Andan a trompicones, ciegos e indiferentes por la tierra, sin conciencia de sí mismos. Están de vuelta de tanta vida, completamente embriagados por todo lo que les cuentan los sentidos. No entienden que la realidad es un cuento de hadas, aunque lo intuyeran mucho antes de ser capaces de pensarlo.

Yo soy un niño deforme. Soy tan susceptible como esos recién llegados a la realidad, de 60 o 70 cm de altura. No me hago nunca adulto).

Nunca descanso. Siempre estaré muy despierto. Y aunque mis semejantes también a su manera estén despiertos, aunque coman, beban y vayan a trabajar, están dormidos.

Vivos y coleando corretean por un mundo, gatean por un globo en el universo, como figuras de carne y hueso del cuento. Pero no están despiertos. Duermen el sueño de la bella durmiente de la vida burguesa.

11.

No tengo más que decir. Con esto creo haber expresado mis puntos de vista. (En realidad, sólo tengo uno, de la misma manera que sólo hay una realidad.)

He dicho lo mismo de veintiuna maneras diferentes, con la esperanza de que una de ellas, una frase o una palabra, pudiera llegar al receptor. (¡Pero no reaccionáis! Ni siquiera pestañeáis. Sentados sobre vuestros traseros chupando caramelitos y haciendo ruido con el papel de la chocolatina, estáis tan cómodos... ¡Lo único que os importa es tener algo que llevaros a la boca!)

Je, je, je... De nada sirve pellizcar a un transeúnte y decirle que la vida es un enigma. No lo va a entender, no puede entenderlo. La naturaleza lo ha protegido contra esas cosas. De nada sirve gritar hasta quedarse ronco que la vida es breve. Con eso no se cambia nada. Tampoco provoca ninguna reacción. Daría lo mismo que pellizcar el tocino a un cerdo diciéndole que pronto llegará la matanza. Tal vez levantara la cabeza y mirara con un par de ojos tontos y anodinos.

Uno es un cuento de hadas. Pero no lo es para uno mismo. Lo es para Dios, si existe un Dios. Y lo es para algún que otro marginado, para algún que otro comodín de la baraja.

Tiene que haber en mis semejantes un mecanismo innato que les prohíba pensar que la vida es un misterio. Han nacido con un dispositivo de bloqueo en la cabeza que les impide pensar más que de la mano a la boca. Se concentran tanto en cómo es el mundo –o cómo va a ser, o cómo debe ser– que no piensan en absoluto en el hecho de que el mundo es. Se despiertan en medio de un mundo fantástico, pero poco a poco lo viven como algo racional y sensato, aunque sólo son huéspedes aquí por un breve rato. Tienen que estar casi muertos antes de descubrirse a sí mismos.

El pequeñoburgués no tiene imaginación para imaginarse el mundo distinto de lo que es. Acepta las premisas de la existencia, se resigna sin más a vivir su vida de pequeñoburgués durante unos 60 o 70 años, para luego desaparecer. Quejarse del estado de las cosas resulta histérico. Llamar a la vida un misterio también es histérico. Porque todo sigue las leyes de la naturaleza.

¿Habéis oído? ¡La realidad es una continua «ley natural»! ¿No es maravilloso?

En general, todo está en orden. Las plantas de interior están en el alféizar, los niños acostados, y la tierra dando vueltas en su órbita alrededor del sol.

¡Como si las «leyes naturales» no fueran misteriosas!

Para el pequeñoburgués, no. Para él, las leyes naturales no son más que una prolongación racional de las leyes de la familia y la sociedad, de la misma manera que la policía patrulla las calles y la ciencia mantiene la ley y el orden de la razón. Y si de todos modos hubiera algo que no encajara, la última instancia de apelación es la sabiondez de la clerecía.

Lo único que el pequeñoburgués desea es una vida cómoda. Pasa por la vida comiendo y bebiendo, es como una tubería por la que corre la vida, hasta que un día se tumba de espaldas y muere, harto ya de vivir.

12.

Aunque yo nunca acepto el estado de las cosas, aunque cada hora del día es como la primera y la última –es decir, la única–, he hecho balance, por así decirlo.

El mundo es un demente. O es así, o el mundo está en orden, y el demente soy yo. Pero ¿qué es peor? Si el mundo es el demente, yo soy el único normal. ¿Hay algo mejor que el hecho de que el mundo sea normal y yo el único demente?

También existe una tercera posibilidad. Y ésta es la que más aborrezco. Vivo con tanta intensidad el mundo que me rodea que constantemente tengo que taparme los ojos para no cegarme. Pero nada de todo lo que veo a mi alrededor me parece que sea testigo de sí mismo. Tal vez sea yo lo único en este mundo que es testigo de sí mismo. ¿Qué significa eso? Podría significar que yo soy lo único que es, y que todo lo demás sólo es algo imaginado por mí. Pero no se puede pedir a las imágenes soñadas que se vivan a sí mismas. ¿O sí se puede? No lo sé. No me gusta la idea de estar solo en el cosmos. Para eso es mejor ser un demente.

Si el mundo es real, si realmente estoy despierto y no sueño la realidad, todavía me queda una posibilidad de retirada. Aún podré cerrar los ojos ante lo imposible y ser como los demás. Seguramente podrá arreglármelo un psiquiatra o un cirujano, o tal vez lo consiga con largas sesiones de footing, duchas frías y trabajo duro. Estoy seguro de que sería factible hacerme confesar que soy yo y no el mundo el que está hiperexcitado. Al menos sería posible repararme para que pudiera ocupar un lugar en las filas y mezclarme con los demás. Pero no me resulta nada tentador. Prefiero seguir siendo el único que conoce lo raro, el único que conoce el secreto.

Cuando yo muera, el mundo se librará de un loco. O eso, o perderá al único normal. Para entonces, ya no importará si era el mundo o yo el que estaba loco. En cualquier caso, el mundo tendrá la última palabra.

Se dice que el director del periódico –que sólo sobrevivió al crítico unas cuantas semanas– tuvo que arriesgar toda su autoridad para lograr que el largo artículo fuera publicado en su totalidad.

Por cierto, fue el mismo director el que lo encontró entre las notas dejadas por su colega. Si no fue –como luego se diría por ahí– el propio director quien lo escribió. En ese caso –se decía–, fue en honor a un viejo amigo.

Por causas completamente ajenas, el director fue enterrado en el mismo cementerio que el crítico de arte, antes de que la tumba de su colega se hubiese cubierto de verde, y sólo a unos metros de distancia.

No se sabe si charlan en voz baja desde sus últimos lugares de descanso. De todos modos, son temas que quedan fuera de nuestra competencia.

Pero el viento, el viento susurra en la hierba sobre los restos terrenales de nuestros héroes. Y el mundo sigue como antes.

En mi opinión, ha vuelto a estar en su lugar.

Ejercicio

Convierte los días en pequeñas cosas con las que puedas jugar con las manos. Por ejemplo, puedes convertirlos en canicas amarillas, verdes, rojas y azules. Es posible mantener una semana bajo control. El lunes es azul, el martes verde, el miércoles violeta... Si intentas reunir un mes entero, perderás fácilmente el control. ¿Qué pasó con el decimoctavo? ¿El vigésimo sexto era azul o rojo? Un año es suficiente para cubrir el suelo entero de la cocina. El 8 de enero debajo del frigorífico, el 26 de mayo debajo del radiador, el 24 de octubre en algún lugar debajo de la cocinilla eléctrica.

No puedes moverte por la habitación sin poner en movimiento las canicas. Un día choca contra otro, como moléculas de pensamientos en la memoria. 365 canicas están ya rodando por la habitación. El 3 de noviembre rueda lentamente por el suelo de la cocina en dirección a la mesa, y choca contra Nochebuena, que a su vez rueda en dirección al domingo de Pentecostés.

Tienes un piso de dos habitaciones y cuarto de estar y multiplicas las 365 canicas por 70 u 80. El 17 de abril de 1983 atraviesa de repente el umbral y se mete rodando en el cuarto de estar, donde se choca contra el 18 de octubre de 1954, el 27 de junio de 1996 y el 24 de marzo de 2012, antes de acomodarse junto al 5 de diciembre de 1980 debajo del televisor.

Nadas en la abundancia. Te sientes rico. Entonces llaman a la puerta. Andas con cuidado, apartas unos cientos de canicas para llegar hasta la puerta, abres y ves a una joven. A falta de rosas rojas le entregas inmediatamente un puñado de canicas. Pero la mujer desea jugar con ellas, y antes de darte cuenta has perdido mil canicas.

Vuelven a llamar a la puerta y entra un niño. Le das unos miles de canicas. Al día siguiente vuelve, esta vez con su hermana, que exige el mismo trato que el hermano. Entonces te das cuenta de que tus existencias empiezan a mermar. Hay menos en el suelo. Las canicas ya no se amontonan en los rincones como en los buenos tiempos.

Aparece un hombre en la puerta, te presenta un papel en el que dice que le debes

4.500 canicas. A toda prisa te tiras al suelo y reúnes la cantidad en cuestión. Así liquidas la deuda al instante. Quieres saber lo que es tuyo, quieres saber a qué atenerte. Pero para entonces ya sólo quedan unas cuantas canicas. Ahora tienes que buscar, tienes que correr de habitación en habitación para encontrar una.

Cierras la puerta y te escondes. Lo que te queda lo quieres todo para ti.

El hombre que no quería morir

Un loco se lanza contra una cristalería de la ciudad, destrozando cristal y porcelana por todo el gran local. Intentan detenerle, pero su rabia es demasiado grande. Antes de que la policía logre reducirlo, causa destrozos por un valor de cientos de miles de coronas. La policía se lo lleva y la tienda queda como un campo de batalla.

Todo empezó esa misma mañana. El hombre furioso fue llamado por el médico de la empresa, quien le dijo que tenía cáncer.

–Y desgraciadamente –añadió el médico–, con metástasis en el sistema linfático...

En otras palabras: un diagnóstico inequívoco. Lo que complicó el asunto fue que el hombre –de 30 años– no quería morir. No estaba preparado, como se suele decir.

Se negó a entregarse a los cuidados de la muerte. Le gustaba vivir y era incapaz de pensar en una sola razón para morir. Se resistía con todas sus fuerzas.

El médico, un verdadero humanista, entendió inmediatamente la angustia del paciente. Pero no le causó ninguna impresión. Tenía demasiada experiencia en la profesión. Había tenido antes casos parecidos. Aquel paciente no era el primer ser humano de la historia que iba a morir. Y no sería el último.

Con esas y semejantes sabias palabras en la mente, había enviado al hombre a la calle tras las imposiciones de manos y deseos de buena suerte típicos de esas ocasiones.

–Ya verá cómo todo irá bien –dijo el médico al despedirse. El paciente se preguntó qué habría querido decir con eso.

¿Se refería al propio proceso de la muerte? ¿O era religioso y pensaba cómo le iría en el más allá?

Johnny Pedersen sale tambaleándose a la calle. No logra distinguir los sonidos de la ciudad. Todo es un solo ruido continuo, un golpe de trompeta contra los tímpanos.

¡Buenos días, Johnny! Tienes cáncer. Te han echado a la calle con la perspectiva de unos meses de vida en el mejor de los casos. ¡Felicidades!

Johnny tenía una desarrollada capacidad para sacar conclusiones. Solía llevar los

razonamientos hasta el final, capacidad no compartida por todos los pacientes con enfermedades mortales. Una cosa es estar enfermo; algo muy diferente aceptar que uno va a morir.

Dentro de medio año, pensó el desgraciado, dentro de unos cien días, ya no existiré. La ciudad en la que vivo seguirá existiendo. La gente seguirá viviendo en ella como antes. Mi casa seguirá tan estable como hoy. Los zapatos que llevo se venderán por una o dos coronas en un merca-dillo con fines benéficos. Y la mujer con la que comparto mesa y cama se maquillará frente al espejo. Pero yo, yo habré desaparecido.

No sólo iba a despedirse del mundo. También iba a despedirse de sí mismo.

¡Adiós, Johnny Pedersen, gracias por todo! ¡Gracias por ser tú, Johnny Pedersen! Ahora me retiro, ¿sabes? Y tú..., tú entrarás en la historia.

Johnny Pedersen medía 185 centímetros sin zapatos y era un hombre fornido. Varias veces en su juventud había zanjado desacuerdos con los puños. Y algunas veces con borracheras, más tarde en la vida. No le gustaba sentirse acorralado.

Johnny camina por la ciudad hirviendo de rabia por lo que el médico acaba de decirle. Da un puñetazo a una farola. Pero Johnny grita de dolor y la farola sigue en pie, igual de firme que antes.

Luego da un puñetazo al capó de un lujoso coche y le hace una abolladura. Pero antes de que nadie tenga tiempo de reaccionar, Johnny se mete en la cristalería, donde podrá desahogarse de su angustia.

Johnny tiene miedo, pero no está paralizado. Propaga su desesperación por metros y metros de estantes. Llega a la sección de porcelana. Y la porcelana entiende más de lo que entendió el médico. La porcelana entiende que Johnny va en serio con su protesta. Uno tras otro, los valiosos jarrones se identifican con la angustia de Johnny. En poco tiempo ha firmado todo el local comercial con sus puños.

En el coche de la policía, Johnny recupera la serenidad. Ha hecho un trabajo necesario, y lo ha hecho escrupulosamente. Se ha desahogado, ha reaccionado a las noticias de la mañana.

Johnny ha dejado su estampa. No es de los que pretenden salir de puntillas de la historia, sin llamar la atención del mundo sobre su salida.

No moriría sin dejar su huella. Eso ya estaba hecho.

El policía ha esposado sus fuertes puños. Y el hombre que va a su lado parece enfadado, como si fuera su propio salón el que acaban de destrozar. Pero no podrán meterme en la cárcel, pensó Johnny.

Acaba de hacer algo que preferiblemente no debe hacerse, de acuerdo. Pero ¿por qué? Lo que había hecho era más que comprensible. Era necesario.

No, Johnny no iría a la cárcel. Johnny iba a morir. Johnny estaba condenado a muerte antes de haber cometido algún delito. Luego había puesto de su parte con el fin de crear una especie de equilibrio entre el crimen y el castigo.

Durante el interrogatorio en la comisaría, Johnny explicó lo que había hecho. Había destrozado cristal y porcelana por valor de medio millón de coronas. Sí, lo reconoce. Pero se niega a decir por qué. No va a revelárselo a cualquier policía. Johnny piensa a largo plazo. Johnny tiene un plan.

–Los jarrones de porcelana –dijo Johnny Pedersen– estaban colocados en los estantes de la tienda. Miles de personas han pasado por delante de ellos sin dejar caer ninguno. Tal vez tiren algún jarrón de tarde en tarde. Una anciana, un enfermo de Parkinson o un niño travieso. Pero en esos casos es sin querer. ¿Le parece muy raro que un buen día, digamos al cabo de cincuenta años, llegue una persona, quiero decir una de miles, que tome cartas en el asunto y se lance con toda la intención del mundo sobre los jarrones de porcelana? A mí me provocan los jarrones de porcelana, señor inspector de policía. Son tan asquerosamente decorosos... Pero el mundo..., el mundo, no es decoroso. El mundo es brutal...

Johnny Pedersen es acusado de vandalismo grave. Le ofrecen un abogado defensor, pero él exige encargarse de su propia defensa.

–Es un caso sencillo –señaló Johnny–. No tenía elección.

–Pero de todos modos necesitará un abogado...

–Estoy solo en esto. Completamente solo. Como en la desierta cumbre de una montaña entre el cielo y la tierra. Soy yo contra el mundo. Sólo tengo un deseo. Me gustaría que el juicio se celebrara antes de Navidad. Pues en Navidades probablemente estaré ocupado en otros menesteres...

Johnny se comportaba con una fría arrogancia que, teniendo en cuenta la aparente ausencia de motivo, asustaba a los que lo rodeaban. Pues ese hombre era un bruto y un villano, no un objeto de conciencia.

Por otra parte, no estaba borracho.

¿Qué era lo que le había sacado de sus casillas? No se entra como un salvaje en una cristalería a destrozarse porcelana por valor de un millón de coronas sin motivo alguno.

En los círculos policiales se espera la celebración del juicio con cierta expectación.

Llega el día. Es el día de Johnny. Acude puntualmente y sin abogado defensor.

Johnny Pedersen facilita su nombre, fecha de nacimiento y domicilio. Se lee la acusación y Johnny confirma los hechos. Lo hace no sin cierto orgullo. Ha hecho algo, se ha hecho notar. No se irá al otro mundo con la cabeza gacha. Pero no admite su culpabilidad.

El fiscal interroga al acusado:

–Usted entró en la tienda. ¿Y luego..., luego se puso a destrozarse los valiosos jarrones de porcelana?

–Así es, señor fiscal. Y me parece que debo admitir que lo hice con cierta meticulosidad.

–¿Se da cuenta de que los daños ocasionados ascienden a 850.000 coronas?

–Sí, me lo han dicho. De modo que ya lo ve usted...

–¿Cómo dice?

–Que puede usted comprobar lo meticoloso que fui, y lo rápido.
–Está usted mostrando desprecio por el tribunal..
–Por los jarrones de porcelana, señor fiscal.
–Pero ¿por qué? No tiene usted antecedentes. Tiene un buen puesto de trabajo. Ha sido usted... un pilar de la sociedad..
–Lo siento. Ese pilar está podrido.
–¿Puede usted explicar al tribunal *por qué* lo hizo?
–Lo intentaré –respondió Johnny, mirando al juez fijamente a los ojos–. Una hora antes de lo de los jarrones de porcelana... me habían dicho que voy a morir pronto. Me quedan unas semanas de vida. ¿Ve esta cajita de pastillas? Es morfina..
–Pero..
–Estaba furioso. Algo o alguien tenía que pagar porque yo fuera a morir. La vida de esta ciudad no podía seguir exactamente igual que antes..
–Bueno, reconozco que lo que nos cuenta arroja una nueva luz sobre el caso. Dígame, ¿quiere que interrumamos esta vista?
–De ninguna manera.
–Me consta que, a la vista de lo expuesto, parece usted enormemente equilibrado.
–Así es. Después de romper cientos de fuentes de cristal, uno se vuelve equilibrado. Ya no parece tan absurdo morir. La contabilidad cuadra mejor. Puedo asegurar al fiscal que ni un solo jarrón de porcelana fue destrozado en vano.
–Tiene usted que admitir que es absurdo destrozarse cristal y porcelana por valor de 850.000 coronas.
–El destrozarse porcelana puede estar repleto de sentido, señor fiscal.
–No puedo aceptarlo. Todos..., todos vamos a morir. Y no podemos ir por el mundo destrozando jarrones de porcelana.
–¡De acuerdo! La mayor parte de la gente se va al otro mundo tan disciplinadamente como sigue las normas de tráfico. Pero no es posible que yo sea el único. Seguro que muchos otros han tenido la misma idea que yo.
–Tanto más importante habrá de ser que la sociedad ponga fin a las gamberradas de esa clase. De cualquier forma, existe una innegable responsabilidad civil..
–En lo que se refiere a ese tema, soy, como puede comprender, completamente insolvente. Estoy en bancarrota, señor fiscal. Sólo me quedan unos días de vida. Antes de que usted y su familia adornen el árbol de Navidad, yo habré desaparecido para nunca volver.
–¿Y quiere usted destrozarse todo lo que pueda antes de desaparecer?
–Suspender un examen, señor fiscal, perder el trabajo, o ser abandonado por la mujer amada..
Por primera vez hubo una breve pausa en la declaración del acusado.
–...puede llevar a una persona al borde de la desesperación. Hay quienes cometen asesinatos –o también suicidios– por esas cosas. Pero igual de precaria puede ser la situación si estás a punto de morir... No sólo pierdes una convocatoria de examen. No sólo pierdes un amigo. Te pierdes a ti mismo. Para mí fue como una explosión.

—¿Y usted opina que esas... «explosiones»... son algo con lo que tiene que contar la sociedad?

—Eso depende de la sociedad. Yo, por mi parte, estoy a punto de *salir* de ella. De salir de la realidad, señor fiscal. De salirme de todo. ¿Entiende lo que quiero decir? Esta... esta batalla de la porcelana no fue más que un anticipo de la irrealidad.

—¿Qué dice usted?

—Bueno, bueno. Que tanto la cristalería como el aparato judicial se den por avisados. Llámelo un escarmiento. Porque entiendo que ocurrencias de ese tipo tienen tendencia a propagarse. Pueden dar lugar a una avalancha. Pues no soy..., como usted ha señalado..., el único que va a morir. Pero soy el primero en tomar cartas en el asunto. Tal vez haya iniciado el terrorismo de la porcelana de las generaciones venideras.

—¿Terrorismo de la porcelana?

—Dentro de cien años, a lo mejor no queda ya ni un solo jarrón que destrozar. Estarán todos aniquilados en protesta contra la muerte. La era de la porcelana ya pasó...

Han transcurrido unos años desde que Johnny Pedersen dio tumbos por la ciudad como un trozo de angustia con disfraz humano, desde que tensó sus músculos dentro de la cristalería y luego fue acusado de vandalismo grave.

Johnny fue condenado a dos meses de prisión incondicional. No porque hubiera peligro de que el acusado cometiera nuevos actos delictivos, no porque el tribunal no tuviera compasión con el acusado y no por falta de comprensión por su rabia, sino por el peligro de que el ejemplo fuera seguido por otros.

Cuatro semanas después del juicio, Johnny falleció en uno de los hospitales de la ciudad. Unos días más tarde fue incinerado en el crematorio.

Paseo a menudo por el cementerio donde está enterrada la urna de Johnny, bajo una capa de hierba y tréboles de flores blancas.

Es un lugar muy tranquilo. Tal vez demasiado tranquilo para mi gusto. En una urna bajo la hierba reposan los restos terrenales de Johnny. Todo lo que queda de los tensos músculos del gigante es polvo negro.

Hasta ahora he pensado en ese polvo como naturaleza. Al final, Johnny se ha unido a la naturaleza universal.

Siempre he tenido una concepción panteísta de la realidad. Cuando morimos, volvemos al elemento del que salimos. Es como si volviéramos a casa. Morir es ir al descanso.

Cuando pienso en lo que Johnny Pedersen tuvo que sentir en el momento de entrar en la cristalería, me doy cuenta de que debió de ser un intento de adornar la naturaleza. La naturaleza no está en armonía divina. La naturaleza está peleada consigo misma.

El mundo está suelto

Ahora el mundo está aquí. Nunca antes y nunca después es nosotros. Nosotros somos los primeros y los últimos.

El Gran Cuerpo se ha desprendido. Ahora –durante unos segundos– la paloma se posa sobre nuestros hombros.

Luego el enigma desaparece entre nosotros, y el coloso va dando tumbos de casualidad en casualidad.

Mas vamos a usar el mundo mientras esté aquí. Vamos a exprimir los minutos de las horas. ¡Vamos a dar la vuelta a los días con el fin de entrar en su interior!

¡Porque somos reales ahora!

¡Somos reales ahora!

¡Somos reales ahora!

Falsa alarma

Eran las cinco y trece minutos. Y ella descubrió que no sentía ni pizca de miedo.

Las sirenas de la defensa antiaérea eran auténticas, no cabía duda. Las oía sonar en varias partes a la vez. Pero eran las cinco y trece minutos. Y ella había leído los periódicos del día. Tampoco podía tratarse de un simulacro.

Tenía que ser una falsa alarma. Un fallo técnico. Un accidente fortuito.

Y sin embargo... Dejó el paño de cocina en la encimera y se acercó a la ventana. Nada anormal en la calle. Los coches de la tarde araban el asfalto mojado camino de sus casas. Unos chicos jugaban al fútbol junto a los tenderos. La señora Henriksen iba contoneándose hacia el portal con sus pesadas bolsas de la compra. Allí estaban también Kristin y Jon. Pronto entrarían en casa, llenos de arena y barro.

Pero ese asqueroso sonido no cesaba. Los breves pitidos le llegaban hasta la médula. ¿Y la gente que bajaba del autobús no tenía el semblante preocupado? ¿No eran presa del pánico? Oyó a los niños subir la escalera.

Segundos. Todas las cosas importantes ocurren en el transcurso de unos segundos.

Suena el timbre de la puerta. Ella abre al instante, y los niños entran a toda prisa.

–Mamá, ¿qué es ese pitido?

Entonces oye los silbidos en el aire. Vuelve corriendo a la ventana. Y a lo lejos, ve elevarse hacia el cielo una seta venenosa.

–¡Ha estallado la guerra! –grita.

Coge a los niños, cada uno de una mano, y sale disparada al descansillo.

Bajan las escaleras y entran en el refugio del sótano. Transcurren uno o dos minutos. Y todos los vecinos de su portal están reunidos. ¿Y Jens?, piensa. ¿Estará en el coche de camino? ¿O seguirá en la oficina?

Uno de los vecinos ha bajado una radio: «...Y repetimos. Ha estallado una guerra atómica entre la OTAN y los países del Pacto de Varsovia. Todo el mundo debe acudir a los refugios inmediatamente. La colina de Kolsås acaba de ser alcanzada por un cohete atómico. Miles de nuestros compatriotas han muerto en el acto. Médicos, enfermeras y alistados a la defensa civil han de escuchar la radio. En unos minutos, el primer ministro hará público un comunicado...».

Ella abraza a los niños y llora.

¡Eso! Eran esos segundos lo que se había temido. Y lo había soñado muchísimas veces. Se había despertado gritando por las noches.

Esta vez no era ningún sueño. Esta vez no era una pesadilla. Ahora había llegado.

¿Qué significaba ahora su vida? Ahora era su vida lo que era un sueño, y lo que estaba pasando era lo real. Estaba situada dentro de esa vida, dentro de su época. Ahora se escuchaban llantos a su alrededor. Había mujeres y niños tumbados en el suelo de cemento llorando. Hombres también. El portero estaba sentado en un rincón sollozando.

Segundos.

Se oye un tremendo estallido. La habitación se llena de una luz azulada, seguida de un calor tropical. Es como si los ojos estuvieran a punto de derretirse. ¿Quién está ahora en las calles?

Entonces reza a Dios. Por primera vez en al menos quince años.

—¡Señor! —reza—, ¡haz que esto sea un sueño! No he obrado como debía. Convierte esto en un sueño, Dios mío. Sólo tú puedes lograrlo. ¡Dame la oportunidad de parar esto!

Entonces se despierta. Dios la ha *escuchado*. *Tendrá* una nueva oportunidad.

Esta vez no ha gritado. La otra mitad de la cama está vacía. Pero al instante entra Jens y le acaricia el pelo.

—¿Estás despierta, cariño? Me voy ya. Volveré sobre las cinco y media, como siempre.

El reloj digital

También yo me he comprado un reloj digital. Con horas, minutos, segundos y décimas. Con fecha, mes y día de la semana. Despertador, reloj de parquímetro y cronómetro (dos melodías, «Para Elisa» o «Love Story»). Tiempo alternativo, reloj de 12 o 24 horas. Y luz. En total, 12 funciones.

Por todo eso he pagado 98 coronas. Una ganga, claro, un regalo. Y sin embargo, he empezado a tener dudas. Me siento engañado.

Mi vida ya no es lo que era. ¡La mera palabra «digital» es fría como el acero!

Todo era diferente cuando los relojes no paraban de dar vueltas, sin principio ni fin. La vida era como un eterno carrusel. Luego llegó el recuadro de la fecha, después el del día de la semana... Pero todavía reinaba una armonía cíclica, y sólo tenía que dar cuerda al reloj cada dos días.

Ahora llevo lo que me queda de vida en la muñeca. Todos los segundos y décimas de segundo están programados. Incluso los días bisiestos están controlados en el reloj digital. (Está programado hasta el año 2050, en que yo tendré 98 años.)

Con el reloj digital en la muñeca, me quedo con demasiada frecuencia sentado mirando fijamente el tiempo, mirando ese segundo que inexorablemente se va metiendo en el siguiente.

Me imagino un puntito rotativo que no deja ninguna línea. Me imagino un pájaro que bate sin cesar las alas en su vuelo por el cielo, sin dejar ninguna huella. Me recuerda a la paradoja eleática: una línea es una abstracción. En realidad, es la suma de un número infinito de puntos. Así ocurre también con el tiempo. Así ocurre con todo, pienso. No existe ninguna raya que dure.

Soy testigo de un proceso implacable. Nunca será la misma hora que ayer. Nunca más serán las 22:15:36 del sábado 8 de febrero de 1985. (En Tokio, 06:15:36 del domingo 9 de febrero de 1985.)

El ciclo se ha roto. Se acabaron los tiempos de las repeticiones.

Estoy mirando mi muñeca. Es como un hormiguero. El propio hormiguero está tranquilo; por lo demás, hay un intenso hormiguelo. Puede que las horas y los minutos en sí sean más que sólidos. Pero los segundos y las décimas me hacen pensar en átomos y moléculas.

¿Cuántos segundos me quedan de vida? ¿Y cuántas décimas?

Antes también tenía reloj. Pero éste me roba tiempo. Abiertamente, delante de mis ojos. Y sin que nadie proteste.

El reloj digital es un constante recuerdo de que todas las formas flotan. Una cadena montañosa es el chorro de una cascada. Una galaxia es una flameante lengua de llamas. El alma universal es inconstante como una espiral de humo. No es más que una cuestión de precisión del instrumento.

No me acostumbro a ti, acompañante de mi muñeca. Tu verdad es brutal. Vomitas tus segundos como si de una ametralladora se tratara. Y tienes un gran arsenal. La frívola nada.

Tus cifras son las cifras de muertos. Los latidos de tu corazón son fríos como la guadaña.

Cuando el autor llegó de visita

En la pequeña ciudad de Dort vivieron una vez unos personajes de novela. Todos tenían su pequeño papel en una narración concebida a lo grande, en la que decían y hacían lo que tenían que decir y hacer de página en página, sin reflexionar sobre el hecho de que fueran personajes de una novela.

A mitad de la narración se encontraban reunidos en una fiesta de San Juan. Estaban sentados formando un círculo alrededor de una gran hoguera junto al mar, acababa de ponerse el sol y pequeñas olas bañaban la playa.

Los personajes brindaban, cantaban y se divertían, exactamente como el autor se los imaginaba.

Los escritores no siempre dominan el mundo creado por ellos. Poco a poco, un mundo así puede empezar a actuar por su cuenta. En este caso, uno de los personajes tomó de repente la palabra justo después de ponerse el sol. Y lo que dijo resultó tan chocante tanto al autor como a los demás personajes que tendría una importancia decisiva para el resto de la novela.

Desde la página 133, los personajes están reunidos en torno a la hoguera. El sol se pone al principio de la 135. Y la fiesta alcanza su punto culminante a finales de esa misma página.

Justo cuando pasamos de la 135 a la 136, uno de los personajes se levanta y empieza a pasearse fanfarroneando alrededor de la chispeante hoguera.

Su cara denota nerviosismo, y a la luz del fuego adquiere un aspecto bastante siniestro. Las ruidosas conversaciones se acallan y toda la atención se centra en él. Pero el personaje no pronuncia palabra alguna, sino que continúa dando vueltas alrededor de la hoguera, indiferente del todo, según parece, a los muchos ojos que lo observan.

Al cabo de unos minutos, cuando en el lugar reina ya un silencio incómodo, el personaje se detiene de repente, toma impulso y habla con una dignidad casi profética, como reflexionando antes de cada palabra:

—¿Sabéis? Tengo una sensación de la que no soy capaz de librarme. Me siento como si

fuera el personaje de una novela. Es algo que noto en el cuerpo. Lo noto..., lo noto como un reflejo en todos mis actos...

Los demás levantan la cabeza y lo miran con una mezcla de seriedad y asombro. Hay algo en la sorprendente conducta de su compañero que los deja paralizados.

El personaje sigue dando vueltas alrededor de la hoguera. De repente se detiene, se frota las manos y exclama:

–¡Somos fantasía!

Lo grita hacia la noche, y su cuerpo tiembla de excitación.

–¡Digo que somos personajes de una novela! Todo lo que decimos y hacemos tiene lugar en la conciencia del autor. Lo que ocurre es que nosotros no somos capaces de verlo. Es él quien nos ve a nosotros...

Retoma su caminata alrededor de la hoguera. Durante unos segundos reina un silencio de desaliento. Luego el personaje se para y hurga en la hoguera con un palo carbonizado.

–¡He descubierto la jugada que nos está haciendo el autor! –exclama–. ¿Me estáis escuchando?

Y prosigue, en un tono claro pero comedido:

–No somos nosotros mismos. Eso es sólo algo que nos imaginamos. Y aún más: ni siquiera somos nosotros los que nos imaginamos que somos nosotros mismos. Qué va, es el autor, queridos compañeros personajes, el que se imagina que nosotros nos imaginamos que somos nosotros...

El pequeño grupo es todo oídos.

–Cuando charlamos, como ahora, es el autor el que charla consigo mismo. Y cuando nos vemos, como en este momento, es el autor el que nos ve en su interior. Está sentado en algún lugar, a una distancia segura, tejiendo sus ideas. Son esas ideas, queridos compañeros personajes, las que tejen nuestra realidad...

El pequeño círculo de personajes de la novela empieza a inquietarse. Pero ninguno de ellos se atreve aún a tomar la palabra.

–¿Entendéis lo que os estoy diciendo? ¿Comprendéis hasta dónde llega nuestra desgracia? Y esto que está ocurriendo, el que yo haya descubierto al autor y que nosotros tengamos ya cierta idea sobre él, también es algo que él simplemente se imagina. Porque nosotros no tenemos conciencia. *Somos* conciencia. No importa lo que digamos o hagamos: siempre será él quien lo diga o lo haga. Nosotros somos imaginación, y ni siquiera sabemos que lo somos.

Dijo muchas más cosas. Durante más de una hora estuvo junto a la hoguera exponiendo sus atrevidas especulaciones ante los demás personajes.

A pesar del radical contenido de su mensaje, fue tomado en serio. En parte porque gozaba ya de cierto respeto (era el héroe de la novela) y en parte debido a la vibrante seriedad que se apreciaba detrás de sus palabras.

Cuando por fin terminó, el grupo permaneció sentado como petrificado, antes de volver a dar pequeños sorbos de sus copas. Luego empezaron a hablar, adentrándose enseguida en una acalorada discusión que se desarrolló a partir de la página 159 de la novela. Rápidamente, el grupo se dividió en dos: los que creían en el autor y los que no.

Estuvieron discutiendo hasta el amanecer, hasta la página 247 de la novela –y nada menos que durante ocho meses de la vida del autor–. Se tardaría demasiado en intentar reproducir esa discusión en detalle. Esto sólo pretende ser un breve resumen de lo que ocurrió.

Los personajes de la novela eran personas normales y corrientes que vivían en una ciudad normal y corriente. Ahora bien: eran personajes de una novela.

La pequeña ciudad no se encontraba lejos de la playa donde habían celebrado la noche de San Juan. Allí había una pequeña tasca donde solían reunirse por las noches. Durante el otoño discutían a menudo si había un autor. Ése era el tema de conversación casi cada vez que se reunían en la tasca.

Esas discusiones solían acabar bloqueándose por completo. Los que no creían en el autor se burlaban de los que creían en él. Sostenían que el mundo en el que vivían era el único real, y que el autor era el producto de la imaginación. Los creyentes, por su parte, repetían que lo que era un producto de la imaginación era el mundo en el que vivían, y que el mundo del autor era el real. Los no creyentes sostenían que el autor era algo que se imaginaban los creyentes, mientras que los creyentes afirmaban que era el autor el que se los imaginaba a ellos. Y mucho más en desacuerdo no pueden estar los personajes de una novela. Ahora bien, ninguna de las partes podía probar que la otra parte se estaba equivocando. Sólo los lectores de la novela podían estar seguros de quién tenía razón. La verdad es que se vanagloriaban precisamente de eso. Pero también tendrían algo en qué pensar antes de cerrar el libro.

Así transcurrió un invierno. Después de un año de discusiones entre los personajes sobre si existía o no un autor, los creyentes acordaron invitarlo a la siguiente fiesta de San Juan.

Un día, a principios de junio, subieron a una alta montaña detrás de la ciudad y gritaron al cielo:

–Querido autor, que estás en la Realidad, te llamamos desde lo más profundo de tu alma. ¡Aparece ante nosotros en nuestra próxima fiesta de San Juan! Entra en la historia y pasa esa noche en compañía de tus criaturas. ¡Nos ves y nos oyes! Ahora estamos esperando una señal tuya.

Los no creyentes contestaron a esa ocurrencia con una desdeñosa risa.

–Estáis duplicando la realidad –dijeron–. Pero vuestras oraciones no serán escuchadas más que por vosotros mismos.

–No duplicamos la realidad, puesto que ya es doble –replicaron los creyentes–. Así que sois vosotros los que la estáis simplificando.

El día de San Juan se acercaba, y los no creyentes participaban no obstante en los preparativos para la fiesta y la visita del autor. Las expectativas de una revelación añadían sin duda atractivo a todo aquello.

Exactamente un año después de que uno de los personajes declarara que se sentía como el personaje de una novela, estaban todos reunidos de nuevo en torno a la hoguera de San Juan. Esto sucedía a partir de la página 376 de la novela. Y en el año en el que el autor cumplía 26 años.

Todo está organizado como el año anterior: marisco, vino blanco y la gran hoguera. Los personajes esperan al autor.

Aunque más de la mitad del grupo no cree en el autor, reina un ambiente muy tenso desde el principio de la fiesta. Aunque llamarlo fiesta..., la verdad es que los personajes están sentados mirando fijamente el fuego, nerviosos y serios, como antes de una sesión con un médium.

Las horas transcurren. En la página 393 se pone el sol sin que haya pasado nada fuera de lo normal. El ambiente se relaja un poco. Algunos pican algo, otros dan un sorbo de vino blanco, alguno susurra a su vecino.

–Ya veis –dijeron los que no creían en el autor–, no viene. Y la razón por la que no viene es simple y llanamente porque no existe. No importa que alguien que no existe se esfuerce por ser amable y responder a peticiones, lo que es seguro es que no podrá acudir a la fiesta de San Juan,

Así se reían y se burlaban a costa de los creyentes. Y aunque los creyentes se sentían ya un poco desilusionados, aún tenían respuesta:

–El autor sí existe, los que no existimos somos nosotros.

Pasaban las horas. La fiesta se había convertido en algo muy parecido a una fiesta de San Juan normal y corriente, en parte por los que no creían en el autor. Los personajes brindaban y bebían. Algunos andaban ya dando tumbos. La oscuridad creció y la hoguera no ardía con la misma alegría que al principio.

Entonces, de repente uno de ellos descubre una figura desconocida a la orilla del mar. Es un forastero el que llega andando por la playa, un hombre joven.

A unos diez o quince metros de la hoguera se detiene y los mira asustado. No se atreve a acercarse del todo, y se queda contemplándolos a distancia, mientras escarba en la arena con los pies.

Al cabo de un rato uno de los creyentes se levanta y dice:

–¿Por qué no te acercas y entras en calor?

Cede, vacilante. Lenta y solemnemente, se acerca al grupo de personajes. Luego se detiene delante de la hoguera, se vuelve y los mira a todos uno por uno.

Es una figura más bien flaca, con una cara pálida y asustada. Y sin embargo –o precisamente por eso– parece bastante temible a la luz de la agonizante hoguera.

Aún no ha dicho ni una palabra. Pero alguien del grupo deja escapar una pregunta indecorosamente directa:

–¿Eres el autor?

Es obvio que el hombre no se siente a gusto con diez o doce penetrantes miradas de personajes novelísticos clavadas en él. Transcurre medio minuto antes de que conteste:

–Soy la sombra del autor.

Lo dice en un tono bajo, pero resuelto. Y añade:

–Queríais verme. Pues mirad: aquí estoy, entre vosotros. Lo que estáis viendo es mi imagen. Pero vosotros mismos sois imágenes... ¡La verdad es que resulta curioso veros tan de cerca!

Así apareció el creador ante sus criaturas. Los que no creían en él se negaron, claro está, a aceptar que se encontraban ante el autor. Pensaban que aquel joven había sido contratado por los creyentes. Además –y eso también tuvo que ver–, no tenía pinta de dios.

–¿Cómo puedo saber que eres el autor? –preguntó uno de ellos.

–Tú no puedes saber absolutamente nada, ya que no tienes una conciencia con la que saber. *Eres* conciencia. Y cuando yo estoy sentado ante mi escritorio reclinado en el sillón y reflexionando sobre las palabras que debo elegir, puedo taparme la boca y reírme de permitirte dudar de si existe o no un autor.

El curioso personaje dio un salto de un metro o dos hacia atrás.

–Exactamente lo que os dije –replicó el personaje que el año anterior había sorprendido al grupo con su profética elocuencia–. ¡No existimos!

Con evidente orgullo, miró a su maestro, pero éste rechazó el envite.

–¡Claro que existís! Dentro de unos meses, cientos de ejemplares del libro sobre vosotros estarán en las librerías allí arriba en la Realidad. En los autobuses, tranvías y trenes irá mucha gente leyendo sobre vosotros. ¿Creéis de verdad que esa gente malgastaría su tiempo en algo que no existe?

Los personajes de la novela miran a su alrededor. Es como si vieran su pequeño mundo en un contexto mayor.

–Soy yo quien os creo –prosigue el autor–, pero ¿qué es la creación literaria? Crear literatura es conquistar aquello que no existe antes de que sea conquistado. Pero ahora, ya conquistados en mi imaginación, sois más que reales. ¿No lo sentís vosotros también así?

Se oyen muchos susurros en torno a la hoguera. ¿Se les está preguntando si se sienten reales? Algunos personajes asienten con la cabeza.

–Pienso –murmura uno de ellos–, *ergo* existo...

–Se está pensando dentro de mí –murmura otro–, *ergo* soy otro...

–¡Estamos emparentados! –exclama el autor, gesticulando–. Somos de la misma especie. Yo mismo soy una criatura. Y vivo en un elemento mucho más ridículo que el vuestro. Dentro de unos años, habré desaparecido. Pero vosotros me sobreviviréis.

Se toma un minúsculo descanso, mira a su alrededor y añade:

–Yo soy un mecanismo tremendamente frágil, queridos personajes. Por eso me aferro a vosotros. Un día yo dejaré de existir. Pero vosotros duraréis. Si no hubiera creído en vosotros, no habría empleado mi breve tiempo en la tierra en escribir sobre vosotros. Habéis tomado prestada mi alma para vuestra actividad en la novela. Pero yo también he tomado prestada esa alma. No es más mía que vuestra. Y en realidad, *somos* esa alma más que tenerla.

Nunca más volvió a hablarse de lo ocurrido. Nadie se atrevía a sacar el tema del escritor. Y la vida en la ciudad de Dort continuó como antes.

Segunda mano

Me he comprado un coche de segunda mano, me he arriesgado. Claro, todo puede ocurrir, ya lo sé. Pero el que nada arriesga, nada gana. Y el coche todavía anda bien.

Ya he reparado en algunos sonidos extraños, algunas irregularidades. Pero aún no he tenido tiempo de averiguar de qué se trata, y tampoco me atrevo a llevarlo a que le hagan una revisión completa, eso sería como dejarlo en ridículo. Y estoy seguro de que si me pongo a examinarlo con mirada de rayos X voy a desanimarme mucho. Prefiero vivir en la ignorancia. Si tiene óxido en los circuitos, tiene óxido en los circuitos y basta. Ya me enteraré de todos modos. Y si se para, lo único que puedo hacer es procurar que lo remolquen. Debo alegrarme mientras dure.

En mi opinión, el coche y yo encajamos muy bien. En cierto modo, somos de la misma edad. Con mis 30 años, yo también estoy ya algo usado, y no siempre de un modo sensato y considerado. No es que esté enfermo, no me refiero a eso. Aparentemente, todo funciona como debe, aunque algunos sonidos extraños y alguna que otra irregularidad llegan a veces a asustarme. Ahí está otra vez, pienso. ¡Qué fastidio! Tal vez debería ir a ver un médico. Pero tampoco me atrevo a hacerlo. Porque seguro que encuentra algo que está mal y me ingresa para una revisión completa. Más vale vivir el día a día.

Ya tenemos unos añitos tanto el coche como yo. Pero aún vamos jadeando por el mundo. Un día estamos en Oslo, al siguiente en Bergen. Y este último verano estuvimos en Italia.

Así compartimos el tiempo sin saberlo todo el uno del otro. Si tuviéramos que separarnos, no sería de extrañar. Al fin y al cabo, todo es un juego de azar.

Punto de encuentro
Castel Sant' Angelo

Primer acto

Fue ella la que primero desvió la mirada.

Una noche, sentados en un café, él se percató por primera vez de las miradas errantes que ella echaba al local atestado de gente.

Intentó atraerla más hacia él. La asediaba todo el día.

Cuanto más tiraba de ella, más notaba que ella se resistía.

Al final, exigió estar sola alguna mañana, alguna noche...

–No hace falta que nos veamos todos los días.

–Pero Ine...

–Últimamente estás muy pesado.

–Eres tú la que empieza a alejarse.

–Porque me persigues. Con la mirada, con todo tu ser.

Él empieza en serio a temer perderla. Ella lo es todo para él. Él teme perderlo todo.

Ella nota su angustia. Ella ya no ve en él aquello de lo que estaba tan enamorada. Sólo percibe su inseguridad.

Deja transcurrir más tiempo entre cita y cita.

–Cuando no estamos juntos, Ine, ¿ves a otros?

–Una pregunta muy extraña.

–Y una respuesta muy extraña.

–¿Te acuerdas de Orfeo y Eurídice? Él la pierde porque la ama demasiado. La pierde por mirar hacia atrás para verla.

–Trágico...

–Pero lógico, Morten. ¿No lo entiendes?

–¿Te amo demasiado?

Ella se enfurece:

–Esa pregunta tienes que contestarla tú. No podemos estar follando las veinticuatro horas del día.

–¿Follar? ¿Lo llamas follar, Ine?

–¡No seas tan patético!

Transcurren unas semanas. Se ven cada vez menos. Y cuando se ven, ella no siempre quiere acostarse con él.

Él se estira para alcanzarla. Ella lo esquiva. Él la añora.

Y llega la ruptura.

–Creo que debemos dejarlo, Morten. Al menos por algún tiempo.

–¡Ine, Ine!

Quiere abrazarla, ella lo esquiva.

–Entonces tenía razón. No me querías.

–*Llegaste* a tener razón...

–¿Has olvidado la primera semana? ¿Te acuerdas de Tosca?

–Podemos hablar dentro de un mes. ¿Te parece bien, Morten?

–Tú eres la que pone las condiciones... Si me pidieras que esperara dos años, esperaría. Yo tengo fe en nosotros.

–No entiendo cómo puedes estar tan seguro.

–¿No eres tú la que está tan segura?

¿Estaba ella empezando a dudar? Veía algo raro en su cara.

–¿Te quedas esta noche?

–No sé...

–Podemos decir que dormimos juntos por última vez.

Él caminaba por la ciudad añorándola, luchando por su vida.

Le escribía. Ella le había dado permiso, pero no le contestaba. No le contestaba ningún día. Y tampoco lo llamaba, aunque él se pasaba todo el día esperando. Y tampoco llamaba a la puerta, aunque él la esperaba todas las tardes.

Él le escribía poemas:

...atrapados en un cuento de hadas
en el que tuvimos que entrar juntos
encerrados en un tapiz
que los dos tejimos
aislados de todo
con una lengua sólo entendida por ti y por mí.

Hiciera lo que hiciera, ella lo tenía siempre en el pensamiento. Él se le había metido en el cerebro.

Ella se esforzaba cuanto podía. Luego encontró a otro. Un viejo amigo de Morten. Qué casualidad tan curiosa...

Tenía la impresión de estar en poder de las fuerzas del destino. Tenía que alejarse de él. Al menos por algún tiempo...

Ine mitigaba sus penas jugando apática con el otro.

Transcurre un mes, y se encuentran en un café.

–Te he escrito largas cartas, Ine. ¿No íbamos a escribirnos?
–Se ha acabado, Morten, de verdad. Quiero verte como un amigo, pero...
–¿Pero?
–...salgo con otro. Estoy con Magnus...

Él la mira. Se resigna. Nota que el tiempo se ha agotado. Se levanta, le toca con ternura el hombro y se marcha.

–¡Morten! Espera, Morten. No he acabado.

Morten la ha soltado. Ya no la tiene abrazada. Ella es libre. Ella se da cuenta de que lo ama.

Se levanta y corre tras él. Pero Morten ha desaparecido. Va a su casa. Pero Morten no está allí.

Segundo acto

Está hipnotizado, hechizado. Por Ine. Ella es el centro del mundo. Sólo existe una mujer.

Ine. ¡Ine!

El mundo sigue siendo tan hermoso como antes. Los colores, los sonidos y los olores que ella le hizo descubrir. Él lo absorbe todo.

¡La ha amado, ha amado a Ine!

Camina por la ciudad. Le parece ver la espalda de Ine entre el gentío. La ve en bicicleta. La ve bajarse del tranvía. Pero no es Ine. Por todas partes la busca y no la ve. Por todas partes ha desaparecido.

Está triste, pero no infeliz. Ha tenido suerte. Ha estado en el cuento. Ha sido el novio de Ine. ¿Cuántos podrán decir lo mismo?

Ahora el cuento se acabó. Morten decide morir. Ocurrirá en Roma. Fue allí donde empezó todo. Fue allí donde Europa empezó. Fue allí donde Ine y Morten se conocieron. Ella había irrumpido en su existencia como un huracán. En Sant'Andrea della Valle. Con un vestido amarillo. Tan apasionada, tan hermosa...

Ella venía con la agencia de viajes Stjernereiser. Él con Tæreborg.

Va al banco y saca el préstamo que le concedieron para sus estudios universitarios. 16.000 coronas. Compra 200.000 liras. El resto lo cambiará en Roma. Allí obtendrá mejor cambio.

Morten no hace nada precipitadamente. Primero quiere unos días para él. Vivirá en Roma hasta que se le acabe el dinero...

Compra un billete de avión. SK 457 de Oslo a Copenhague al día siguiente por la mañana a las 10:20. Luego con Alitalia desde Copenhague a las 14:40. AZ 396.

Da un nombre falso. Ahora se llama Marius Inestad.

Va a su casa a por el pasaporte. Ya ha metido unas camisas y unas mudas en una

bolsa. No necesitará mucho...

Septiembre. Pero en Roma aún es verano.

Vaga por las calles toda la noche. Primero escribe la carta. Luego se despide.

Ine llora.

Ine se pasa toda la noche llamando a Morten. Temprano, a la mañana siguiente, llama a su puerta.

Luego vuelve a su casa y abre el buzón. El corazón le da un vuelco al encontrar la carta de él. Está tan aliviada... Se siente nerviosa y feliz. ¡Una carta de Morten!

Mi querida y única Ine. Tengo mucho que agradecerte. Tú no tienes la culpa de que acabáramos de este modo. Tampoco la tengo yo, creo. Tenía necesariamente que acabar como acabó. Es verdad: te amé demasiado.

Cuando leas esto, yo ya no estaré. Habré desaparecido del todo, Ine. Tendrás que intentar comprenderlo. A partir de hoy, ya no soy. Así seguiré siendo siempre tuyo.

Viví muchísimas más cosas contigo de las que había vivido durante mis primeros 25 años antes de conocerte. No hay retorno. ¿Lo entiendes?

No creas que siento rencor hacia ti, Ine. Lo único que siento es agradecimiento. Es como una ola plácida que baña la playa.

¡Vive, Ine! De esa forma yo también viviré de alguna manera. Hay más de mí en ti que en mí mismo.

P. D. Quema esta carta. Y no intentes investigar. Te aseguro que habré desaparecido cuando leas estas líneas. Desaparecido del todo, Ine, debes creerlo. No encontrarán mi cuerpo. Soy como un animal: me escondo cuando sé que ha llegado el fin.

Toma estas palabras como un último saludo mío. Un adiós tierno y sincero.

Se derrumba, sube precipitadamente a su casa y se tumba en el sofá.

—¡Morten, Morten!

Se cree cada palabra de la carta. Conoce a Morten. Lo ama. Está lívida de miedo.

—Un malentendido —murmura—. Fue un malentendido.

El avión de Morten aterriza en Copenhague. No le han mirado el pasaporte. Sólo le hicieron señas para que pasara.

Nadie sabe dónde está Morten. Nadie sabe que está vivo. ¡Así de fácil resultó escapar a su identidad de 25 años! ¡Así de fácil resultó convertirse en un no individuo!

Marius Inestad está esperando en la sala de tránsitos del aeropuerto de Kastrup. Se dirige a la puerta 26 y entrega la tarjeta de embarque a una italiana de pelo castaño.

Se mezcla entre italianos de negocios. Podría haber sido uno de ellos. Podría haber pasado por un joven ejecutivo de Florencia.

La azafata le da a escoger entre periódicos italianos. *Grazie!*

En cuanto llegue a Roma, podrá tirar el pasaporte.

Ella no se queda llorando en el sofá. Va a enseñarle la carta al otro.

Primero deja clara su relación. Han tenido una pequeña historia. Ahora ha acabado.

Pero le gustaría conservarlo como amigo.

–¿Crees que lo ha hecho, Magnus?

–Al menos no es imposible.

–Tenemos que denunciar su desaparición.

–No tenía familia.

–¿No *tenía*?

–O no tiene. Sus padres murieron hace unos años. Era hijo único...

–¿*Era*?

Van a la comisaría. Muestran la carta. Cuentan lo que saben de Morten Dásvann...

A Ine no se le ocurre pensar que Morten se encuentra a 36.000 pies por encima del suelo. Más bien se lo imagina en algún lugar del bosque de Nordmarka. En el fondo de una pequeña laguna...

Pero Morten está sobrevolando los Alpes. Lleva una hora mirando fijamente la salida de emergencia del avión. EXIT. EXIT. Lo ha repetido para sus adentros cientos de veces. Como si de un mantra secreto se tratara.

Estaba saliendo. Saliendo de Noruega, saliendo de la vida de Ine, saliendo de la historia.

Se inicia el empinado aterrizaje sobre la llanura del río Po. Van a parar en Milán para cambiar de avión.

–Se ha convertido en un juego de rol. ¿Lo entiendes, Magnus? Creo que sentíamos un amor casi celestial el uno por el otro...

–Se veía que había algo muy especial entre vosotros, es verdad.

–Si hubiera sido al revés, si hubiera sido él quien se hubiese distanciado primero, aunque sólo hubiera sido durante un segundo, yo habría reaccionado como él. Habría intentado obligarle a volver conmigo.

–¿Y entonces él se habría distanciado aún más?

–¡Sí! ¿No crees que es posible ahogarse de amor? Necesitamos aire...

–¿Él era el fuego, entonces, y yo el aire?

–Tal vez pueda expresarse así. Espero que entiendas...

–Entiendo...

–Fue una casualidad que fuera yo la que desviara la mirada primero. Entiendo su desesperación. Lo pasábamos tan bien juntos...

–Al menos no debes reprochártelo.

–No lo hago. Tenía necesariamente que acabar como acabó.

Pero Morten Dásvann no ha muerto. Por tercera vez ese día despegaba de un aeropuerto.

Abajo, a la derecha, ve Génova, una ciudad blanca de ensueño al fondo de la bahía del mismo nombre. Luego vuela alto por encima de la Toscana, antes de que se enderecen

los respaldos de los asientos, se ajusten los cinturones de seguridad y se enciendan los indicadores de VIETATO FUMARE. Se ha iniciado el descenso a Fiumicino.

Allí no había control de pasaportes. Bastó con agitar el librito rojo en Milán.

Morten llega al aeropuerto Leonardo da Vinci como una no persona.

En Noruega, Ine y Magnus están buscando a Morten. Ine conoce a Morten sólo desde hace medio año. Pero lo conoce mejor que a ningún otro ser humano. Magnus lo conoce desde que estudiaron juntos en el instituto.

Cogen el tranvía hasta Frognerstegen. Desde allí van andando hasta el lago de Tryvann, entran en el refugio y preguntan. Luego se dirigen al refugio de Kobblerhaug, siguen los senderos de Morten. En cada laguna escudriñan un buen rato.

–Esto es un poco exagerado. Yo nunca he entendido los sentimientos tan apasionados...

–¿Crees en el destino, Magnus?

–No...

–Precisamente porque Edipo intenta esquivar su destino, éste le alcanza...

–Eso no es más que literatura, Ine. O vieja superstición.

–Ocurre por un malentendido. Él cree que huye de sus padres, y sin embargo va derecho a sus brazos.

–Y cuando entiende lo que está pasando...

–...se saca los ojos. Es lógico. En realidad, ha estado ciego todo el tiempo.

–¿Desistes? ¿Crees realmente que él...?

–Tengo el presentimiento de que ha desaparecido. Nunca volveré a verlo. ¿Me oyes? Ya no está *aquí*...

Morten se dirige a la salida del aeropuerto de Fiumicino. Saca el billete para el autobús. 4.000 liras. Y vuelve a colocarse junto a los agotados hombres de negocios.

El autobús pasa por delante de una serie de surrealistas hoteles de congresos a la izquierda y unos cuantos vertederos a la derecha, en la ladera que baja hacia el Tíber. Entonces ve el Coliseo. El autobús se detiene en Stazione Termini. Coge un taxi hasta la Piazza Navona. 4.500 liras.

Son las siete de la tarde. Ha empezado a anochecer. Se acerca a la fuente de Bernini delante de Sant'Agnese. El cordero y los cuatro ríos.

Allí empezó todo. En el circo de Domiciano. La primera noche con Ine. Se habían fundido desde el primer momento en un ser andrógino.

Ine y Magnus salen de la estación de metro de Nationaltheatret, mojados y helados. Cogen un taxi hasta la comisaría del barrio de Grønland.

–Lo lamento. No hay nada nuevo. Todas las patrullas y comisarías están avisadas.

–Se les facilitó a ustedes una llave...

–No hay nada que indique que se haya marchado a ninguna parte.

Ella asintió con la cabeza. Morten no era de los que huían. Él siempre se enfrentaba a las dificultades.

Ine y Magnus se despiden. Ine se bebe una botella de Valpolicella. No para de llorar.

Morten camina por la Piazza Navona. No le encaja que él esté en Roma y ella no. Le parece ver a Ine por todas partes.

Se acerca al Panteón. Está repleto de turistas que han ido a ver el templo de todos los dioses.

Sabe adónde dirigirse. Desde el aeropuerto de Copenhague llamó al hotel Adriano y reservó una habitación individual para una semana. 40.000 liras la noche.

Adriano. Su primera noche juntos en Roma. Un turista cliente de la agencia Tjæreborg visita a una turista cliente de la agencia Stjernereiser en su habitación. Después de las 23 horas. La noche entera. Una semana entera.

Dulces besos. Apasionados abrazos. Antaño, el hotel había sido el palacio de un cardenal. Dulce pecado.

¡Y en una vulgar habitación de hotel! Una semana y una cómoda. Toalla y media para cada uno, tres metros cuadrados de suelo para moverse entre la cama, la cómoda y el pequeño baño.

¿No era un misterio? Que algo tan barato pudiera convertirse en un cuento de hadas con tantos matices. Mil pequeños capítulos. Porque era la habitación de Ine...

Pasaron más tiempo en la pequeña habitación que en la gran ciudad. Había más cosas que descubrir en ese cuarto. Pero fueron a la ópera. Algo completamente nuevo para Morten.

Tosca. La que le asegura a Mario que al fin y al cabo no será ejecutado. Sólo parecerá que lo es. Una ejecución fingida. Con cartuchos de fogeo. Él tiene que hacer como si hubiera muerto...

Lo colocan contra el muro del Castel Sant'Angelo.

Come'è bello il mio Mario!

Disparan, y Mario cae...

Là! Muori! Ecco un artista!

Lo tapan con un abrigo, y Tosca lo sigue a distancia. Se regocija...

O Mario, non ti muovere...

Los soldados se alejan...

Ancora non ti muovere...

Los soldados desaparecen, y Tosca corre al lado de su amado:

Presto! Su, Mario! Andiamo! Andiamo! Su!

Pero Mario no se levanta. Scarpia la ha traicionado. Ella se arrodilla junto a él, lo toca. Aterrada, descubre que tiene las manos manchadas de sangre...

Mario! Mario!

Le arranca el abrigo que lo cubre:

Morto! Morto! Tu? Così? Finire così? Così!

Melodramático. Pero verdadero, Morten, verdadero. La vida es melodramática. Se nos

abren las puertas a un cuento de hadas. ¡Estamos vivos, Morten! ¿Has pensado en ello? ¿No es fantástico? Caminamos juntos un rato. Nos enamoramos, nos abrazamos. Tal vez tengamos hijos tú y yo... Pero la vida es demasiado corta. Súbitamente, siempre súbitamente, Morten, seremos de nuevo separados el uno del otro...

Morten camina con paso resuelto hacia el sencillo hotel del Campo de Marte. La Via Maddalena. Via Metastasio. Entra en el vestíbulo. Como lo más natural del mundo. Como si hubiera estado la semana anterior. Espera que el portero no lo reconozca.

– *Your passport, please.*

El pasaporte. Claro. Lo ha roto y lo ha tirado a una papelería en Fiumicino. Se le ha olvidado en casa de un amigo de Nápoles, dice. Pero está en camino. En cambio, podría pagar ya la semana entera: 280.000 liras. Ha cambiado dinero en el aeropuerto de Milán.

Marius Inestad se había alojado en ese hotel en otra ocasión. Quizá podrían darle la misma habitación. *Trecentoventinove...*

Se dirige al ascensor. Le parece que ella está con él. Le hierva la sangre, le late el corazón. Abre la puerta con la llave. Todo sigue igual. La cama, la cómoda, la pequeña mesa...

Sólo falta la novia.

Tercer acto

Morten permanece una semana en el Adriano. Le queda mucho dinero. Nunca ha sido tacaño. Pero sería mucho despilfarro morir antes de haberse gastado todo el dinero.

Luego se aloja en una pensión barata de Trastevere. Transcurren unas semanas. Poco a poco, Morten empieza a despertarse del hechizo.

Los primeros días se ha limitado a dar pequeños paseos por el Campo de Marte. Las mismas rutas que siguió con Ine. Panteón. Piazza Navona. Piazza di Spagna. Fontana di Trevi. Decorados para un apasionado enamoramiento.

Se acerca a Sant'Andrea della Valle, donde Mario y Tosca se conocen en el primer acto. *Mia sirena... Mia gelosa...! Sempre t'amo!, ti dirò!*

Sale a Corso Vittorio y coge el autobús número 64 hasta la Piazza di San Pietro. Pasa por delante del Castel Sant'Angelo. El monumento funerario de Adriano. La tarta nupcial. La prisión.

Castel Sant'Angelo. Donde Mario morirá, donde escribe la carta de despedida a Tosca, donde canta el aria de la torre. *E lucevan, le stelle ed olezzava... Entrava ella, fragrante... Oh, dolci baci... L'ora è fuggita... E non ho amato mai tanto la vita!*

Entonces llega Tosca corriendo con el salvoconducto. *Liberi!* Un pasaporte para los dos. Él vuelve a verla un instante. Antes de ser ejecutado. Y Tosca se tira de la torre. *Avanti a Dio!*

La ciudad le cautiva. Empieza a estudiar Roma. Ya que está allí...

Se pasea por el Foro romano. Se ha comprado unos *panini* y una botella de vino tinto.

Se sienta en Palatino. Contempla la vieja ciudad.

Se pasa un día entero en el museo del Vaticano, y el siguiente, en la basílica de San Pedro. Se detiene ante la *Pietà* de Miguel Ángel. María. Madre de Dios. Con su hijo crucificado en brazos. Ella es tan bella..., tan jovencísima..., porque ha nacido sin pecado.

Consigue visitar la necrópolis bajo la basílica de San Pedro. El viejo cementerio romano. Se presenta como doctor en arqueología.

Se lleva a un guía. Un devoto católico que le muestra la vieja calle del cementerio de la colina del Vaticano. Tumbas cristianas y paganas mezcladas...

Es allí donde Morten cambia de opinión.

La muerte ya no le tienta. Hay tanta muerte alrededor de él de todos modos... Tanta pasión... Tanta vida vivida...

¿Por qué iba a morir Morten? Si ya está muerto. No hay nadie que lo eche de menos en Noruega. Ha cortado todos los lazos.

Morten está en los infiernos. Está en el Hades. Es una sombra errante. Es un ser apócrifo.

Morten no va a morir. Ama demasiado esa ciudad. Ama demasiado el recuerdo de Ine...

Morten sabe dibujar. Ha estudiado unos años en la Escuela de Artes y Oficios. Puede dibujar turistas en la Piazza Navona. A 10.000 liras el dibujo.

Se compra un caballete. El negocio no le va demasiado mal. Y todavía le quedan 8.000 coronas del préstamo para los estudios.

Así transcurre el invierno. Morten Dásvann es cada vez más romano. Al principio, tiene miedo de que algún compatriota lo reconozca. No tiene gracia encontrarse con un amigo fallecido en Roma.

Se deja crecer la barba y el pelo. Algunas veces se maquilla los ojos. O lleva gafas de sol.

Aprende italiano. Un día dibuja a un viejo compañero de colegio sin que éste lo reconozca. Entonces se siente seguro. La metamorfosis es completa.

Ya no ve a Ine en todas las jóvenes de la Piazza Navona. Emplea las mañanas en estudiar. Entra en muchas iglesias. A veces la ve en una imagen de la Virgen.

Ve a Ine en Santa Cecilia in Trastevere. Acude a menudo a esa iglesia. Pertenece a esa parroquia, a esa iglesia rococó que parece una tarta cubierta de mazapán. Delante del altar yace Cecilia. Esculpida en mármol. Con un fino paño cubriendo su hermoso cuerpo. Sensual como sólo lo es el arte católico. *Ecco femmina!*

La piedad católica metida dentro del sensualismo. O el sensualismo metido dentro de la piedad católica. En una tarta de mazapán.

¡Cómo la echaba de menos!

¡Ine, Ine!

En su casa, en Noruega, Ine está tumbada en el sofá llorando. Se despierta por las mañanas y consigue llegar hasta la cocina, donde se agarra a la mesa del desayuno. Luego se queda sentada con la cabeza entre las manos, llorando sobre la taza de café, que se enfría. Va en el autobús con los ojos llenos de lágrimas.

Horas, días, semanas...

¡Morten! El extraño Morten hechizado. ¿De dónde venías? ¿Adónde te fuiste?

¿Cómo pudiste...? ¿No te diste cuenta de que te amaba?

¡Pero si ni yo misma me di cuenta!

Y llega la nieve. Envuelve el otoño en algodón suave. Tapa todas las huellas. Cura todas las heridas.

De tarde en tarde queda con Magnus. Ahora son como hermanos. Ella ha perdido a su amado. Él ha perdido a su mejor amigo.

Hermanos. Así tiene que ser. Ine espera que Magnus lo entienda. Pero ve que él tiene otras expectativas.

Febrero. Morten decide volver. Hacer penitencia. Está dispuesto a atenerse a las consecuencias con las que se encuentre.

Escribe una carta a Ine para que se le anticipe unas semanas. Más fácil así.

Querida Ine: Cuando abras esta carta, te daré el susto número dos. Siéntate en un sillón cómodo. Intenta olvidar todo lo triste.

No estoy muerto. No fue el valor lo que me falló. Las cosas no salen siempre como uno piensa.

Me vine a Roma. Aquí empezó, ¿verdad? Y luego aquí me ocurrió algo extraño.

He estado muy solo, pero no he sufrido. He pensado mucho en nosotros...

Te escribo estas líneas para ahorrarte el susto de encontrarte conmigo en la calle... Por supuesto, soy consciente de que tengo que presentarme ante la policía.

Te enviaré una postal cuando esté en Noruega. Puedes venir a verme si quieres. O puedes dejar de hacerlo. También lo entendería. Si queréis, podéis venir los dos.

Ha pasado mucho tiempo. He sido artista y estudiante. ¿Y tú? ¿Te has casado, quizá?

Morten

Pero Ine no recibe la carta. Tiene vacaciones de invierno. Reserva un viaje de una semana a Roma. Le tientan los recuerdos de Morten.

Algo reacia, le permite al otro que la acompañe. Deja claro que cada uno ocupará una habitación. También quiere pasear sola por Roma. Podrán comer y cenar juntos...

La agencia Stjernereiser. Ine y Magnus se bajan del autobús delante del hotel Adriano, conocedores del mundo.

Ine pide la habitación *trecentoventinove*. Es que... es que se alojó en esa habitación en otra ocasión. Hace exactamente un año.

El portero se detiene, pensativo. Por un instante, se queda parado con la llave en la mano, rígido como una estatua.

–*Trecentoventinove? Are you sure?*

–*Yes, please...*

–*Of course. Trecentoventinove.*

Va hacia el ascensor, arrastrando una gran maleta.

Abre con la llave la puerta. 329.

Una cama, una cómoda...

¡Morten! ¡El mundo está tan vacío sin ti!

Luego pasea por Roma.

Morten dibuja turistas en la Piazza Navona. Ine cena en Tre Scalini.

Morten está sentado en la Piazza di Spagna pensando. Prepara la vuelta a casa. Ine se come un pastel en el café Greco de la Via Condotti.

Morten da de comer a las palomas de la plaza de San Pedro. Ine visita el museo del Vaticano.

Morten cruza el Tíber sobre Isola. Ponte Fabricio. Ine está en un mercadillo en Trastevere.

Magnus la deja pasear sola. Es considerado, comprensivo.

Cenan en Trastevere. Se beben una botella de Barolo. Y toman café. Con Stravecchia Branca.

No vuelven a encontrar el tono que había entre ellos antes de que Morten desapareciera.

Luego vuelven al hotel. Ine tiene unas botellas de Camparisoda en la habitación. Seis botellas minúsculas. Un vasito antes de salir a la calle de nuevo...

Él se hace el interesante. Seductor. Intenta encenderla.

La abraza. Le pregunta si quiere acostarse con él. Le suplica.

Ella se resiste.

–He dicho que no, Magnus. Somos amigos. Buenos amigos. Lo otro no.

–Él está muerto, Ine. Al menos no dejes que sea un impedimento entre nosotros.

–Eres un encanto, Magnus. No es eso, pero...

–Sólo hoy, Ine. Sólo hoy. Nunca más. Los dos estamos muy solos. Una simbiosis, Ine, nos consolamos el uno al otro.

–*Aquí* no. Tienes que entenderlo. Era nuestra habitación...

–¡Ven!

Magnus ha bebido tanto vino delicioso... Le lleva ventaja. Es primavera en Roma...

–Estás loco –dice ella–. Loco de remate...

Él le echa unas gotas de Campari en el pelo. Un jugo rojo y pegajoso. Sonríe excitado. El vino le ha dado el control. Él la tumba en la cama.

Y ella lo recibe.

Media hora más tarde, Ine se incorpora avergonzada, alterada por dentro. Siente que han abusado de ella, que la han engañado. Pero no era más culpa de él que de ella.

Se ducha.

—¿Damos un paseo?

—Sí, Magnus... Pero...

—¿Sí?

—De alguna manera estuvo bien. Pero no habrá más, Magnus. Prométemelo. Nunca más...

—Te lo prometo.

Él se santiguó. Como si fuera la Virgen María la que lo librara de la promesa.

Salen del hotel. Bajan hasta el Panteón. Via Metastasio. Via Maddalena.

Ine se acuerda de cómo se celebraba antiguamente el día de la Ascensión de la Virgen en el Panteón. Una muñeca de paja disfrazada de María se sacaba por el gran agujero del techo mediante unas poleas, y desaparecía entre nubes de tul y ángeles de cartón volando.

¡Aleluya! ¡Aleluya! La Virgen María ha sido recibida en el cielo, y los ángeles se regocijan.

Ingenuo. Inmensamente ingenuo. Pero se estremece al pensar en esa ceremonia.

Luego van a la Piazza Navona, el salón de Roma. Ella permite a Magnus que la rodee con el brazo. Si puede acostarse con ella, tendrá que permitirselo.

Salen a la gran plaza delante de la fuente de Bernini. Fontana dei Fiumi. La rodean paseando.

La Santa Agnese, a quien al ser desnudada por un soldado romano le creció el pelo y le cubrió el cuerpo desnudo en unos pocos segundos. Una prenda esotérica de una luz mística la envolvió.

Morten se encuentra detrás del caballete. Es su última noche como artista callejero en Roma. El miércoles vuelve a Oslo. Con Alitalia desde Fiumicino a las 8:15. Autobús de la Stazione Termini a las 6:30.

Vuelve a Noruega, a Ine ...

Ella tiene que haber recibido ya la carta. ¿Qué estará pensando ahora?

Morten es esperado en su país. Sube del Hades. Como Eurídice. O como Lázaro. No, eso no. Había más olor a cadáver en la historia bíblica...

¡En ese momento descubre a Ine en la Piazza Navona!

Morten tiene que apoyarse en el caballete.

—¡Ine!

Va cogida del brazo del otro. Los celos recorren todo su ser como una ola caliente.

Seguro que ya están casados. Sí, sí, están casados. Van cogidos del brazo. Los novios andan cogidos de la mano. Los que van cogidos del brazo son los cónyuges...

Seguro que está embarazada, piensa. Tal vez estén de luna de miel...

¡Ine! Cómo pudiste...

Entonces no ha recibido la carta. La carta e Ine se habrán cruzado por encima de los Alpes.

Tiene que hablar con ella. No puede volver a Noruega sin haber hablado con ella. Tiene que avisar sobre su regreso. La vuelta. La ascensión del Hades...

¿No es verdad que siente un atisbo de esperanza?

Pero no allí. No quiere darse a conocer allí. No estando ella con él.

Ine se sienta delante de un dibujante callejero. Es idea de Magnus. Él paga. Quiere un retrato de ella.

Ella se ríe, ilusionada. Aún le queda un poco de vino en el cuerpo.

Ine es retratada en la Piazza Navona. En el circo de Domitiano. Mira al dibujante. Una versión moderna de Mario Cavardossi.

Tosca...

Mario, piensa. ¡Y Morten!

Ine nunca había pensado en el parecido de los nombres. Pero ¿por qué no?

Soy realmente Tosca, se dice a sí misma.

Morten está detrás del caballete, no lejos de ella. Pero no teme que lo reconozca. No detrás del caballete. No con barba y el pelo largo. Además, uno no espera encontrarse con muertos en una plaza de Roma.

Y la dibuja. Morten está en el circo de Domitiano dibujando a Ine. Hace exactamente un año que juntos fueron los dueños de esa plaza, de esa ciudad, de esa vida.

La dibuja como la madona de Munch. A trazos rápidos. Atrevido. Sensual.

Morten ya está inspirado. Se rompe un dique. Ha sido un largo invierno.

La gente se apelotona en torno a él. Mucha gente.

¿A quién dibuja? Ese hombre dibuja sin modelo.

–Beautiful, signore. Really artistic...

–Bravo!

–Ecco un artista!

Morten está de un humor endemoniado. Una tormenta se ha desencadenado en su interior. Luego se pone triste. Tiene lágrimas en los ojos. Llora.

Nadie dice nada.

Abajo, en la esquina izquierda, donde Munch pinta un esqueleto o un feto, o ambos, se dibuja a sí mismo. En cuclillas. Arrodillado.

Por fin acaba. Saca una pluma y un trozo de papel:

Ine: estoy aquí. Perdóname, aunque no soy el único culpable. No puedo controlarlo todo. Lo que ocurrió era lógico. Tengo que hablar contigo, Ine. En Castel Sant'Angelo. Arriba, en la torre, Ine. Mañana a las doce. No temas. Pero acude sola. Prométemelo. No voy a romper nada.

Morten. En un tiempo tuyo.

Dobla la nota. Para a un chico, le da un billete de 5.000 liras y señala a Ine.

–*La signora...*

–*Sì, sì, grazie, signore.*

–*Prego, prego.*

Y abandona la plaza, dejando atrás el caballete con la Virgen y a un gran grupo de admiradores que no se atreve a tocar el cuadro.

–¡Una obra maestra!

–Realizada en cinco minutos...

–¿Os fijasteis en que estaba llorando?

–Un verdadero artista.

En el extremo de la plaza se vuelve para comprobar que Ine recibe la carta. Luego cruza corriendo el Corso Vittorio, el Campo dei Fiori, atraviesa el barrio judío y el Ponte Garibaldi y llega a la pensión.

¡Ine, Ine!

–*Scusi... Signora,, una lettera.*

–*Come dice?*

–*Ecco.*

–*Grazie.*

Despliega el papel y se levanta de un salto del banco en el que está sentada.

–¡Morten, Morten!

–Déjame verlo, Ine. Tiene que tratarse de un malentendido.

–No, no. Es su letra. Lo veo, Magnus. Lo sé. Él ha estado aquí todo el tiempo. En Roma...

–¡Ven!

–Tengo miedo. Tengo mucho miedo.

Y se van tras pagar el cuadro a medio acabar que Mag–nus enrolla y se coloca bajo el brazo.

Si se hubieran dado la vuelta, habrían visto un montón de movimiento y mucha gente delante de un caballete en la plaza.

Unas horas después, ya no queda nadie en la Piazza Navona. Pero la Madonna de Morten cuelga en un caballete delante de Santa Agnese.

Morten se despierta temprano. Antes de acostarse, había adelantado el reloj una hora.

Horario de verano...

También cuando estuvo en Roma el año anterior con Ine adelantaron la hora.

Verano... Lo habían celebrado como una fiesta de compromiso.

Morten ha estado en el Hades, en el reino de los muertos... Hoy va a encontrarse con Ine. Nunca ha entendido por qué tuvo que acabar como acabó. No encaja. Tiene que haber un error en alguna parte. Tiene que haber un camino de vuelta.

Ordena la habitación, se ducha, desayuna... Luego sale a la ciudad.

Morten no se ha cortado ni la barba ni el pelo desde el otoño. Ahora va al peluquero. Va a encontrarse con Ine. Ella debe verlo como era...

–*Buon giorno, signore. Barba?*

–*Si, grazie.*

–*Anche i capelli?*

–*Sì...*

El peluquero tiene un desliz, y hace a Morten un pequeño corte en la cara con la cuchilla.

–*Scusi, scusi!*

–*Non importa, signore.*

Sangre, sangre...

Con meticulosidad romana, el desafortunado peluquero limpia la herida y coloca una tirita.

Ine se pone sobria. Está toda la noche despierta.

Trecentoventinove... Mira por la ventana, que da a un patio.

¿Cómo pudo dejarla así sin más? ¿Cómo ha podido vivir medio año en Roma sin ella? Sin volver, sin escribir ni una carta.

Pero fue ella la que le falló a él.

No podía contar con recuperarlo. Medio año. Seguramente había encontrado ya una amiga. Tal vez había asistido a un curso del Instituto di Noruegia. En Gianicolo. Siempre había muchos noruegos en Roma. Y una asociación escandinava.

Una estudiante de arte... O una auténtica romana. O una chica de provincias.

Mañana lo verá. Ojalá fuera ya de día.

¡Morten, Morten!

Morten vaga por la ciudad.

Santa Cecilia, la novia de Cristo, que durante el reinado del emperador Marco Aurelio fue condenada a morir en un baño de vapor calentado en exceso. Santa Cecilia, que fue encontrada 1.500 años después. El cuerpo de la joven yacía como si acabara de dormirse. Ilesa. Como una virgen en su cama. Santa Cecilia, que descubrió el órgano. Oyó el canto de los ángeles. Y tuvo fuerzas para construir un instrumento que pudiera imitar la música celestial...

Ponte Cesto. Isola. Ponte Fabricio...

Sale a Campo dei Fiori, donde Giordano Bruno fue quemado en la hoguera en el año 1600 por afirmar que el universo era infinito... Hoy es un mercado de carne, pescado y verdura. Higos verdes y jugosos. Y enormes tripas blancas de vaca. Una delicia gastronómica. Por la noche, el centro de Roma para los drogadictos de jeringuilla.

Luego se mete por Corso Vittorio. Delante de él, a la derecha, ve el Castillo San Ángel, Castel Sant'Angelo. Son cerca de las doce.

No todos los relojes a lo largo de su camino han sido adelantados. En algunos aún no son las once...

Son las ocho. Ine acaba de dormirse por fin. Y suena el despertador.

Se viste y sale a la calle, se sienta en un bar.

–*Caffè nero, per favore. E un panino.*

¿Cómo haría para que pasara el tiempo?

Después de haberse bebido el café y comido el panecillo, coge un taxi hasta la plaza de San Pedro. Luego pasea. Está en el lado correcto del Tíber...

Morten ha subido a lo alto de la torre de Castel Sant'Angelo. Son las 11:55. Ha propuesto un lugar de encuentro muy determinado. Morten e Ine ya estuvieron allí. Está seguro de que ella acudirá. Nadie desperdicia la oportunidad de encontrarse con un hombre que acaba de retornar del mundo de los muertos.

Castel Sant'Angelo. En un principio, la tumba del emperador Adriano. El emperador Adriano, que murió de hidropesía. Tenía horribles dolores e intentó sobornar a sus esclavos para que le indicaran el lugar exacto debajo del corazón en el que una rápida puñalada le causaría la muerte.

Y antes de morir, escribió su «petición al alma»:

Pequeña alma, cariñosa e inquieta,
el huésped y amigo del cuerpo,
adónde piensas ir ahora,
pálida, rígida, desnuda,
sin bromear como es tu costumbre.

El Castillo San Ángel. Parece una tarta nupcial. Morten e Ine van a reunirse en la cumbre de una tarta nupcial...

¡Bah! Ella estaría ya casada. ¡Así de injusta era la vida!

Ine, Ine, ¿vienes ya? Son las doce y cinco. Morten empieza a inquietarse.

Son las once y cinco. A Ine le sobra tiempo hasta su cita con Morten. La joven se encuentra debajo de la enorme cúpula de la basílica de San Pedro. Las letras en lo alto, que apenas logra leer, miden dos metros de altura. Una se siente pequeña en una gran basílica. Como un niño ante la inmensa providencia de Dios.

Morten espera a su amada en la torre. Son las doce y cuarto..., son las doce y media. ¡Ine, Ine! ¿Por qué no vienes?

Ine sale de la basílica de San Pedro. Anda despacio, pero con decisión, por la Via Conciliazione, que va de la plaza de San Pedro al Castillo San Ángel.

La vía de la reconciliación... ¿Podrán reconciliarse Morten y ella?

Es la una menos veinte. ¿Por qué no llega Ine? Morten se está poniendo nervioso. No estaba preparado para eso. Ine, Ine..., ¿por qué me has abandonado?

Entonces entiende todo. Ine se ha casado con Magnus. Están de viaje de novios. No quieren que un intruso del mundo de los muertos se lo estropee. Uno no se encuentra con un antiguo novio en medio de la luna de miel. Ni siquiera si lleva mucho tiempo muerto.

Había sido un ingenuo. ¿Cómo pudo creer que ella quería encontrarse con él allí? Ya le habría ocasionado bastantes sentimientos de culpabilidad...

Debería haber acabado con todo aquel día de septiembre. Debería haberse dado por vencido, haberse marchado. Era la ley de la naturaleza...

Morten toma una decisión. No puede perseguir el resto de su vida a una persona que no le ama. Como un residuo. Como un boleto perdedor en la gran lotería.

Como un pelmazo...

Desde que era un chiquillo, Morten siempre llevaba un cuchillo de monte en el cinturón. Ahora sabe por qué. Ahora sabe en qué va a emplearlo. Ha tenido para él esos días que había planificado. En la antecámara, en el Limbo...

Fue presa de una especie de lógica. No es la primera vez que muere un hombre en el Castel Sant'Angelo.

Le parece oír el aria de la torre de Mario:

Y brillaban las estrellas,
y olía la tierra,
chirriaba la puerta del huerto,
y unos pasos rozaban la arena...
Entraba ella, fragante,
caía entre mis brazos...
¡Oh, dulces besos! ¡Oh, lánguidas caricias,
mientras yo, tembloroso,
sus bellas formas desataba de sus velos!
Se desvaneció para siempre mi sueño de amor...
La hora ha pasado...
¡Y muero desesperado!
¡Y muero desesperado!
¡Y jamás he amado tanto la vida! ¡Tanto la vida!

Ine ve un reloj en la Via Conciliazione. 12:45. Se estremece, mira su propio reloj, para a un sacerdote que pasa por allí y le pregunta en un italiano titubeante la hora, enseñándole su reloj.

–La una menos cuarto, *signorina*. Estamos con el horario de verano, ¿no lo sabía?

¿No lo sabía? Claro, es horario de verano. Siempre es verano cuando Ine y Morten están en Roma. Un malentendido. Un error.

¡Morten, Morten! No llego tarde, ¿no? ¿Sigues esperándome en lo alto de la torre?

Ine se apresura hacia Castel Sant'Angelo. Arriba, en la torre, hay mucha gente. ¿No es Morten a quien divisa a la izquierda?

Com'è bello il mio Mario!

Ya es casi la una. Morten se acerca al arcángel y saca el cuchillo de la funda. Se siente fuerte y decidido. Se ocupa de todo él mismo. No es como el emperador Adriano. No precisa de la ayuda de esclavos para morir.

Primero se practica una incisión en el pulso, justo encima de la muñeca. Luego se clava el cuchillo a la altura del corazón y cae encima de él.

Ine entra disparada en escena. Tiene un presentimiento. Ve que la gente se aglomera debajo del arcángel Miguel.

Se abre camino. Un vigilante..., dos vigilantes... y un policía. Se agachan sobre una persona.

–*Morto, signore, morto...*

Ine se arrodilla junto a él.

¡Morten, Morten!

Lo sacude.

–Levántate, Morten. ¿No me oyes? ¡Levántate!

–*Morto, morto!*

Se lanza encima de él.

–Ay, Morten, ¿estás muerto?

Levanta los brazos.

–Todo ha sido un malentendido, un error...

–¿Lo conoce, *signorina*? ¿Sabe quién es?

Ella llora, mira al policía. Él le agarra el brazo.

–¿Sabe usted cómo se llama?

–Sí, sí... Mario. Mario Cavaradossi.

Entonces llega el otro.

La agarra por el hombro.

–Está muerto, Ine. ¡Ven!

Ella lo mira con frialdad.

–Ya acabó, Ine, se acabó...

Ine se libra de él.

–¡Aún no, no del todo!

Ella se identifica ya por completo con el papel. Hay algo que la eleva. Sabe lo que tiene que hacer. El papel está ensayado. Se sabe el libreto de memoria.

Corre hacia el saliente y trepa por la balaustrada.

–Ine, ¿qué estás haciendo? ¡Detente! Estás loca...

–*Avanti a Dio!*

Se tira y cae hacia el Ponte Sant'Angelo y la orilla del Tíber.

Al mismo tiempo, meten una carta en el buzón de Ine en Heggeli.

Libertad

Buenas noches, decimos, con los brazos abiertos. Al instante, encendemos un cigarrillo y miramos asustados a nuestro alrededor. Espero no haber dicho nada malo.

¿En qué estriba toda esa vanidad?

Un breve instante gateamos por un planeta del universo. ¡Y cedemos ante una mirada en el tranvía!

Es como si tuviéramos más miedo a la vida que a la muerte, como si nuestro miedo al prójimo fuera mayor que el miedo a la noche cósmica.

Seamos quienes seamos, y hagamos lo que hagamos, estará olvidado dentro de cien o de mil años. ¿No deberíamos obrar en consecuencia? Quiero decir, ¿no deberíamos aprovechar la vanidad a nuestro favor, convertirla en un enriquecimiento?

Sin duda, sería terrible que todas las situaciones de la vida fueran recordadas eternamente por la posteridad. ¿No aporta una libertad casi inconcebible pensar que mañana todo esto se habrá olvidado?

No pretendo invitar a la irresponsabilidad. Pero no tenemos que preocuparnos por nosotros. No necesitamos pensar en nuestra reputación póstuma. Estamos libres de todo eso. Podemos vivir aquí y ahora.

Tos peligrosa

Solveig no comía bombones, aunque de vez en cuando se tomaba una chocolatina con el café, antes y después de las reuniones de la asociación misionera. No pocas veces se permitía una tableta entera de mazapán cubierto de chocolate para el desayuno. Y mientras canturreando hacía las faenas de la casa, no paraba de chupar caramelitos y pastillas. No estaba delgada, pero no comía bombones.

Podrían contener eso que llaman jerez o alcohol, o esos otros licores que te dejan la cabeza confusa y te hacen pecar. Más valía tener cuidado. Había oído decir que incluso el vino de misa podía contener alcohol, hasta en la sangre de Cristo. Varias veces se había dirigido al despacho del pastor, detrás de la sacristía de la iglesia misionera, con el fin de asegurarse de que no había licor o vino dulce en el vino de misa. Se veía obligada a preguntar, porque le parecía que el vino de misa sabía muy bien.

Pertenecía a una familia de pecadores. Incluso en la tienda de la esquina vendían cerveza. Había pensado en comprarles todo el stock con sus ahorros y tirarlo al arroyo, pues de todos modos allí era donde acababa el alcohol. Pero ella sola era demasiado insignificante para derribar todas las mesas. Charlaba siempre de eso con Jesús y con su periquito.

De vez en cuando, Solveig leía su historia favorita de la Biblia, el Éxodo, sobre los milagros obrados por el Señor en Egipto. Sonreía y se golpeaba los muslos cada vez que el Dios de Israel enviaba uno de sus castigos al pueblo de pecadores. El que más le gustaba era aquel relato sobre cuando el Señor endureció el corazón del faraón y convirtió todo el polvo de la tierra en mosquitos que se pegaban a personas y animales. Y si seguía hojeando, llegaba al milagro de las aguas, cuando Moisés, Aarón y todos los demás eran seguidos por un ángel de Dios a través del mar, mientras los inútiles egipcios se ahogaban uno a uno. Ninguno salvó la vida, ponía en la Biblia. Ella se los imaginaba a todos muertos, diseminados por la playa. ¿Pero por qué no enviaba el Señor también hoy en día a sus ángeles para que pusieran orden en las tiendas de la tierra? Ésa era una de las cosas que no entendía.

Luego llegaban el otoño y las toses. De nada servía el zumo caliente de arándanos, ni el té con miel. Necesitaba algo más fuerte. Así se explicó con todo lujo de detalles en la

farmacia. Le dieron un frasco del Jarabe Pectoral de Bergen. Qué curioso, pensaba Solveig, que esa ciudad produjera su propio jarabe.

Al llegar a casa se apresuró a abrir el pequeño frasco y se tomó una cucharada grande. Sabía fuerte y extraño, pero era importante tratar bien al cuerpo. También es un templo de Dios, le explicó aquella misma noche a su periquito.

Se tomó otra cucharada, y otra más. Era una medicina milagrosa. Después de la sexta cucharada, la tos había desaparecido. Pero más valía asegurarse, pues tenía una larga noche por delante. Una séptima y una octava cucharada buscaron el camino hacia su boca, y su boca no protestaba. Sólo quedaba una pizca en el frasco. Se lo acercó a la boca y se bebió el resto. Mal no podía hacerle. Lo había comprado en la farmacia.

Aquella noche, Solveig tuvo muchos sueños extraños antes de dormirse. La medicina había surtido efecto. Tal vez fuera la respuesta a sus oraciones, al menos eso pensaba. Porque los últimos días había incluido la tos en sus oraciones de la noche. Hoy, no obstante, estuvo a punto de dormirse antes de rezar. Así era como Satanás podía tentar incluso al hijo más piadoso de Dios.

A la mañana siguiente se despertó feliz y excitada. Aún más feliz se puso cuando tosió tres veces seguidas justo después del desayuno. De manera que se encaminó de nuevo a la farmacia. Esta vez pidió dos frascos de jarabe a la amable señora de detrás del mostrador. No sabía cuánto tiempo le duraría esa tos tan mala. Más valía tener algo en casa.

–Lo siento, pero no puede usted comprar más de un frasco cada vez –dijo la señora. Qué curioso, pensó Solveig, parece que han vuelto a introducir el racionamiento. ¡Y de jarabes! Ojalá hubiera sido de tabaco y alcohol...

Pero en Bergen había más farmacias. Solveig atravesó a toda prisa la ciudad hasta llegar a la farmacia El León y compró otro frasco.

Orgullosa y digna como una reina, volvió a su casa y metió el frasco en la nevera.

No se tomaría el jarabe enseguida, sería mejor guardarlo hasta la noche. Pero durante toda la tarde estuvo entrando y saliendo de la cocina sólo para abrir el frasco y oler su contenido. Olía a incienso y mirra.

Si ella hubiera sido uno de los Reyes Magos, habría regalado jarabe al Niño Jesús. Porque Jesús había compartido la condición humana. También a él le había dolido la garganta... No estaba muy de acuerdo con ella misma en este punto. La Virgen María habría cuidado muy bien al Niño Jesús para que no se enfriara.

Llegó la noche. Se puso un bonito vestido en honor a esos dos pequeños de la nevera. Y no esperó mucho para echar unas gotas de jarabe en una taza de café y sentarse delante de la jaula del periquito, su mejor amigo después de Cristo.

Esa noche fue muy aplicada y se tomó gran cantidad de medicina. Primero una tacita y luego otra. Y otra más. Intentó hojear el misal, pero no consiguió concentrarse. De repente había muchas letras y palabras extrañas. A decir verdad, no llegó más que a las letras. La simple A, con sus piernas abiertas, resultaba tan divertida que le produjo risa. También la A había sido creada por el Señor, el Dios de Israel. Fue la primera letra que Él creó, la letra de Adán. Luego creó todo el alfabeto, hasta la letra Á*, que era como

una A con una aureola encima.

Cuando se despertó a la mañana siguiente había dos frascos de jarabe vacíos debajo del banco de la cocina.

Era una vida nueva.

Por alguna razón a veces se sentía avergonzada por sus constantes visitas a la farmacia. Resultaba un poco incómodo tener una tos tan mala durante tanto tiempo.

Intentaba ocultar su auténtico propósito comprando tiritas, un frasco de vitaminas o un paquete de chicles, antes de pedir los pequeños frascos marrones.

Pero descubrió que había muchas farmacias en la ciudad de Bergen...

Solveig empezó a dar una vuelta diaria. Llegaba a meter hasta tres o cuatro frascos de jarabe para la tos en su bolso antes de volver a casa con su periquito. Había oído la expresión «cuidar un catarro». Ella era cada noche paciente y cuidadora a la vez.

Por fin una mañana tuvo que admitir que estaba curada de todo lo que podía llamarse catarro. Aunque quisiera, no lograba toser. Carraspeaba y producía un montón de ruidos, pero la tos había desaparecido por completo. El periquito se reía de sus intentos. Pero aún le quedaban un par de frascos en la nevera. Y al llegar la noche se fue de puntillas hasta la cocina sin que el periquito la viera y sacó un frasco, como si quisiera poner orden después de los esfuerzos del otoño. Cuando lo hubo vaciado, sólo quedaba un frasco, y también se lo tomó.

A la mañana siguiente había nieve en las calles, y Solveig notó un atisbo de dolor de cabeza.

¡Qué deprisa habían transcurrido últimamente los días! Ya estaban en Adviento y se acercaba la Navidad.

A pesar de los catarros y la tos, Solveig pensó que había sido un buen otoño. Era como si un invisible par de alas de ángel la hubiesen llevado a través de los últimos meses. Al mismo tiempo sintió un pequeño pinchazo de miedo por lo que se avecinaba.

Tenía ya un nuevo amigo. Hasta entonces sólo habían sido el periquito y el misal. Ahora también tenía el jarabe, o el «bálsamo pectoral», que era una expresión más bonita.

En una ocasión, cuarenta o cincuenta años atrás, Solveig se había enamorado. Lo recordaba como si hubiera sido el día anterior, aquel enamoramiento aún permanecía en su interior. Así había sido este último otoño. Con la ansiedad de la enamorada metida en el cuerpo, había hecho sus compras diarias y luego esperado con ilusión que pasara la tarde delante de la jaula del periquito.

Por lo demás, ninguna novedad. Solveig seguía sin comer bombones. Por cierto, tampoco comía ya casi chocolate ni caramelos. Pero seguía teniendo un primo que bebía cerveza negra con la comida los domingos. Y seguía siendo difícil comprar queso y leche sin ver aquellas horribles botellas.

Las botellas marrones de cerveza siempre le habían parecido especialmente feas,

aunque en los últimos tiempos se había familiarizado más con el color del cristal. El pecado no estaba en el color.

En la asociación misionera le habían dicho que tenía muy buen aspecto, que parecía feliz y contenta. Pero se guardaba para ella el secreto del jarabe. No iba a traicionar la confianza de un amigo. ¿Qué pasaría si toda la asociación misionera empezara a frecuentar la farmacia con el fin de comprar jarabe contra la tos?

El catarro de Solveig llegó a su fin, de la misma manera que la propia vida un día llega a su fin. El primer día sin bálsamo pectoral transcurrió sin problemas. El segundo día, no tanto. Y el tercer día se encontró de nuevo ante el mostrador de la farmacia El Cisne.

—¿Y bien... señorita Andersen?

Compró un paquete de chicles y un frasco de bálsamo pectoral. Luego se apresuró hasta La Estrella del Norte y compró otro. Y a continuación fue hasta El Águila, en la calle Rasmus Meyer.

Un poco de jarabe también sería eficaz contra la tos que podía llegar al día siguiente o a media mañana del siguiente si ella no se cuidaba y no tomaba su medicina. Llevaba ya tres días sin cuidarse, pero ahora se bebió uno de los frascos ya en el camino hacia su casa.

Se permitió un café y un bollo en el Reimers. Y ninguno de los hombres ocultos tras sus periódicos se fijó en que ella cumplía con su deber. Con un ágil gesto de la mano, abrió su bolso negro y acabó con el frasco número uno. No porque estuviera obligada a ello, sino para cuidarse en salud (nunca mejor dicho).

Se sintió inmediatamente mejor, luego se fue corriendo a casa para estar con su periquito.

—Dulidulidu, mi chiquitín —gorjeó al introducir la llave en la cerradura—. ¡Aquí llega tu mamá!

Luego se tomó un frasco, y otro más. Así transcurrían los días.

Pronto tocaría a María y José empadronarse. En honor a todos los reyes magos de la calle en la que vivía, Solveig colgó la estrella de Belén en la ventana e hizo siete clases de pastas navideñas.

Las Navidades de Solveig duraron hasta Semana Santa. Para entonces, el Niño Jesús ya se había hecho un hombre adulto con túnica y sandalias. Un viernes, a finales de marzo, ella tomó parte en su crucifixión, como es la costumbre. Para este solemne acto, Solveig había guardado una caja entera de pastas. El domingo bien temprano, él resucitó, tal y como se lo había prometido a ella durante el año litúrgico. Ella, por su parte, se levantó unas horas más tarde. Para entonces todo el dolor había terminado. El pequeño malestar que aún quedaba, lo ahogó con jarabe para la tos.

El secreto enamoramiento duró toda la vida. Ni un solo día la abandonó su amado. Con mano amorosa —y no sin el fragor del deseo—, Solveig agarraba cada vez con más fuerza el frasco.

A veces le resultaba un poco triste deshacerse de los envases vacíos. Pero al menos todos los frascos eran iguales, idénticos como gemelos, por lo que ella los consideraba a todos una sola persona.

Solveig, que hasta entonces no había tenido precisamente una vida muy atareada, siempre tenía ahora algo que hacer. Todos los días daba su vuelta por la ciudad, lo que le permitía encontrarse con mucha gente a la que sonreía y saludaba con mucha confianza. También había aprendido a dirigirse a dependientas diferentes en todas las farmacias que frecuentaba, elaborando así un esquema que seguir.

Por las noches, soñaba a veces que los frasquitos eran niños huérfanos a los que el basurero acompañaba de vuelta a la farmacia después de que ella los hubiera despedido uno a uno con un beso.

Antes de que brotaran los árboles, la dosis había aumentado a cuatro o cinco frascos diarios. Pero todavía su bolso de mano podía contener todo lo que necesitaba para mantener una buena conversación con el periquito.

Gracias al jarabe nunca le dolía la garganta. Era tanto innecesario como insensato beber cerveza con la comida, si tomando jarabe se podían evitar los males de garganta.

De repente, llegó el punto de inflexión. Un día, el jarabe sólo sabía a jarabe, del mismo modo que el café sabe a café y los caramelos a caramelos. Algo había desaparecido. Solveig no sabía qué era, pero ese punto dorado y seductor con el que su amigo secreto había paliado su soledad había desaparecido.

Lo notó en el instante en que se llevó el frasco a la boca. De repente el frasco no era más que un frasco. Y el jarabe era jarabe y era jarabe.

Así ocurre cuando muere el amor. Aunque el tiempo fuera más templado y el sol estuviera más alto en el cielo, el humor de Solveig cayó por debajo de todo límite imaginable, y los días ya no eran maravillosos.

Tras días y semanas llenos de esperanza y promesas rotas, llegó el momento de la verdad, con todo lo que momentos así conllevan de dolor y humillación. Fue noticia de primera plana en *Dagen*, su periódico de siempre inspirado en el Verbo:

Solveig no había estado tomando jarabe, sino *alcohol*.

Hasta ahora, decía el artículo, el Jarabe Pectoral de Bergen había contenido más de un 20 por ciento de alcohol. Pero tras una insistente protesta, de, entre otros, su propia asociación misionera, dicho porcentaje había sido reducido al mínimo necesario.

De esa manera Satanás la había traicionado, pues Solveig no veía razón alguna para dudar de la noticia aparecida en el periódico. En su opinión, *Dagen* no era más que un anexo del Nuevo Testamento, un periódico escrito bajo la tutoría del Espíritu Santo.

Solveig sabía muy bien lo que era el tanto por ciento. Era algo muy feo y abominable. Era el signo del Animal, el sello de Satanás.

Aquella noche, Solveig soñó que era un discípulo. Era Jueves Santo y ella cenaba con Jesús y los discípulos en la asociación misionera. Ella era Judas Iscariote, y sabía que traicionaría al Niño Jesús por treinta frascos de jarabe. Luego de repente era san Pedro. Estaba en una roca, sola entre el cielo y la tierra, y tosió tres veces. En ese instante

gorjeó el periquito, el pastor entró a la fuerza en el piso y apartó el misal.

A partir de aquel día Solveig comió bombones. A partir de ese día comía todos los domingos en casa de su primo. A partir de ese día ya no sólo compraba leche y nata en la tienda de comestibles. A partir de ese día ya no se vio más a Solveig en la asociación misionera.

Organo

Una sola persona no puede cargar con toda la duda del mundo. Una persona no es más que una figura.

Con demasiada frecuencia, una sola persona asume la conciencia del mundo entero. En mi opinión, eso es pasarse.

El alma universal toca el órgano de la historia en el que cada uno de nosotros no somos más que un tubo. Yo no debo entonces tapar con dudas el agujero de mi tubo, ¿no? Tengo que cantar mi nota para que se oiga bien en la catedral. En todo caso, no tengo más que una sola voz.

Cuando el alma universal nos sopla aire dentro, me pongo a silbar muy desenvuelto. Soy tono, soy color y matiz en un universo. Luego dejaré las protestas a otros. Son los otros tubos del órgano los que crean el contrapunto. Yo sólo puedo ser yo mismo no falsificado.

Puedo ser yo mismo con sinceridad porque sé que también soy todos los demás. También soy aquello de lo que dudo. También soy aquello en lo que no creo. Como tubo de órgano, tengo relación con el fuelle, con ese fondo eterno que sopla vida dentro de todos los tubos del órgano.

En realidad, no importa nada lo que opinamos. Todos tenemos razón.

El catálogo

¡De qué sirve crear eternamente a ciegas
cuando todo lo creado va a desaparecer!
Goethe, *Fausto* II (Mefisto)

I

El Catálogo es de alcance mundial. Cubre el planeta como una red, una red que se hace cada vez más densa conforme pasa el tiempo. La humanidad entera contribuye a hacerlo. Ni siquiera las almas más simples están excluidas. Y sin embargo, se escribe en balde.

Empecé a trabajar en el Catálogo con sólo 17 años. Trabajaba de mensajero en la pequeña ciudad costera donde sigo viviendo. Ahora tengo 73, y ya llevo muchos años siendo el redactor jefe del país. De modo que cuento con cierta experiencia y conocimientos para emprender este intento de evaluar su importancia.

El Catálogo es el diario de toda la humanidad. Se publica cada 4 años (años bisiestos) y todos los ciudadanos del mundo tienen la obligación de escribir un artículo de entre 7 y 14 líneas para el Catálogo cada vez que se publica.

Cuando un ciudadano cumple 18 años, está obligado a saber lo que quiere contar al mundo. Y debe ser un texto reflexionado, porque el Catálogo se estudia con el mayor de los respetos en colegios y hogares, y se guarda para siempre.

El artículo puede pasar de una edición a otra, pero todo el mundo tiene derecho a contribuir con un nuevo texto cada 4 años. Lo último es sin duda lo más corriente. Pero muchos optan por dejar el mismo texto durante años, incluso toda la vida, ya sea por dejadez, monomanía o falta de imaginación.

Ya he señalado que el Catálogo cubre todo el planeta. Exactamente en la misma fecha (29 de febrero) se publica en cada municipio un Catálogo en el que los habitantes (entre 100.000 y 500.000) aparecen por orden alfabético. Y todos los hogares reciben el Catálogo en cuanto sale. En consecuencia, resulta fácil consultarlo y enterarse de lo que es importante para los amigos y vecinos. En todos los municipios debe estar disponible la colección total de Catálogos del país. Un registro nacional hace posible averiguar en qué municipio reside cualquier ciudadano. Además, en varios lugares del país se encuentran recogidos en grandes bibliotecas todos los Catálogos del mundo. Dichas bibliotecas son idénticas en todas partes. Cuando te paseas por una de ellas, estás en contacto con la población del mundo entero. Porque todos los Catálogos están disponibles en una lengua mundial, aparte de la lengua original. Por ello, en sólo unos minutos se puede encontrar el artículo de cualquier ciudadano del mundo.

Como se desprende de lo anterior, el Catálogo tiene una construcción cien por cien democrática. Todo el mundo participa en igualdad de condiciones. Todos tienen las mismas obligaciones y los mismos derechos respecto al Catálogo, sin importar en qué lugar del mundo te encuentres. Y todos los Catálogos municipales tienen el mismo aspecto. No existe ningún metacatálogo, ninguna antología o Catálogo de los Catálogos en el que estén recogidas las «mejores» citas. En un momento de los inicios de la historia del Catálogo, ciertamente se propuso favorecer a grandes hombres y mujeres –tales como jefes de estado, poetas y filósofos– y concederles más espacio que a las almas más simples y menos importantes. Pero la propuesta fue rechazada por una mayoría popular nada despreciable. Incluso la propuesta más modesta de ofrecer a una élite escogida la posibilidad de poner sus artículos en negrita fue rechazada. En este contexto, reproduzco un dicho popular: «En el Catálogo todos somos iguales».

El que todos seamos iguales no implica que para los funcionarios del Catálogo sea igual de fácil conseguir un texto de todos los ciudadanos. Puedo asegurarlo después de haber trabajado para el Catálogo durante más de 55 años. Muchos –por no decir la gran mayoría– son muy puntuales en lo que respecta a enviar sus aportaciones dentro del plazo. El ciudadano medio no sólo realiza con gusto su obligación cívica, está incluso deseoso de manifestarse. Pero a menudo hace falta la fuerza para sonsacar a un ciudadano su texto. Si a pesar de todo resulta imposible, su nombre permanece en el Catálogo sin ningún artículo, lo que se considera sumamente vergonzoso. Se estima zafio el vivir la vida de año bisiesto en año bisiesto sin tener nada esencial que decir. A las almas tan anodinas se las caracteriza a menudo como parásitos. De tarde en tarde se presentan propuestas de quitar a esa gente la casa y la comida.

En realidad, tampoco se exige tanto a cada uno. Se exigen entre 7 y 14 líneas cada 4 años, ¿y qué es eso? Se opina que una vida humana no se legitima a sí misma exclusivamente mediante el proceso físico. El vivir una vida desde la concepción hasta la muerte es algo que los animales hacen igual o mejor que nosotros. Muchos consideran la existencia sólo como una herramienta u órgano para una vida interior, la cual contribuye a reflejar el Catálogo. Al menos una vez cada 4 años, el ser humano ha de hacer un esfuerzo y meditar sobre lo que quiere hacer con su vida en la tierra. Tiene que sacarse la comida de la boca, por así decirlo, y preguntarse a sí mismo por qué come.

Aunque en teoría todo el mundo debería tener tiempo de sobra para meditar sobre lo que desea comunicar, se nota una diferencia espectacular en lo que se refiere a la calidad de los millones de artículos del Catálogo. Pero todos reciben la misma modesta colocación, ya se trate de una reflexión profundísima o de la más vulgar banalidad. En la misma página se pueden leer curiosas meditaciones, sutiles paradojas, sátira política, compulsivos intentos de resolver el enigma de la vida o de formular la quintaesencia del Catálogo, la experiencia de un granjero con la cría de ganado o las recetas culinarias de un ama de casa. En ese sentido, el Catálogo es testigo del triunfo de la democracia. No se exige nada en cuanto a estilo o contenido. Todas las aportaciones son igual de válidas. La filosofía y los excrementos de caballo tienen el mismo valor.

Nadie vive en balde. Todos consiguen su nombre en el Catálogo. Todos tienen la oportunidad de decir y opinar algo que se conservará para toda la posteridad.

II

Leer el Catálogo es como extraer lo mejor de la historia.

¡Cuántas reflexiones profundas, cuántos quebraderos de cabeza, cuántas almas humanas se encuentran detrás de una edición del Catálogo! En nuestra época, la palabra «cultura» es idéntica al Catálogo. La cultura en el sentido arcaico se extinguió a principios del siglo XXI. Incluso ahora sigue habiendo gente que se ocupa de esa cultura, pero sólo por interés histórico.

Al contrario que la cultura precatalógica, el Catálogo tiene sobre todo una importancia práctica inestimable. En cualquier rincón del mundo es posible enterarse de lo que cualquier persona considera esencial. La utilidad práctica que la humanidad puede sacar de un foro como éste resulta evidente. Por ejemplo, muchos leen el Catálogo para buscar un amigo o un cónyuge. Y en el momento de ser presentado a alguien, puede dar la casualidad de que uno se acuerde de lo que esa persona ha escrito en el Catálogo. Con ello, el tema de conversación está servido, y la relación goza de un buen comienzo.

También muchos leen el Catálogo en busca de la Verdad. Se sabe de gente que ha viajado por todo el planeta para encontrar a alguien a quien él o ella ha considerado interesante a través del Catálogo. Constantemente hay gente que se pone en contacto para estudiar a fondo un artículo. Se crean grupos de estudio y escuelas filosóficas sin cesar. El mundo entero está hermanado.

En todo momento ha proliferado una flora de especulaciones en torno al Catálogo. Y se han escrito innumerables tesis doctorales sobre cómo debe leerse y entenderse. La interpretación actual más seductora es la «aritmética». Según esta escuela, el Catálogo – según determinados principios aritméticos– debería poder leerse como una exposición permanente. Esta exposición refleja la historia de la realidad, dibuja un cuadro de la evolución de la vida en la tierra, parafrasea diferentes sistemas filosóficos, etc. Sobre todo, reúne los millones de artículos del Catálogo, convirtiendo la humanidad entera en una sola alma, por no decir en un solo narrador.

Místicos de la India han visto esta escuela como seguidora de su antigua doctrina del *brahma*, o alma universal. Todos somos fragmentos de la misma conciencia, impulsos dentro de la misma alma o facetas del mismo ojo. Este ojo es el Catálogo. Y el Catálogo es el ojo de Dios.

También en Occidente se han señalado anticipaciones precatalógicas del método aritmético. Un filósofo como Hegel se aproxima al método aritmético sobre una base completamente especulativa. En realidad, aplicó este mé

todo sobre la historia de la manera en que hoy podemos aplicarlo al Catálogo. También

Hegel estudió lo aleatorio, el individuo. Interpretó la historia como la narración de cómo el espíritu universal llega a ser consciente de sí mismo. La escuela aritmética dice ver hoy esta afirmación verificada *en concreto*. El Catálogo es –tomando prestada la denominación de H. G. Wells– el cerebro del mundo.

Naturalmente, constituye una cuestión de enorme interés saber si el método aritmético es o no una falsedad. Precisamente en estos días está siendo puesto a prueba. Pero aún es demasiado pronto para dictar un veredicto final. Eso lo harán nuestros hijos y nietos.

III

Entonces todo debe estar en orden. Todos están orgullosos de este bien común de la humanidad. Pero ¿qué utilidad tiene a la larga el Catálogo? ¿Qué propósito tiene la cultura bajo la perspectiva de la eternidad? Como hombre mayor –pues mi vida es, al fin y al cabo, un acontecimiento único–, me da mucha pena tener que contestar de un modo negativo.

El Catálogo carece por completo de valor. No es más que una expresión monstruosa de la vanidad del ser humano. Le he admitido ya cierta importancia práctica. Es un foro para las personas, una plaza para las almas, una lista de direcciones en el reino del espíritu. En ese sentido es más valioso que la antigua cultura. Pero sigue siendo igual de difícil morir.

El objetivo del Catálogo ha sido que todos los seres humanos tengan sus nombres –y sus reflexiones– trazados en algo inmortal, en algo elevado por encima del tiempo y del espacio. De la misma manera que la estirpe ha transmitido nombres como Buda y Aristóteles, el Catálogo conservará el recuerdo de la totalidad de los ejemplares de la especie humana.

Yo mismo he abogado con gran entusiasmo por este proyecto. Pero la verdad es que el Catálogo fracasa precisamente en su idea básica. Porque lo que escribimos en el Catálogo también es escritura en la arena. Me explico:

Hace tres mil millones de años surgió la primera señal de vida en nuestro sistema solar. Y precisamente en nuestros días –cuando estamos a punto de formarnos una imagen total de la evolución de la vida en la tierra– estamos viviendo una serie de advertencias del fin de la vida. Tras tres mil millones de años a ciegas, la vida ha llegado a ser consciente de su propia evolución. En ese sentido, la evolución ya ha terminado su tarea. Hemos llegado a la meta. Y la meta es la conciencia de la evolución hacia la meta.

¿Qué queda? ¿La vida va a continuar eternamente? ¿Podrá? ¿Hace falta? ¿No hemos llegado al final del trayecto?

La aniquilación técnica de la vida es otra cosa. Y no debe preocuparnos. Marcha por sí sola. Con una meticulosidad sistemática, los seres humanos han empezado a acabar con la biosfera. Estamos recorriendo el Último Trecho. Ya sólo queda llevar a buen término esta última tarea, ya sólo queda el suicidio colectivo en el escenario del mundo antes de

que baje el telón entre los aplausos ciegos y sordos del espacio.

Somos virtuosos actores del *ars moriendi*. Aunque fallaran uno o dos intentos de suicidio, habrá muchos otros que actúen independientemente de los que fracasan. Aunque no celebremos la última noche de Año Nuevo con los fuegos artificiales de las armas nucleares, seguramente nos ahogaremos los unos a los otros como una cultura de bacteria en una solución de azúcar. Y si de esta manera se tarda demasiado en conseguir erradicar todo lo que es vida, antes o después correremos las cortinas de la capa de ozono para que los rayos ultravioletas entren en el salón de la vida en esta tierra.

Como se ve, los métodos son un asunto aparte. El *cómo* acabamos con la vida es en este contexto irrelevante. Mucho más importantes son las condiciones mentales. El círculo se ha cerrado. La evolución ha llegado a su fin. Ya no hay necesidad de más historia, no hay sitio para más historia.

Aún persiste el Catálogo. Aumenta en volumen de año en año. Los depósitos crecen incesantemente, pronto van a cubrir grandes partes de la superficie de la tierra. Cada año que pasa se hace más difícil encontrar espacio libre para la vida. Primero hay que proporcionar espacio al Catálogo. Primero hay que proporcionar espacio a la historia. Pero ¿cabe ya más historia, cabe más cultura? ¿Somos capaces de almacenar más pensamientos e ideas? ¿No nos estamos acercando a un punto de saturación? ¿No se harta la historia de vivir?

Aunque nos hubiera gustado tener una civilización eterna en el tiempo, el Catálogo habría sido un proyecto imposible. En el mejor de los casos, nos habríamos ahogado en cultura. El problema es que creamos más historia de la que somos capaces de digerir. Acabamos por ahogarnos en papel. Pereceremos en los excrementos de nuestra propia prehistoria. (Hace mucho que los seres humanos vivían sus vidas en la tierra sin dejar más reminiscencias que sus propios esqueletos y algunos fragmentos de alfarería. Sólo durante los últimos 50 años se han escrito más libros que durante todo el resto de la historia de la humanidad.)

Tal vez le queden al Catálogo unos cien o mil años de vida. Pero ¿qué son mil años? En estos últimos días que estaré en la tierra se me debe permitir ampliar un poco la perspectiva. De todos modos, la civilización –ese hielo fino que estamos pisando– no es más que una isla en un mar de caos. Y sólo falta un cierto número de años –el número exacto es, en principio, irrelevante– para que cese toda vida en nuestro sistema solar, ya que nuestra estrella en el espacio se está quemando. Y para mí, a quien en el mejor de los casos le quedan 15 o 20 años de vida, mil o mil millones de años da igual.

La eternidad no existe. Ése es el quid de la cuestión. No hay ninguna tabla de salvación en este océano en el que flotamos.

Ya no tengo miedo a morir. He aceptado que mi tiempo aquí es limitado. Pero soy incapaz de conciliarme con la idea de que todo –es decir, todo– vaya a terminar. No tengo nada a qué aferrarme, nada eterno, nada que se eleve por encima de nuestras tonterías perecederas.

Tal vez me sobreviva el Catálogo. Pero no sobrevivirá. También él es un proceso en el

tiempo y el espacio.

Este universo es aún consciente de que existe. Pero es un fenómeno del todo pasajero. Y aunque la escuela aritmética tuviera razón al afirmar que el Catálogo es el ojo de Dios, resulta poco consolador mientras ese ojo sea una isla en la nada.

No hay ningún escondite para el tiempo. El tiempo nos ve en todas partes. Toda la realidad está impregnada de ese elemento nervioso en el que actuamos.

¿Por qué escribo esto? Tal vez sea un último intento de ganar control. No lo sé. Pero no tengo ningún interés en imponer mi hastío a los demás. Me es indiferente si estas líneas se encuentran y se leen después de muerto o no. Para entonces, habré desaparecido de todos modos. Habré desaparecido, como todo desaparece. Lo miremos como lo miremos, ninguna afirmación es tan esencial que no se ahogue en el gran contexto. Pertenece a una estirpe que desova palabras. Lo más sensato que puede hacer el ser humano es callar.

Dentro de unos días presentaré mi solicitud de despido a la secretaría internacional del Catálogo. No sólo no estoy capacitado para ser el redactor jefe del país. No estoy capacitado para ser un ser humano. Cuando se lleve a la imprenta la siguiente edición del Catálogo, mi nombre aparecerá sin el artículo obligatorio.

He acabado con el mundo.

Nota

* Última letra del alfabeto noruego. (*N. de las T.*)

Créditos

Título original: *Diagnosen og andre noveller*

Edición en formato digital: marzo de 2013

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© De la ilustración de cubierta, Jesús Gabán

© Jostein Gaarder y H. Aschehoug & Co.

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2007

© Ediciones Siruela, S. A., 2007, 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15803-20-1

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
EL DIAGNÓSTICO	5
El pájaro raro	6
El escáner del tiempo	7
Buda	22
El diagnóstico	23
Desprendimiento	59
Theobald y Theodor	60
El lado nocturno	66
Mamá	67
Un paso hacia atrás	70
El crítico	71
Ejercicio	88
El hombre que no quería morir	90
El mundo está suelto	95
Falsa alarma	96
El reloj digital	98
Cuando el autor llegó de visita	100
Segunda mano	106
Libertad	125
Tos peligrosa	126
Órgano	132
El catálogo	133
Nota	139
Créditos	140